

LA DANZA DE LA GAVIOTA ANDREA CAMILLERI



Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



El insomnio ha vuelto a sacar al comisario Montalbano de la cama. Al amanecer, con una taza de café en la mano, sale a la terraza para contemplar el mar y asiste a un solitario y lúgubre espectáculo: en la arena, una gaviota enferma, o quizá herida, parece ejecutar una extraña coreografía antes de caer fulminada, como si la vida se resistiera a abandonar su cuerpo para siempre.

La imagen suscita en el comisario los mismos sentimientos fúnebres e insidiosos que en los últimos tiempos han enturbiado su mente, y se le antoja una especie de premonición. Y lo es.

Las vacaciones que Montalbano tenía previsto disfrutar junto a Livia se frustran cuando Fazio, la inestimable mano derecha del comisario, sencillamente desaparece del mapa. No ha vuelto a casa, su teléfono está desconectado y solo se sabe que iba a encontrarse con alguien en el puerto. Sus compañeros se temen lo peor, y la visión de su querido Fazio herido, o tal vez muerto, mortifica a Montalbano de tal forma que no reparará en esfuerzos para encontrarlo.

Bien entrado en la cincuentena, Salvo Montalbano vive cada día más angustiado por los efectos de la edad y el desencanto.

En otro sutil toque de humor de su genial creador, los acontecimientos de *La danza de la gaviota* transcurren cerca del lugar donde se está rodando un episodio de la famosa teleserie sobre Montalbano. Por supuesto, este evita a toda costa cruzarse con el actor que lo interpreta, que es mucho más joven y atractivo, aunque difícilmente tan irresistible para las mujeres como él.

Andrea Camilleri

La danza de la gaviota

Comisario Montalbano - 15

Título original: *La danza del gabbiano*

Andrea Camilleri, 2009

Traducción: Teresa Clavel

Editor digital: Titivillus



1

Hacia las cinco y media de la mañana ya no pudo seguir acostado, mirando el techo con los ojos como platos.

Era algo que había empezado a ocurrirle con la edad: normalmente, pasada la medianoche, se tumbaba en la cama, leía una media hora, cerraba el libro en cuanto empezaban a bailarle las letras, apagaba la luz de la mesilla de noche, se colocaba en la posición adecuada — tendido sobre el costado derecho, con las rodillas flexionadas, la mano derecha abierta, la palma hacia arriba encima de la almohada y la mejilla apoyada en la mano —, cerraba los ojos y se dormía al instante.

Afortunadamente, casi siempre dormía hasta la mañana, a lo mejor incluso de un tirón, pero algunas noches, como la pasada, al cabo de apenas dos horas despertaba sin ningún motivo y ya no había manera de volver a conciliar el sueño.

Una vez, al borde ya de la desesperación, se había levantado y había llegado a beberse media botella de *whisky* con la esperanza de quedarse roque. El resultado fue que se presentó en la comisaría al amanecer y como una cuba.

Se levantó y fue a abrir la cristalera de la galería. El día era una auténtica preciosidad, espléndido, semejaba un cuadro recién pintado. Sin embargo, las olas resonaban más fuerte que de costumbre.

Salió y sintió un escalofrío. Estaban a mediados de mayo, y en otros tiempos ya haría un calor casi estival; en cambio, parecía un día de marzo. Tal vez se estropeará al final de la mañana. A la derecha, en Monte Russello, se formaban ya algunas nubes negras.

Entró, fue a la cocina y preparó café. Se tomó la primera taza y luego se metió en el baño. Cuando salió, vestido, se sirvió la segunda taza y fue a

tomarla sentado en la galería.

—¡Qué madrugador está hoy, comisario!

Montalbano levantó una mano en señal de saludo.

Era el señor Puccio, que empujaba la barca hacia la orilla; luego subió a bordo y empezó a remar mar adentro. ¿Cuántos años hacía que lo veía hacer siempre los mismos movimientos?

Después se puso a seguir con la mirada el vuelo de una gaviota. Ahora se veían pocas gaviotas; a saber por qué, se habían trasladado a la ciudad. Hasta en Montelusa, a diez kilómetros de la costa, las había a cientos; era como si se hubieran hartado del mar y quisieran permanecer lejos de las olas. ¿Por qué habían decidido buscar comida en la basura urbana, en vez de ir a pescar peces frescos? ¿Por qué se habían degradado hasta pelearse con las ratas por una cabeza de pescado putrefacto? Aunque ¿había sido un acto deliberado, o es que algo había cambiado en el orden de la naturaleza?

De repente, la gaviota cerró las alas y empezó a bajar hacia la playa. ¿Qué había visto? Cuando tocó la arena con el pico, en vez de alzar de nuevo el vuelo con su presa, se desplomó, se convirtió en un montoncito inmóvil de plumas ligeramente agitadas por la brisa matinal. Quizá le habían disparado, aunque el comisario no había oído ningún tiro de escopeta. Pero ¿qué imbécil podía ponerse a disparar a una gaviota? El ave, que se hallaba a unos treinta pasos de la galería, parecía muerta. Sin embargo, mientras Montalbano estaba mirándola, se estremeció, se levantó trabajosamente, se inclinó hacia un lado, abrió un ala — la más cercana a la arena — y empezó a girar sobre sí misma, dibujando un círculo a su alrededor con la punta del ala, con el pico levantado hacia el cielo en una postura forzada que le retorció el cuello. Pero ¿qué hacía? ¿Bailaba? Bailaba y cantaba. Mejor dicho, no cantaba: el sonido que le salía del pico era ronco, desesperado, como si pidiese ayuda. Y de cuando en cuando, sin dejar de girar, estiraba el cuello hacia arriba de un modo inverosímil y llevaba el pico adelante y atrás; parecían un brazo y una mano que quisieran poner alguna cosa en alto y no lo consiguieran.

En un abrir y cerrar de ojos, Montalbano bajó a la playa y llegó a su lado. La gaviota no dio muestras de haberlo visto, pero sus giros empezaron a tornarse inciertos, cada vez más tambaleantes, hasta que al final, tras emitir

un sonido agudo que pareció humano, perdió el apoyo del ala, se desplomó de lado y murió.

«Ha bailado su propia muerte», pensó el comisario, impresionado por lo que acababa de ver.

Decidió no dejársela a los perros y las hormigas. La agarró por las alas y se la llevó a la galería. Fue a la cocina y cogió una bolsa de plástico. Metió dentro el ave y la lastró con dos piedras que tenía en casa porque eran bonitas. Luego se quitó los zapatos, los pantalones y la camisa, y, en calzoncillos, se metió en el agua hasta que le llegó al cuello, giró con fuerza la bolsa y la lanzó lo más lejos posible.

Volvió a casa para secarse, muerto de frío. A fin de entrar en calor, preparó otra cafetera y se bebió el café ardiendo.

Mientras se dirigía en coche a Punta Raisi, le volvió al pensamiento la gaviota que había visto bailar y morir. A saber por qué, tenía la impresión de que los pájaros eran eternos, y cuando por alguna razón veía alguno muerto, siempre se quedaba un tanto asombrado, como sucede ante algo que uno no piensa que pueda ocurrir. Estaba casi seguro de que a la gaviota no le habían disparado. Casi seguro, porque quizá le habían dado con un solo perdigón que, aunque suficiente para matarla, no la había hecho sangrar. ¿Morían así todas las gaviotas, ejecutando esa especie de danza desgarradora? No podía quitarse de la cabeza aquella escena.

Una vez en el aeropuerto, el panel electrónico de las llegadas le dio la maravillosa y previsible noticia de que el vuelo que esperaba llevaba una hora y pico de retraso.

¿Y qué creía? ¿Acaso había algo en Italia que saliera o llegara a su hora?

Los trenes iban con retraso, los aviones también, a los transbordadores les costaba Dios y ayuda zarpar, del servicio de correos mejor no hablar, los autobuses se perdían en el tráfico, las obras públicas se alargaban entre cinco y diez años, cualquier ley tardaba años en ser aprobada, los procesos se eternizaban, hasta los programas de televisión comenzaban siempre media hora tarde...

Cuando empezaba a pensar en esas cosas, a Montalbano se le encendía la sangre. Pero no tenía ganas de estar de mal humor cuando Livia llegara. Necesitaba distraerse de algún modo durante aquella hora de espera.

El viaje matinal le había abierto un poco el apetito, cosa extraña, puesto que nunca desayunaba. Fue al bar, donde había una cola de oficina postal el día de pago de las pensiones. Finalmente le tocó.

—Un café y un *cornetto*.

—No hay *cornetti*.

—¿Se han terminado?

—No. Esta mañana los traerán más tarde, los tendremos dentro de media hora.

¡Hasta los *cornetti* llevaban retraso!

Se bebió el café de mala gana, pidió un periódico, se sentó y se puso a leer. Todo puro parloteo y cháchara.

El gobierno parloteaba, la oposición parloteaba, la Iglesia parloteaba, la patronal parloteaba y los sindicatos parloteaban, y además la prensa parloteaba sobre una pareja importante que se había separado, sobre un fotógrafo que fotografiaba lo que no debía, sobre el hombre más rico y poderoso del país, al cual su esposa había escrito una carta abierta para reprenderlo por ciertas palabras dichas a otra mujer, parloteaba y requeteparloteaba sobre los albañiles que caían como peras maduras de los andamios, sobre los inmigrantes clandestinos que morían ahogados en el mar, sobre los pensionistas reducidos a la miseria, sobre los niños violados...

Se parloteaba sin parar y por doquier de cualquier problema, siempre en vano, sin que el parloteo se transformara nunca en la más mínima medida, en ningún hecho concreto...

Montalbano decidió que había que modificar el artículo 1 de la Constitución en los siguientes términos: «Italia es una República basada en la venta de droga, el retraso sistemático y el parloteo vano».

Mareado, tiró el periódico a una papelería, se levantó, salió del edificio del aeropuerto y encendió un cigarrillo. Vio gaviotas volando casi en la orilla del mar, lo que le recordó la gaviota que había visto bailar y morir.

Como todavía le quedaba media hora de espera, recorrió andando un trecho del camino que había hecho en coche, hasta que llegó a unos metros de

las rocas. Se quedó allí de pie, disfrutando del olor a algas y sal y mirando las aves que se perseguían.

Volvió cuando el avión de Livia acababa de aterrizar. La vio aparecer ante él, guapa y sonriente. Se abrazaron y se besaron; hacía tres meses que no estaban juntos.

—¿Vamos?

—Tengo que recoger la maleta.

Los equipajes, naturalmente, fueron entregados a los viajeros con una hora de retraso entre gritos, reniegos y protestas. ¡Y menos mal que no habían seguido rumbo a Bombay o Tanzania!

Mientras se dirigían a Vigàta, Livia dijo:

—¡Acuérdate de que he reservado habitación para esta misma noche en Ragusa!

El plan era recorrer en tres días el Val di Noto y los pueblos del barroco siciliano, que Livia no conocía. Pero no había sido una decisión fácil.

—Oye, Salvo —le había dicho ella por teléfono una semana antes —, puesto que tengo cuatro días libres, ¿qué tal si voy a tu casa y los pasamos tranquilamente?

—Estaría muy bien.

—He pensado que podríamos hacer un viajecito por Sicilia. Hay algunas zonas que no conozco.

—Espléndida idea. En estos momentos en la comisaría no hay mucho que hacer. ¿Has pensado ya adónde te gustaría ir?

—Sí, al Val di Noto. No he estado nunca.

¡Ay! ¿Por qué se le había ocurrido justamente ese sitio?

—Bueno, desde luego el Val di Noto es increíble, pero créeme, hay otros lugares que...

—No; me apetece ir a Noto, dicen que la catedral restaurada es una maravilla, y luego podríamos acercarnos no sé, a Módica, Ragusa, Scicli...

—Es un buen plan, no lo pongo en duda, pero...

—¿No estás de acuerdo?

—En líneas generales, sí, mujer, cómo no voy a estarlo pero quizá convendría informarse antes.

—¿De qué?

—Verás, no quisiera que estuviesen rodando.

—Pero ¿de qué hablas? ¿Qué ruedan?

—No quisiera que, cuando fuéramos, estuvieran rodando algún episodio de la serie de televisión... Los hacen precisamente por allí.

—Perdona, pero ¿a ti qué más te da?

—¿Cómo que a mí qué más me da? ¿Y si por casualidad me encuentro cara a cara con el actor que hace de mí...? ¿Cómo se llama...? Zingarelli...

—Se llama Zingaretti; no finjas que te equivocas. El Zingarelli es un diccionario. Pero, repito, ¿a ti que más te da? ¿Será posible que tengas esos complejos infantiles a tu edad?

—¿Qué tiene que ver la edad?

—Además, ni siquiera os parecéis.

—Eso es verdad.

—Él es bastante más joven que tú.

¡Y dale con la edad! ¡Qué tabarra! ¡Livia estaba obsesionada con eso! Montalbano se picó. ¿Qué tenían que ver la juventud o la vejez con aquello?

—¿Y qué coño significa eso? ¡Si nos ponemos en ese plan, él está completamente calvo, mientras que yo tengo pelo para dar y vender!

—Venga, Salvo, no discutamos.

Y al final, para no pelear, se había dejado convencer.

—Sé perfectamente que has reservado —respondió ahora—. ¿Por qué me lo dices?

—Porque significa que tienes que estar de vuelta en Marinella como máximo a las cuatro.

—Solo tengo que firmar unos papeles.

Livia soltó una risita.

—¿De qué te ríes?

—Salvo, como si fuese la primera vez que... — Dejó la frase en el aire.

—No; continúa. ¿La primera vez que qué?

—Dejémoslo estar. ¿Has hecho la maleta?

—No.

—Pero ¡hombre...! ¡Tardarás dos horas en hacerla, y con tu velocidad de crucero llegaremos a Ragusa a las tantas!

—¡Velocidad de crucero! ¡Qué ingeniosos estamos! ¿Cuánto tiempo se necesita para hacer una maleta? ¡En media hora la tendré lista!

—¿Quieres que empiece a preparártela?

—¡Por lo que más quieras, no!

Una vez en que le había pedido que le hiciera ella la maleta, se había encontrado en la isla de Elba con un zapato marrón y otro negro.

—¿Qué significa ese «por lo que más quieras»? — preguntó Livia en tono tenso.

—Nada, nada —respondió él, que no tenía ganas de bronca.

Al cabo de un rato de silencio, Montalbano preguntó:

—¿En Boccadasse se mueren las gaviotas?

Livia, que miraba al frente con una expresión todavía dolida por el asunto de la maleta, se volvió hacia él, perpleja y no contestó.

—¿Por qué me miras así? Solo te he preguntado si en Boccadasse se mueren las gaviotas.

Livia continuó mirándolo sin contestar.

—¿Te importa responder? ¿Sí o no?

—Pero ¿no te parece una pregunta estúpida?

—¿No puedes contestarme simplemente, sin asignar cociente de inteligencia a mi pregunta?

—Creo que en Boccadasse se mueren, como en todas partes.

—¿Y tú has visto morir a alguna?

—No creo.

—¿Qué quiere decir «no creo»? No es una cuestión de fe, ¿sabes? ¡O lo has visto o no lo has visto! ¡No hay término medio!

—¡No levantes la voz! ¡No lo he visto! ¿Satisfecho? ¡No lo he visto!

—¡Ahora eres tú la que grita!

—¡Porque haces unas preguntas que no tienen ni pies ni cabeza! Estás muy raro esta mañana. ¿Te encuentras bien?

—¡Me encuentro de maravilla! ¡Como Dios! ¡De coña! ¡De puta madre; no: de putísima madre me encuentro!

—No hables en ese tono, y no digas palabro...

—Hablo como me parece, ¿vale?

Livia no replicó y él se calló. Ninguno de los dos volvió a abrir la boca.

Pero ¿cómo es que no paraban de discutir por los motivos más tontos? ¿Y cómo es que a ninguno se le pasaba por la sesera extraer la lógica conclusión de esa situación, que era darse la mano y separarse de una vez por todas?

Continuaron en silencio hasta Marinella. En vez de irse enseguida a la comisaría, a Montalbano le entraron ganas de darse una ducha. A lo mejor así se le pasaban los nervios por la discusión con Livia, la cual, nada más llegar, se había encerrado en el baño.

Se desnudó y llamó discretamente a la puerta.

—¿Qué quieres? —preguntó ella.

—Date prisa, quiero darme una ducha.

—Espera, que antes me la doy yo.

—¡Venga, Livia, tengo que ir a la oficina!

—Pero ¡si has dicho que solo tenías que firmar unos papeles!

—¡Sí, pero piensa que me he hecho Vigàta-Palermo-Vigàta para ir a buscarte! ¡Necesito ducharme!

—¿Y no me he hecho yo Génova-Vigàta? ¿No es un camino más largo? ¡Me toca primero a mí!

Pero bueno, ¿ahora se ponía a contar los kilómetros? Montalbano maldijo, buscó un bañador, se lo puso y bajó a la playa.

Pese a que el sol ya estaba alto, la arena que pisaba estaba fresca. Nada más meterse en el agua se quedó congelado. La única solución era empezar a nadar enseguida y deprisa.

Cuando llevaba un cuarto de hora dando brazadas, se puso a hacer el muerto. En el cielo no se veía un pájaro ni por casualidad. Al poco, unas gotas resbalaron por su cara hasta metérsele en la boca, entre el paladar y la lengua. Le encontró un sabor extraño. Entonces tomó con la mano un poco de agua y la probó. No había duda: el mar no tenía el mismo sabor que antes. Parecía que le faltara sal, amargaba ligeramente y sabía a agua mineral caducada. Quizá por eso las gaviotas... Pero ¿cómo es que los salmonetes que se zampaba en la *trattoria* seguían teniendo el delicioso aroma de siempre?

Mientras volvía hacia la orilla, vio a Livia sentada en albornoz en la galería, tomando un café.

—¿Cómo está el agua?

—Caducada.

Cuando salió de la ducha, se encontró a Livia delante.

—¿Qué pasa?

—Nada. ¿Tienes que irte ya a comisaría?

—No.

—Entonces...

Montalbano comprendió. Oyendo una especie de orquesta sinfónica que empezaba a sonar en su interior, la abrazó.

Fue una reconciliación maravillosa.

—¡A las cuatro, por favor! —le recordó ella al acompañarlo a la puerta.

—¡Mándame inmediatamente a Fazio! —le dijo a Catarella mientras pasaba por su lado.

—No está, *dottori*.

—¿Me ha llamado?

—No, señor *dottori*.

—En cuanto llegue, dile que venga a mi despacho.

Había una verdadera montaña de papeles en equilibrio sobre la mesa. Se desanimó. Sintió la tentación de mandarlo todo a hacer puñetas. ¿Qué podían hacerle si no los firmaba? La pena de muerte estaba abolida y la cadena perpetua querían suprimirla. ¿Entonces...? Igual con un buen abogado conseguía alargar el asunto y, con el tiempo, el delito de negativa de estampación de firma acababa por prescribir. Había incluso presidentes de gobierno que se habían beneficiado de eso de la prescripción para salir indemnes de delitos bastante más graves. Al final, el sentido del deber se impuso.

2

Augello entró sin llamar y sin siquiera saludar. Tenía cara de enfado.

—¿Qué pasa, Mimì?

—Nada.

—Venga, Mimì.

—Déjalo estar.

—Venga, hombre...

—Pues que me he pasado toda la noche discutiendo con Beba.

—¿Por qué?

—Dice que el sueldo no nos llega y que quiere buscar un trabajo. En realidad, ya le han ofrecido uno bueno.

—¿Y a ti te parece mal?

—No. El problema es el niño.

—Ah, claro. ¿Cómo va a arreglárselas para trabajar teniendo al niño?

—Para ella no hay ningún problema. Está todo resuelto. Quiere llevarlo a un jardín de infancia.

—¿Y cuál es el problema?

—Que yo no estoy de acuerdo.

—¿Por qué?

—Es demasiado pequeño. Tiene la edad justa para ir, pero es demasiado pequeño y me da pena.

—¿Crees que pueden tratarlo mal?

—¡Qué ocurrencia! ¡Lo tratarán de maravilla! Pero igualmente me da pena. Yo no estoy casi nunca en casa. Si Beba se pone a trabajar, se irá por la mañana y volverá por la noche. Y el niño creerá que se ha quedado huérfano.

—No digas chorradas, Mimì. Ser huérfano es algo muy distinto. Hablo por experiencia, y lo sabes.

—Perdona. Cambiemos de tema.

—¿Hay novedades?

—Ninguna. Calma chicha.

—¿Sabes por qué Fazio no ha llegado todavía?

—Oye, Mimì, ¿tú has presenciado alguna vez la muerte de una gaviota?

—No. ¿Por qué?

—Esta mañana he visto morir una justo delante de la galería.

—¿Le han disparado?

—No estoy seguro.

Augello lo miró fijamente. Metió dos dedos en el bolsillo superior de la chaqueta, sacó unas gafas y se las puso.

—Explícate.

—No; antes dime por qué te has puesto las gafas.

—Para oírte mejor.

—¿Llevan incorporado un aparato para la sordera?

—No. Yo oigo perfectamente.

—Entonces, ¿por qué te pones las gafas?

—Para verte mejor.

—¡Mimì, ya está bien; no te quedes conmigo! ¡Has dicho que te las has puesto para oírme mejor! ¡Oírme, no verme!

—Es lo mismo. Si te veo mejor, te entiendo mejor.

—¿Y qué quieres entender?

—Adónde quieres ir a parar.

—¡Yo no quiero ir a parar a ningún sitio! ¡Te he hecho una simple pregunta!

—Y yo, que te conozco bien, sé cómo va a acabar esa simple pregunta.

—¿Y cómo va a acabar?

—¡Con una investigación sobre quién ha matado a la gaviota! ¡Eres muy capaz!

—¡No digas chorradas!

—¿Chorradas? ¿Y la vez del caballo que encontraste muerto en la playa? ¿No nos hiciste pasar a todos las de Caín hasta que...?

—Mimì, ¿sabes qué te digo? Quítate de en medio y vete a marear a otro.

Estaba firmando papeles y más papeles desde hacía media hora cuando sonó el teléfono.

—*Dottori*, el señor Mizzica quiere hablar con usía personalmente en persona.

—¿Está al teléfono?

—No, señor, aquí.

—¿Te ha dicho qué quiere?

—Dice que se trata de un asunto de motopesqueros.

—Dile que estoy muy ocupado y pásaselo al *dottor* Augello. — Pero enseguida cambió de idea —. No; espera, primero hablaré yo con él.

Si el señor Mizzica se ocupaba de motopesqueros, igual podía decirle algo sobre las gaviotas.

—Soy Adolfo Rizzica, comisario.

¡Sería un milagro si alguna vez Catarella acertara con un apellido!

—Pase y siéntese. Pero le advierto que apenas dispongo de cinco minutos. Dígame de qué se trata y después hablaré con el *dottor* Augello.

Rizzica era un sexagenario bien vestido, de maneras educadas y respetuosas. Tenía la cara estropeada por el salitre, muy propio de los hombres de mar. Se sentó en el borde de la silla. Estaba bastante nervioso, tenía la frente húmeda y un pañuelo en la mano. Mantenía los ojos bajos y no se decidía a abrir la boca.

—Señor Rizzica, estoy esperando.

—Yo soy propietario de cinco motopesqueros.

—Me alegro. ¿Y bien?

—Voy a hablar claro con usía y llegaré enseguida al problema: de estos cinco, uno no me convence.

—¿En qué sentido?

—Una o dos veces por semana, ese pesquero regresa tarde.

—Sigo sin entenderlo. ¿Regresa más tarde que los demás?

—Sí, señor.

—¿Y dónde está el problema? Intente...

—Comisario, yo sé adónde van a pescar, cuánto tiempo tardan, y permanezco en contacto con ellos mediante el radioteléfono. Y cuando han acabado, me dicen que están de vuelta.

—¿Y...?

—El patrón de ese pesquero, que se llama Maria Concetta...

—¿El patrón es una mujer?

—No, señor; es un hombre.

—¿Y entonces por qué tiene nombre de mujer?

—El nombre de mujer lo tiene el pesquero, el patrón se llama Aureli Salvatore.

—Bien, continúe.

—Aureli me dice que él también está de vuelta y luego llega con una hora o una hora y media de retraso.

—¿Lleva un motor más lento?

—No, *dottore*. Al contrario.

—¿Y entonces por qué se retrasa?

—Esa es la madre del cordero, comisario. Yo creo que toda la tripulación está conchabada.

—¿Para hacer qué?

—*Dottore*, hoy en día hay mucho tráfico en estas aguas. Es peor que una autopista, ¿me explico?

—No.

—Yo pienso, pero solo lo pienso, mucho ojo, que el pesquero para a cargar.

—¿A cargar qué?

—¿No lo adivina?

—Oiga, señor Rizzica, no tengo tiempo para jugar a las adivinanzas.

—En mi opinión, trafican con droga, comisario. Y yo con ese asunto, si lo descubren, no quiero tener nada que ver.

—¿Droga? ¿Está seguro?

—Seguro seguro, no. Pero la verdad...

—Pero él, Aureli, ¿qué explicación le ha dado para esos retrasos?

—Cada vez encuentra una. Un día que si se gripó el motor, otro que si la red se enganchó...

—Mire, quizá convenga que vaya a hablar enseguida con el *dottor* Augello. Pero antes quisiera preguntarle una cosa.

—A su disposición.

—¿Usted ha tenido ocasión de ver morir a alguna gaviota?

Rizzica, que no se esperaba la pregunta, lo miró estupefacto.

—¿Qué tiene eso que ver con...?

—No, no tiene nada que ver; es solo una curiosidad personal.

El hombre estuvo unos instantes pensando.

—Sí, señor, una vez, cuando solo tenía un pesquero e iba embarcado, vi caer muerta a una gaviota.

—¿Hizo algo antes de morir?

El hombre se quedó todavía más perplejo.

—¿Y qué iba a hacer? ¿Testamento?

Montalbano se enfadó.

—¡Oiga, Mizzica...!

—Rizzica.

—¡No se haga el gracioso! ¡Es una pregunta seria!

—Está bien, está bien, perdone.

—Bueno, ¿qué hizo antes de morir?

Rizzica se quedó pensando un momento más.

—No hizo nada, comisario. Cayó como una piedra al agua y se quedó flotando.

—¡Ah, cayó al mar! —exclamó Montalbano, decepcionado. Al caer al agua, no había podido ejecutar la danza —. Lo acompañó al despacho del *dottor* Augello — dijo, levantándose.

Pero ¿sería posible que nadie hubiera visto una gaviota bailando mientras moría? ¿Era algo que solo le había sucedido a él? ¿A quién podía preguntar? El teléfono sonó. Era Livia.

—¿Sabías que el frigorífico está vacío?

—No.

—Indudablemente esto es un acto de sabotaje de tu amada Adelina. Le has dicho que venía yo y esa, que me odia, lo ha vaciado.

—¡Por favor, qué palabras tan ofensivas! No te odia; simplemente os caéis un poco mal la una a la otra, eso es todo.

—¿Y me pones en el mismo plano que a ella?

—Livia, por lo que más quieras, no empecemos. No hay necesidad de hacer una tragedia porque el frigorífico esté vacío; ven a comer conmigo a la *trattoria* de Enzo.

—¿Y cómo voy? ¿A pie?

—Vale, iré a buscarte.

—¿Dentro de cuánto?

—¡Por Dios, Livia, iré cuando sea el momento!

—Pero ¿no puedes decirme aunque sea aproximadamente...?

—¡Te digo que no lo sé!

—Oye, no hagas lo mismo de siempre, ¿eh?

—¿Y qué se supone que es lo mismo de siempre?

—Decir una hora y presentarte tres horas más tarde.

—Seré puntualísimo.

—Pero no me has dicho a qué hora...

—¡Ya está bien, Livia! ¿Quieres volverme loco?

—¡Pues a mí me parece que ya lo estás!

Montalbano colgó. Y menos de medio minuto después el teléfono sonó de nuevo. Agarró el auricular y gritó hecho un basilisco:

—¡No estoy loco! ¿Me oyes?

Se produjo una pausa, y al cabo de unos instantes se oyó la voz trémula de Catarella:

—¡*Dottori!* ¡Se lo juro por lo más sagrado! ¡Yo nunca he pensado que usía esté loco! ¡Nunca lo he dicho!

—Cataré, me he equivocado. ¿Qué pasa?

—*Dottori*, es la mujer de Fazio.

—¿Está al teléfono?

—No, señor, personalmente en persona.

—Hazla pasar.

¿Por qué había mandado Fazio a su mujer? Si estaba enfermo, ¿no podía llamar?

—Buenos días, señora. ¿Qué sucede?

—Buenos días, *dottore*. Perdona que lo moleste, pero...

—No es ninguna molestia, dígame.

—Dígame usted.

¡Dios bendito! ¿Qué significaba aquello?

La señora Grazia parecía inquieta y alterada.

Montalbano decidió intentar averiguar algo más para poder entender algo y contestar del modo adecuado.

—Antes que nada, siéntese. La veo preocupada.

—Mi marido salió anoche de casa a las diez, cuando usted lo llamó. Me dijo que había quedado con usted en el puerto. Y desde entonces no he tenido noticias suyas. En general, cuando pasa la noche fuera de casa, me llama. Esta vez no lo ha hecho; por eso estoy un poco preocupada.

¡Ah, se trataba de eso! Pero la cuestión era que él no había telefonado a Fazio la noche anterior. No había quedado con él en el puerto. ¿Dónde se había metido aquella alma de Dios?

En cualquier caso, lo primero era tranquilizar a su mujer. Empezó a hacer una interpretación digna de un Oscar. Emitió una especie de lamento y se dio una sonora palmada en la frente.

—¡Virgen santa! ¡Se me olvidó! ¡Perdone, señora, pero se me fue por completo de la cabeza!

—¿El qué, *dottore*?

—¡Que su marido me dijo que la llamara porque él no podría hacerlo! ¡Con lo que me insistió! Y yo, como un imbécil...

—No diga eso, *dottore*.

—¡Dios mío, cuánto lamento que se haya inquietado tanto por mi culpa! Pero esté tranquila, señora, su marido está perfectamente. Está ocupado con un delicadísimo...

—No me diga más, *dottore*, era todo lo que quería saber. Muchas gracias.

Se levantó y le tendió la mano.

La esposa de Fazio estaba a la altura de su marido; era una mujer de pocas palabras y una gran dignidad. Las dos o tres veces que lo habían invitado a comer a su casa (eso sí, ¡qué mal cocinaba!), Montalbano había observado que no se entrometía nunca en la conversación cuando ellos hablaban de cosas de trabajo.

—La acompaño —dijo el comisario.

Fue con ella hasta el aparcamiento, disculpándose todavía, y la vio subir al coche de su marido. O sea, que Fazio no lo había cogido para ir a donde

hubiera ido.

Entró de nuevo en la comisaría y, haciendo una parada en el cuartito que servía de centralita, le dijo a Catarella:

—Llama a Fazio al móvil.

Catarella lo intentó dos veces seguidas.

—Está mudo, *dottore*.

—¡Dile al *dottor* Augello que venga inmediatamente a verme!

—Pero es que todavía está con el señor Mizzica.

—¡Dile que lo mande a tomar por culo!

«¿Qué puede haberle pasado a Fazio?», se preguntó, intranquilo, mientras entraba en su despacho.

Para empezar, Fazio le había mentado a su mujer al decirle que había quedado con él en el puerto. ¿Por qué precisamente en el puerto? Podía significar todo y no significar nada. Igual era el primer sitio que se le había ocurrido.

Pero lo grave era que no había llamado a su mujer. Y sin duda no había llamado porque... porque se hallaría en situación de no poder hacerlo.

«Explícate mejor, Montalbá», dijo Montalbano segundo.

«No quiere explicarse mejor porque tiene miedo», intervino Montalbano primero.

«¿De qué?».

«De las conclusiones a las que se ve obligado a llegar».

«¿Y cuáles son esas conclusiones?».

«Que Fazio no puede telefonar porque alguien lo ha secuestrado, o bien porque está herido o muerto».

«Pero ¿por qué piensa siempre lo peor?».

«¿Y qué quieres que piense? ¿Que Fazio se ha ido con una mujer?».

Augello entró en el despacho.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Cierra la puerta y siéntate.

Augello obedeció.

—Bueno, ¿qué?

—Fazio ha desaparecido.

Mimì lo miró con la boca abierta.

Estuvieron hablando un cuarto de hora antes de llegar a una conclusión: que seguramente Fazio había iniciado una investigación por su cuenta, de la cual no había querido decir nada a nadie. En varias ocasiones había tenido ocurrencias de esas. Pero esta vez había subestimado el peligro — cosa extraña, dada su experiencia — y se había metido en problemas.

No había otra explicación posible.

—Tenemos que dar con él como máximo mañana — dijo Montalbano —. Hasta mañana quizá consiga mantener tranquila a su mujer, que tiene mucha confianza en mí, pero después no me quedará más remedio que decirle toda la verdad, sea cual sea.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Demos por bueno el dato del puerto. Tú empieza por ahí.

—¿Puedo llevar a alguien conmigo?

—No; ve solo. No quiero que se corra la voz de que estamos buscándolo y llegue a enterarse la señora Fazio. Si mañana nos encontramos en el mismo punto que hoy, entonces nos moveremos a lo grande.

Una vez que Augello hubo salido, se le ocurrió una cosa.

—Catarella, haz que te sustituyan cinco minutos y ven a mi despacho.

—No tardo nada, *dottori*.

Y nada tardó.

—Oye, Cataré, tienes que echarme una mano.

A Catarella empezaron a brillarle los ojos de contento mientras se cuadraba ante el comisario.

—¿Una mano? ¡El brazo entero le doy, *dottori*!

—Piensa bien antes de contestar. En el despacho de Fazio no hay teléfono directo, ¿correcto?

—Correctísimo.

—Lo cual quiere decir que todas las llamadas que recibe tienen que pasar forzosamente por la centralita, ¿correcto?

Catarella hizo una mueca en vez de responder.

—¿Qué pasa?

—*Dottori*, Fazio tiene móvil. Suponiendo que alguien lo llame al móvil de él, Fazio, ese alguien llamante no pasa por la centralita.

—Es verdad. Pero por ahora dejemos aparte ese problema. Pensemos solo en la centralita. Quiero saber si en los últimos cuatro o cinco días ha habido llamadas para Fazio de alguien que no había llamado nunca antes. ¿Me he explicado?

—Perfectamente, *dottori*.

—Ahora tú te sientas en mi sitio, coges papel y bolígrafo y me escribes todos los nombres que recuerdes. Mientras tanto, yo voy fuera a fumarme un cigarrillo.

—*Dottori*, perdone, pero no puedo.

—¿No puedes recordar quién ha llamado?

—No, señor *dottori*, no puedo sentarme en su sitio.

—¿Y se puede saber por qué? Una silla es una silla.

—Sí, señor *dottori*, pero lo que ha hecho importante a esa silla es el culo, con todos los respetos, de quien se sienta en ella.

—Bueno, pues quédate donde estás.

Montalbano salió de la comisaría, se fumó un cigarrillo paseando despacio por el aparcamiento y después volvió a entrar.

3

Catarella le tendió un papel. Había escrito tres nombres. Loccicciro (que debía de ser Lo Cicero), Parravacchio (ni Dios sabía cómo se llamaba en realidad) y Zireta (en este caso el error era mínimo: Zirretta).

—¿Solo estos tres?

—No, señor *dottori*; son cuatro.

—Pero has escrito solo tres.

—El cuarto no lo he escrito porque no era nicisario. ¿Usía ve que entre Garavacchio y...?

—Aquí pone Parravacchio.

—No tiene importancia. ¿Usía ve que entre Saravacchio y Zineta hay un espacio en blanco?

—Sí. ¿Y qué significa?

—Blanco significa blanco, *dottori*.

—Pero ¿qué quiere decir?

—Quiere decir que el cuarto que ha llamado se llama Bianco.

Genial.

—Oye, ¿Bianco no es ese a cuyo hijo detuvieron por una reyerta hace una semana?

—Sí, señor *dottori*. Y Loccicciro telefoneaba porque uno que vive en el piso de arriba del suyo orina, con perdón, todas las mañanas en el balcón de abajo.

—¿Y sabes qué quería Parravacchio?

—No, señor *dottori*. Pero Taravacchio es pariente de Fazio.

—Y entre Parravacchio y Zirretta, ¿sabes quién ha llamado más veces?

—Sí, señor: Pinetta, pero tilifoneaba por la solicitud de un pasaporte.

Montalbano se sintió decepcionado.

—Pero para llamadas latosas y continuamente continuas hasta hace cinco días, las de Mansella.

—¿Con ese o con zeta?

—Con ese de zeta, *dottori*.

—¿Y ese tal Manzella lo llamaba pasando por la centralita?

—*Dottori*, Mansella llamaba a la cintralita porque el móvil de Fazio estaba ocupado. O bien estaba apagado. Y entonces me decía que era Mansella y que tenía que decirle a Fazio que en cuanto acabara lo llamase enseguida a él. O bien que conectara enseguida el móvil.

—¿Y Fazio lo llamaba?

—No lo sé, *dottori*, porque no estuve nunca presente. Si lo llamaba, lo llamaba con el móvil.

—Naturalmente, no te acordarás de cuándo llamó por primera vez Manzella.

—Espere un momento.

Salió del despacho y volvió corriendo con un cuaderno de tapas negras en la mano derecha. Empezó a pasar páginas. Estaba lleno a rebosar de números y nombres.

—¿Qué es eso?

—*Dottori*, yo siempre me apunto quién llama por teléfono, por quién pregunta, el día y la hora exacta.

—¿Por qué?

—Porque nunca se sabe.

—Pero ¿no hay un registro automático?

—Sí, señor *dottori*, pero yo no me fío de la tomaticidad. ¡Vete tú a saber en qué está pensando el tomático! ¡Ah, aquí está! Mansella llamó por primera vez hace diez días y siguió llamando todos los días hasta hace cinco. El último día llamó tres veces. Estaba nervioso. Me dijo que le dijera a Fazio que, cuanto más tiempo tuviera libre el móvil, mejor.

—¿Y luego?

—Luego no volvió a llamar. Pero entonces era Fazio el que me preguntaba como mínimo dos veces al día si por casualidad lo había llamado Mansella. Y cada vez que le respondía que no, me decía que, en el caso de que telefonara se lo pasara enseguida porque era muy importantísimo.

—Gracias, Cataré, me has sido de gran utilidad.

—*Dottori* ¿me permite una pregunta?

—Dime.

—¿Pasa algo con Fazio?

—Nada, una tontería; no te preocupes.

Catarella salió del despacho poco convencido.

Montalbano respiró hondo y se decidió a hacer lo que no tenía ningunas ganas de hacer. Pero más valía empezar por lo peor. Marcó el número del doctor Pasquano.

—¿Está el doctor?

—El doctor está ocupado.

—Soy Montalbano. Póngame con él.

—Comisario, discúlpeme, pero no me atrevo. Esta mañana está que se lo llevan los demonios, no le pasa una a nadie y en este momento está haciendo una autopsia.

La noche anterior, Pasquano debía de haber perdido bastante al póquer en el Círculo. Cuando le ocurría, al día siguiente valía más vérselas con un oso polar hambriento que con él.

—Quizá pueda informarme usted. Entre anoche y esta mañana, ¿han tenido nuevas entradas?

—¿Se refiere a muertos recientes? No.

Montalbano respiró con cierto alivio.

Se levantó y salió del despacho. Al pasar por delante de Catarella, le dijo:

—Voy a Montelusa y estaré de vuelta dentro de dos horas. Si me busca el *dottor* Augello, dile que me llame al móvil.

En Montelusa había tres hospitales y dos clínicas privadas. Antes decías por teléfono que eras de la policía y desembuchaban sin más. Luego empezaron con el latazo de la privacidad y, si no ibas en persona y te identificabas, no soltaban prenda. En cualquier caso, Fazio no estaba en ninguno de los tres hospitales. Ahora quedaba la parte más difícil: las clínicas privadas, que defendían los secretos de sus pacientes mejor que los bancos suizos los de sus clientes. ¿Cuántos mafiosos prófugos se habían operado en esas clínicas? El vestíbulo de la primera parecía la recepción de un hotel de cinco estrellas. Detrás de un mostrador que podía usarse como espejo de tan

reluciente como estaba, había dos mujeres vestidas de blanco, una joven y otra madura. Se dirigió a esta última poniendo una cara muy seria.

—Soy el comisario Montalbano —dijo, mostrando su identificación.

—¿En qué puedo serle útil?

—Mis hombres llegarán dentro de diez minutos. Todos los pacientes deben permanecer en sus habitaciones y queda terminantemente prohibida la salida a los visitantes.

—¿Es una broma?

—Tengo una orden de registro. Buscamos a un prófugo peligroso que se llama Fazio y que está ingresado desde ayer.

La mujer, que se había quedado más blanca que el papel, reaccionó.

—Pero ¡si aquí no ha habido ningún ingreso desde hace dos días! ¡Compruébelo usted mismo! — añadió, girando hacia él el ordenador que tenía delante.

—Mire, no vale la pena discutir. A nosotros nos consta que en la clínica Materdei...

—Pero ¡esta no es la Materdei!

—¿Ah, no?

—¡No; esta es la Salus!

—¡Dios mío, perdone, me he equivocado! Le pido disculpas. Buenos días. ¡Ah, y por lo que más quiera, no se le ocurra avisar a la Materdei!

En la segunda clínica llegaron a echarlo a la calle. Había una enfermera jefe sexagenaria que medía un metro noventa y nueve como mínimo, más flaca que la muerte e igual de fea, era la viva estampa de Olivia, la novia de Popeye.

—Nosotros no recogemos heridos de la carretera.

—De acuerdo, señora, pero...

—No soy señora.

—Bueno, no desespere; ya verá como un día u otro tiene suerte.

—¡Fuera!

Estaba subiendo al coche cuando oyó que lo llamaban. Era un médico al que conocía. Le contó el caso. El doctor le dijo que esperara fuera, que era mejor. Volvió al cabo de cinco minutos.

—Desde hace dos días no tenemos ningún paciente nuevo.

¿Qué pasaba? ¿Estaban todos rebosantes de salud o es que no había dinero para pagar las cuentas de las clínicas privadas? En cualquier caso, la conclusión era que Fazio no estaba ingresado en ningún sitio. Pero ¿dónde se había metido?

Mientras regresaba a Vigàta, sonó el teléfono móvil. Mimì Augello.

—Salvo, ¿dónde estás?

—He venido a Montelusa para hacer un recorrido por los hospitales. Fazio no está en ninguno. Ahora estoy volviendo.

—Oye... quizá habría que...

Montalbano captó al vuelo la sugerencia.

—Tranquilo, tampoco está en el depósito. ¿Y tú qué novedades tienes?

—Te llamo por eso. ¿Puedes venir al puerto? Te espero en la entrada.

—¿En cuál?

—Estoy delante de la puerta sur.

—Ya voy.

La puerta sur, la más cercana al muelle de levante, al que el comisario iba a menudo a pasear después de comer, se utilizaba sobre todo para el paso de coches y camiones que embarcaban en el *ferry* para Lampedusa, el cual zarpaba al filo de la medianoche. En cuanto empezaba la temporada, aquella zona del puerto se convertía en un campamento de chavales forasteros en espera de subir al barco.

A ambos lados de la enorme verja había una especie de garitas para los agentes de la Policía Fiscal, que controlaban el movimiento. Pero a aquella hora de la mañana todo estaba tranquilo; el caos de coches y pasajeros empezaba hacia las cinco de la tarde.

—De noche cierran esta puerta y la central. Solo queda abierta la puerta norte — le explicó Mimì.

—¿Por qué?

—Porque en esa parte del puerto es donde atracan y de donde zarpan los motopesqueros, donde están los almacenes y los camiones frigoríficos; o sea, donde está el comercio del pescado.

—Ten en cuenta que, si le ha pasado algo a Fazio, habrá sido de noche.

—Exacto.

—¿Y entonces por qué estamos en la puerta equivocada?

—La puerta es la equivocada, pero el agente, que se llama Sassu, estaba anoche de guardia en la puerta norte.

—¿Vio algo?

—Ve a hablar tú con él.

Sassu tenía poco más de veinte años y era un chico de aspecto espabilado e inteligente.

—Los pesqueros empiezan a regresar después de medianoche y descargan; una parte del pescado se almacena y otra parte se carga en los camiones frigoríficos, que parten inmediatamente. Hasta las tres de la madrugada hay mucho ajetreo. Después viene aproximadamente una hora de calma, y fue precisamente poco antes de las cuatro cuando oí las detonaciones.

—¿Cuántas? —preguntó Montalbano.

—Dos.

—¿Está seguro de que fueron detonaciones de arma de fuego?

—No. Pudo haber sido una moto. En realidad, poco después pasó una moto de gran cilindrada, y eso me tranquilizó.

—¿Llevaba un pasajero en el asiento trasero?

—No.

—¿Y no oyó gritos, súplicas, exigencias...?

—Nada.

—¿Sabe de dónde procedían las detonaciones?

Por primera vez, Sassu pareció menos seguro.

—Qué raro... —murmuró.

—¿El qué?

—Ahora que me han hecho pensar en ello... no pudo ser una moto.

—¿Por qué?

—Entre las dos detonaciones hubo un intervalo de unos segundos. La primera me pareció que venía del varadero, pero la segunda se produjo bastante más allá, en las inmediaciones del segundo o el tercer almacén... Si hubiera sido una moto, las dos detonaciones habrían sonado por el mismo sitio.

—Resumiendo, era como si alguien persiguiera, disparando, a uno que escapaba — dijo Montalbano.

—Pues sí.

Le dieron las gracias al agente de la Fiscal.

—Este asunto huele cada vez peor —comentó Augello, preocupado.

—Vamos a andar un poco por allí —dijo el comisario.

—¿Por dónde?

—Entre el varadero y los dos almacenes.

Los almacenes frigoríficos eran una decena y estaban alineados en la parte exterior del muelle central, una especie de espigón justo en medio del puerto.

Los motopesqueros atracaban directamente allí; luego, una vez descargado el pescado, pasaban de la parte exterior del muelle a la interior, amarraban en sus respectivos lugares y la tripulación se iba a casa a descansar.

Montalbano y Augello fueron del varadero al segundo almacén y a la inversa con los ojos clavados en el suelo.

La calle era un cúmulo de cieno marcado por innumerables surcos dejados por las ruedas de los camiones. Todos los almacenes estaban cerrados excepto el tercero, ante el cual había una Ford Transit con las puertas abiertas; en su interior se veían cables eléctricos, tubos, instrumentos de medición y cosas similares. Quizá se había averiado la instalación frigorífica y estaban reparándola. Por lo demás, no pasaba ni un alma.

—Vámonos. No encontraremos nada; es una pérdida de tiempo. Habría que excavar en el cieno. Además, hay un pestazo que me da ganas de vomitar — dijo Mimì.

A Montalbano, en cambio, aquel olor no solo no le parecía apestoso, sino que incluso le gustaba. Era el resultado de una mezcla de algas y pescado putrefacto, cuerdas deshechas, agua de mar, alquitrán y un ligero toque de gasóleo: una exquisitez, una delicia.

Y fue justo cuando ya habían perdido las esperanzas y se disponían a volver a la oficina cuando, a la altura del varadero, Mimì vio brillar un casquillo que no había quedado enterrado en el fango porque había caído encima de una tabla podrida.

Se agachó, lo cogió y lo limpió con las manos. No estaba nada oxidado ni dañado: era evidente que se encontraba allí desde hacía unas horas, no días, y mucho menos meses.

—Ahora sí que estamos seguros de que no era una motocicleta — concluyó Montalbano.

—A ojo de buen cubero, una siete sesenta y cinco — dijo Augello —. ¿Qué hacemos con este casquillo?

—Caldo.

—¿Qué quieres decir?

—Mimì, ¿de qué quieres que nos sirva ese cartucho? Desgraciadamente, solo nos confirma que hubo un tiroteo. Y de momento no nos sirve para nada más.

Augello, por si las moscas, se lo guardó en el bolsillo. Montalbano siguió inmóvil. Estaba pensando con la cabeza inclinada, mirándose las puntas de los zapatos. Tenía un cigarrillo entre los labios, pero había olvidado encenderlo. Mimì guardó silencio. Al cabo de un momento, el comisario se puso a hablar, en realidad pensando en voz alta.

—A Fazio, suponiendo que fuera Fazio, le dispararon la primera vez mientras volvía hacia la puerta norte. Evidentemente había terminado de hacer lo que tenía que hacer en las inmediaciones de algún almacén y se disponía a salir del puerto, pero alguien lo esperaba aquí y le disparó.

—Pero ¿por qué esperaron a que llegase a la altura del varadero? — preguntó Mimì —. Es el sitio más peligroso, el más cercano a la puerta donde siempre hay un agente de guardia.

—No tenían elección. Supón que lo hubieran sorprendido y matado delante de uno de los almacenes. Si no se daban prisa en deshacerse del cadáver, tendrían que haberlo dejado allí. Pero, una vez descubierto el cuerpo, sin duda nosotros habríamos registrado todos los almacenes. Y eso a ellos no les convenía. El varadero, en cambio, es tierra de nadie. Todos los que vienen a este muelle deben pasar forzosamente por sus inmediaciones. O sea, habría sido como dispararle en la calle principal del pueblo.

—De todos modos, el primer disparo no lo alcanzó.

—Exacto. Pero Fazio se da cuenta de que no puede continuar hacia la verja. El que le ha disparado le corta el camino. ¿Y qué hace entonces?

—¿Qué?

—Da media vuelta y vuelve corriendo hacia el lugar de donde venía, es decir, hacia los almacenes.

—Pero ¡eso es peor!

—¿Por qué?

—¡Porque la calle que pasa por delante de los almacenes desemboca en el mar! No te permite subir al muelle. Así no tendría modo de escapar de su perseguidor. Estaría perdido. Se habría metido él mismo en una ratonera.

—Pero él sabía cómo estaba la situación en aquel preciso momento, y nosotros no.

—Explícate mejor.

—Igual aún había algún almacén abierto donde pedir ayuda. Lo cierto es que, como nos ha dicho el agente, le dispararon por segunda vez cuando había llegado a la altura del segundo o el tercer almacén. Y el hecho de que no se oyeran más disparos es una mala señal.

—O sea...

—Significa que con el segundo disparo lo hirieron o lo mataron.

—¡Virgen santa! —exclamó Augello.

—Pero también es posible que Fazio, al verse perdido, levantara las manos y se rindiera.

—Oye, ¿y si pedimos una orden de registro de los almacenes?
— propuso Augello.

—Es inútil.

—¿Por qué?

—Si lo mataron, no han guardado el cuerpo. Y en el caso de que lo hubieran herido o capturado, no podían meterlo en un almacén frigorífico porque al cabo de unas horas estaría más seco que un bacalao.

—De acuerdo. Pero, si está muerto, ¿dónde está el cadáver?

—Yo tengo una idea. ¿Quieres que te la diga?

—Claro.

—En el mar, Mimì. Bien lastrado.

—Pero ¡¿qué coño dices?!
—Es solo una idea, Mimì; no te exaltes. Piensa un poco. Si lo mataron, arrojarlo al mar era lo más sencillo y lo más seguro. No podían esconder el

cuerpo en un almacén. Aunque el grueso del trabajo estuviera acabado, seguro que todavía quedaba alguna persona rezagada. Habría sido demasiado arriesgado. Hazme caso, dejemos de pensar en eso.

—Está bien.

—Haz una cosa. Llama al jefe superior y cuéntale solo parte del asunto, de la misa la mitad. O mejor no. No le cuentes nada que haga referencia a Fazio. Dile que necesitamos recuperar un arma caída al mar. Consigue que te autorice a llamar a dos buzos.

—Perdona, pero, si me pregunta a quién pertenece el arma, ¿qué le digo?

—Que la pistola es mía.

—¿Y cómo se te cayó al mar?

—Por un agujero en el bolsillo trasero de los pantalones.

—¿Y si me dice que lo dejemos, que no vale la pena organizar todo ese jaleo?

—Dile que la responsabilidad será suya.

—¿La responsabilidad de qué?

—Cuéntale que cuando se me cayó el arma había varias personas presentes. Y que a alguna se le puede ocurrir zambullirse, recuperar el arma y utilizarla.

Mimì Augello se alejó unos pasos y empezó a hablar por el móvil. La conversación fue larga. Finalmente, Mimì negó con la cabeza, se acercó a Montalbano y le tendió el teléfono.

—Quiere hablar contigo.

—¡Montalbano! Pero ¿qué puñetas trama?

—Señor jefe superior, todo ha sido por culpa de un agujero que...

—Pero ¡esto es de locos! ¡Estas cosas solo le pasan a usted! ¡Un agujero! ¿Y si el arma se le hubiera caído en medio de una calle abarrotada de gente y se hubiera disparado?

—No la llevo nunca amartillada, señor jefe superior.

—Oiga, Montalbano, no puedo solicitar la intervención de dos buzos por una tontería como esa.

—Si quiere, me encargo yo de recuperarla. Sé bucear y puedo estar bastante tiempo bajo el agua.

—Montalbano, hablar con usted es un auténtico suplicio. Páseme otra vez a Augello.

Mimì estuvo hablando cinco minutos más; luego cortó la comunicación y le dijo a Montalbano:

—Ha accedido.

La suposición del comisario no se vio confirmada. Cuando el sol empezó a ponerse, los buzos, que llevaban trabajando tres horas seguidas, no habían encontrado nada.

Mejor dicho, habían encontrado un batiburrillo de cosas, hasta un cochecito de niños y una maleta llena a rebosar de latas de tomate, pero, por suerte, ningún cadáver.

—Mejor así —dijo Montalbano.

Entretanto, en las inmediaciones se habían congregado decenas de personas que miraban, comentaban, reían y hacían preguntas en voz alta que no recibían respuesta. Montalbano las maldijo mentalmente.

Uno que se presentó como el propietario de un almacén se acercó al comisario.

—Disculpe que lo moleste, comisario, pero necesito saber cómo tenemos que actuar.

—¿Respecto a qué?

—A los pesqueros.

—Pero si no hay ni uno...

—Ya, pero dentro de unas dos horas empezarán a llegar.

—¿Y qué?

—Con los buzos en acción justo delante de los almacenes, no podrán acercarse para descargar.

—No se preocupe. Dentro de un cuarto de hora como máximo hemos terminado.

—Pero ¿podemos saber qué busca? —preguntó el hombre, pasando de pronto al dialecto. Hablar en dialecto creaba un clima de más confianza.

—Claro. Mi reloj. Se me ha caído al agua esta mañana.

—Pues decían que era la pistola.

—Me he equivocado. Siempre los confundo.

4

Cuando Mimì y él volvieron a la comisaría, eran casi las nueve de la noche. Ninguno de los dos había encontrado tiempo para ir a comer. Mejor dicho, de haber querido habrían dispuesto de una horita, pero la verdad es que no habían tenido muchas ganas.

—¿Por casualidad Fazio ha dado señales de vida?

—No, señor *dottori*.

Entraron en el despacho de Montalbano.

—Siéntate, Mimì. Vamos a darle vueltas a esto cinco minutos más.
¿Mando traer café?

—Me parece una buena idea.

Montalbano levantó el auricular.

—Cataré, ¿puedes ir por café al bar? Gracias.

Se miraron.

—Empieza tú —dijo Mimì.

—Ya está claro que tienen a Fazio. Pero no sabemos si vivo o muerto.

—Bueno, en el mar no estaba.

—Pero no por eso tenemos la certeza de que esté vivo.

—De acuerdo. Pero si se lo cargaron con el segundo tiro, el que efectuaron desde la zona de los almacenes, ¿dónde lo han metido?

—Mimì, no conseguimos hacernos una idea por una razón muy sencilla, y es que no sabemos qué sucede cuando llegan los motopesqueros, cuánto tiempo tardan en descargar, a qué hora salen de los almacenes para ir a los amarres, hasta cuándo están parados los camiones frigoríficos antes de salir cargados de pescado... O sea, qué tipo de movimiento hay a esas horas.

—El agente de la Fiscal ha dicho que él oyó los disparos poco antes de las cuatro, y que a partir de las tres normalmente hay una hora de calma.

—Vale, pero ¿qué significa calma? ¿Que ya no había ni un alma? No es posible; tenía que haber aún alguien más, recuerdo que el agente ha dicho que, después de las dos detonaciones, vio pasar una motocicleta. Por lo tanto todavía había gente en danza.

La puerta se abrió abruptamente y golpeó la pared. Mimì y el comisario saltaron del asiento. Augello maldijo a media voz. Apareció Catarella, sujetando una bandeja con las dos manos y con el pie derecho todavía levantado.

—Pido disculpas y perdón, pero no calculé bien la fuerza de la patada.

Dejó la bandeja encima de la mesa.

—Escucha, Cataré, ¿hoy ha preguntado alguien por Fazio?

Catarella se metió la mano en el bolsillo, sacó el cuadernito negro, se humedeció el dedo índice y empezó a pasar páginas.

Augello lo miraba atónito.

—Dos. Han telefoneado Bianco y Loccicciro.

—¿Y los otros no?

—Sarravacchio vino personalmente en persona.

—Entonces, el único que no ha llamado ha sido Manzella.

—Exactamente exacto, *dottori*.

—No he entendido un carajo —dijo Augello mientras Catarella salía del despacho.

El café estaba bueno. Mientras lo tomaban, el comisario le contó el asunto de las llamadas de Manzella.

—Entonces —dijo Mimì—, según tú, si Manzella no ha llamado hoy es porque sabe lo que le ha pasado a Fazio.

—Es probable.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Tú te vas a casa con Beba y el niño.

—¿Y tú?

—Yo descanso aquí un poco y después voy al muelle a ver cómo se desarrolla el trabajo cuando llega el pescado.

Se disponía a salir del despacho cuando sonó el teléfono.

—¿*Dottori*? Está al teléfono el periodista Zito.

—Pásamelo. Hola, Nicolò, ¿cómo estás? Hace mucho que no hablamos.
¿Qué tal tu mujer?

—Bien, gracias. Oye, ¿vas a estar un rato más en la comisaría?

—No; me has pillado a punto de salir.

—¿Vas a Marinella?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, por decir algo.

—No, Nicolò; me estás ocultando algo. ¿Qué pasa?

—Quería saber una cosa. Pero si tienes prisa, pásame a Fazio. Se lo preguntaré a él.

—No está.

—¿Se ha ido a casa?

—No lo sé.

—Bueno, lo llamaré allí, a ver si lo encuentro.

—¡No!

¡Joder, el «no» se le había escapado demasiado fuerte! Zito pareció sorprendido:

—Perdona, pero ¿qué...?

—Verás, Nicolò, el caso es que su mujer... no se encuentra muy bien de salud y él está preocupado... ¿comprendes?

—Sí, claro, comprendo. Ya hablaremos. Adiós.

¿Se había tragado Nicolò Zito la trola que le había contado? En cualquier caso, lo que era seguro es que esa llamada de su amigo periodista de Retelibera le había sonado un poco rara.

* * *

Cuando llegó al muelle, unos cuantos motopesqueros ya habían atracado delante de los almacenes y estaban descargando el pescado. Todas las farolas que alumbraban la zona estaban encendidas. A lo lejos, en la bocana del puerto, se vislumbraban las luces de posición de otros pesqueros que estaban regresando.

Aquello era un auténtico guirigay de voces, reniegos y órdenes que se superponían al ruido de los motores diésel de las barcas, los de los camiones y el runrún continuo de los congeladores.

Montalbano descubrió que en los pequeños espacios que quedaban entre un almacén y otro, una especie de callejas estrechísimas, se desarrollaba una intensa actividad comercial en puestos ambulantes de pescado que atendían los propios hombres de las tripulaciones. No debía de tratarse de pescado de desecho, sino de la parte que correspondía a los hombres de cada barca. Los que compraban, después de regatear más o menos rato, cargaban las cajas en vespas o motocarros y se iban. Debían de ser propietarios de restaurantes, o sus empleados, que de esa forma no solo se aseguraban pescado fresco, sino que lo pagaban a la mitad que en el mercado municipal.

Se acordó del propietario de pesqueros que había ido a la comisaría. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Rizzica. Seguramente a aquella hora estaría por allí.

Paró a un guardia municipal que se llevaba a casa una caja de pescado, sin duda la recompensa por hacer la vista gorda con los puestos ambulantes.

—Soy el comisario Montalbano. Quisiera saber...

El hombre se quedó pálido.

—¡Este pescado lo he comprado! ¡Se lo juro! — dijo con voz trémula.

—No lo pongo en duda.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Saber dónde puedo encontrar al señor Rizzica.

—A Rizzica lo encontrará en uno de sus almacenes.

—¿Y cuáles son?

—El número tres, el cuatro y el último.

—Gracias.

—¡A sus órdenes! —exclamó el guardia, aliviado, y se alejó casi corriendo por miedo a que Montalbano se arrepintiera y le pidiera cuentas sobre la caja de pescado.

Delante de la puerta abierta del almacén número tres estaba la misma furgoneta Ford que por la mañana. Entró y vio enseguida a Rizzica.

Hablaba, preocupado, con un hombre vestido con mono de faena. Pero en cuanto se dio cuenta de que había entrado Montalbano, fue a su encuentro con la mano tendida.

—Salgamos fuera.

Estaba claro que no quería hablar en presencia del operario. Se detuvieron bajo una especie de arco abierto en un lado del muelle que apestaba a cagadas y meadas recientes y atrasadas, lo cual hacía que no hubiera nadie en las proximidades.

—¿Ha venido por mi denuncia?

—No. Pero ¿usted le presentó a Augello una denuncia formal?

—No, señor, formal no. Pero de todos modos es una denuncia.

—¿Han vuelto sus pesqueros?

—Falta todavía una hora y media.

—Y ese que siempre se retrasa, el... ¿cómo se llama?

—¿El Maria Concetta? No; hoy le toca descansar. Pero esta noche sería mejor que tardaran todos.

—¿Por qué?

—Porque desde ayer tengo un almacén fuera de uso. No funciona el sistema de congelación. No sabe usted el dinero que he perdido. He tenido que tirar al mar todo el pescado. El electricista dice que han de pedir una pieza de recambio a Palermo. Y, por desgracia, los dos pesqueros que están de camino vienen cargados; hoy ha habido buena pesca. Tendré que poner en funcionamiento el tercer almacén, que solo me sirve para...

—Pero usted me comentó que tiene cinco pesqueros.

—Sí, señor.

—¿Y cómo es que solo están fuera dos?

—Comisario, hacen turnos. Un día descansan dos y salen tres, y al día siguiente a la inversa.

—Comprendo.

—Oiga, yo tengo que volver dentro. De aquello que le dije, el *dottor* Augello lo sabe todo. Hable con él.

—Lo haré, delo por seguro. Disculpe, ¿cómo dijo que se llamaba el patrón del Maria Concetta?

—Aureli. Aureli Salvatore.

—Una última cosa: ¿recuerda los nombres de los hombres de la tripulación?

—Se los dije al *dottor* Augello.

—Dígame los también a mí.

—Totó Albanese, Gaspano Bellavia, Peppe Dima, Gegé Fragapane, 'Ntonio Zambito y dos tunecinos, ahora no me acuerdo de cómo se llaman, pero al *dottor* Augello le di sus nombres.

Ningún Manzella. Por un momento había esperado que lo hubiera.

Pasadas las tres de la madrugada, los ruidos más fuertes habían cesado. Los pesqueros ya no estaban delante de los almacenes; ahora se encontraban todos amarrados dentro del puerto. Los camiones frigoríficos también se habían marchado. Todos los portones de los almacenes estaban cerrados con excepción del número tres, donde el electricista seguía intentando reparar la avería. Pero...

Pero la calle no había quedado completamente desierta. Había cinco o seis personas rezagadas que se entretenían hablando, discutiendo, dos de ellas incluso habían levantado la voz y estaban empezando a pelearse. Si aquello era habitual, forzosamente alguien tenía que haber oído y quizá visto a Fazio escapando mientras lo perseguían disparándole.

¿No había dicho el agente de la Policía Fiscal que después de las dos detonaciones había visto pasar una motocicleta de gran cilindrada? ¡Por tanto, al menos había un testigo! Pero esa gente era de la que no soltaba prenda; estaba más que seguro.

De repente sintió un cansancio tan fuerte que por un instante se le doblaron las rodillas.

Era inútil perder más tiempo. A la mañana siguiente iría a ver al jefe superior para contarle el asunto e iniciar oficialmente la investigación. Cuanto más tiempo pasara, peor para Fazio, suponiendo que aún estuviera vivo.

—¡Montalbano!

Se volvió y se encontró cara a cara con Nicolò Zito.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Me lo dijo Augello. Lo llamé a su casa después de haber intentado en vano ponerme en contacto contigo.

—¿Qué sucede?

—Tengo que hablar contigo.

—Habla.

—¿Vamos a mi coche?

Lo había aparcado junto al varadero. El viento de las primeras horas del día era cortante; Montalbano, debido al cansancio, el ayuno y la preocupación, temblaba de frío.

Una vez dentro del coche, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Los abrió de nuevo al oler aroma de café. Zito le había puesto bajo la nariz el vaso de un termo lleno de café humeante. Lo aspiró con deleite.

—¿Cuánto hace que Fazio ha desaparecido? — preguntó el periodista.

A Montalbano se le atragantó el café. Zito le dio dos palmadas en la espalda.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Recibí una llamada y luego me lo confirmaste tú.

—¿Yo?!

—Sí, señor. Tú. Cuando me soltaste aquel «no» para que no llamara a Fazio a su casa. ¡Lo dijiste de una manera! Comprendí que algo no cuadraba. ¿Qué estaba investigando Fazio?

—Ese es el quid de la cuestión, Nicolò. No lo sé. Estaba trabajando por su cuenta y no le dijo nada a nadie. ¿Quién te telefoneó?

—No puedo decírtelo, pero me dijo que le había parecido ver a Fazio malparado.

—¿En qué sentido?

—Debían de haberlo herido en la cabeza, porque la llevaba vendada.

—¿Iba solo?

—No. Pero deja que te cuente. Como no estaba seguro de que se tratara de Fazio, ese hombre quería que yo me informase. Lo hice y después lo llamé al móvil diciéndole que me parecía que tú, indirectamente, lo habías confirmado. Entonces él me dijo que volviera a llamarlo al cabo de unas dos horas.

—Perdona, pero ¿por qué no ha llamado a la comisaría?

—Después te lo explico. Volví a llamar a las dos horas y él me indicó adónde podemos ir a verlo para que nos lo cuente todo mejor. ¿Quieres que vayamos?

—Claro. ¿Dónde es?

—Por la zona de Rivera. Una hora y media de coche.

—Venga, ponte en marcha. ¿Me dices por qué no llamó a la comisaría?

—Porque es un prófugo, Salvo.

¿Y por qué un prófugo iba a preocuparse por la suerte de un policía? Pero era inútil hacer preguntas; Zito jamás revelaría el nombre de su informador.

De todos modos, había una cosa buena en todo aquello: Fazio todavía estaba vivo.

—¿Qué le has dicho a Augello?

—Que necesitaba hablar urgentemente contigo.

—¿Le has insinuado que se trataba del asunto de Fazio?

—No.

¿Debía telefonar a Mimì para comunicarle la novedad? No; lo mejor era dejarlo dormir. Al atravesar esa palabra su mente, como por una especie de contagio súbito, cerró los ojos. Y se durmió.

Lo despertó el silencio.

Estaba solo. Era de día. El coche estaba parado en un camino campestre, aunque no había auténtico campo alrededor, solo tierra desolada, abandonada. Unos pocos árboles raquíuticos que ya no se sabía qué frutos habrían dado, si es que los habían dado alguna vez, matojos de malas hierbas de la altura de un hombre, extensiones de sorgo y una inmensidad de piedras blancas.

Un pedregal, el lugar maldito donde no se puede cultivar nada y por donde hasta caminar es peligroso, porque de repente te puedes hundir en un hoyo que se ensancha hasta convertirse en una profundísima grieta.

Montalbano sabía que los pedregales eran cementerios de huesos sin nombre, los sitios preferidos de la mafia cuando querían hacer desaparecer a alguien. Lo llevaban hasta el borde de un hoyo, le disparaban y lo dejaban caer dentro. O se ahorraban el disparo: lo arrojaban al pedregal todavía vivo y, o bien el tipo moría durante la caída al golpearse contra las rocas, o bien, si llegaba hasta el fondo, podía gritar cuanto quisiera, porque nadie lo oiría. Moría lentamente de hambre y, sobre todo, de sed.

A la derecha, a una decena de metros del camino, había una casucha medio en ruinas de una sola habitación; un dado blanco que parecía una piedra más grande que las otras. Medio en ruinas, sí, pero con la puerta cerrada. Quizá Nicolò estaba dentro, hablando con el prófugo.

Decidió no salir del coche. Buscó en el bolsillo; en el paquete de tabaco solo quedaban tres cigarrillos. Encendió uno mientras bajaba la ventanilla. No se oía canto de pájaros.

Cuando estaba casi acabándose el cigarrillo, la puerta del dado se abrió y apareció Zito, quien le indicó que bajara del coche y se acercara.

—Está dispuesto a contártelo todo, pero hay un problema.

—¿Cuál?

—No quiere que le veas la cara.

—¿Y cómo podemos hacerlo?

—Tengo que vendarte los ojos.

—¿Estás de guasa?

—No. Si no te los vendo, no habla.

—¡Vas a ver tú si lo hago hablar!

—Salvo, no digas tonterías. Tú y yo vamos desarmados y él tiene un revólver. Venga, no hagas el gilipollas.

Zito sacó del bolsillo un pañuelo enorme, rojo y verde de campesino.

A pesar de la situación, a Montalbano le entraron ganas de reír.

—Pero ¿tú usas esos pañuelos?

—Sí, desde hace algún tiempo. Por la sinusitis.

El comisario se dejó vendar los ojos y guiar hasta el interior de la casucha.

—Buenos días, *dottor* Montalbano — dijo educadamente la voz, bastante profunda, de un hombre de mediana edad.

—Buenos días.

—Le pido disculpas por haberlo hecho venir hasta aquí y por exigir que le venden los ojos, pero es mejor para usted que no sepa quién soy.

—Déjese de cumplidos y dígame lo que tenga que decirme.

—La otra mañana, sobre las seis, estaba en los parajes de la montaña Scibetta. ¿Conoce la zona de los pozos secos?

—Sí.

—Iba en coche y pasé por delante del abrevadero que antes tenía agua y ahora ya no. Había tres hombres. Uno estaba sentado en el borde del abrevadero; los otros dos, de pie a su lado. El que estaba sentado llevaba la frente vendada y la camisa manchada de sangre. Uno de los otros le dio un puñetazo en la cara y lo hizo caer dentro del abrevadero. Pero antes de eso yo ya lo había reconocido, o al menos me había parecido que era el señor Fazio.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

—¿Qué más?

—Yo continué y vi por el retrovisor que estaban sacándolo.

—¿Y qué hizo usted después?

—Tenía que alejarme de prisa de la montaña Scibetta, porque me había enterado de que los carabinieri iban a por mí. Y pensé que lo mejor era venir a esconderme aquí. Pero antes de llegar llamé al señor Zito.

—¿Cómo es que se conocen?

—Olvídate de eso —dijo la voz de Nicolò a su espalda.

—Está bien, prosiga.

—Antes que nada, quería la confirmación de que se trataba de Fazio.

—Y una vez seguro, ¿por qué ha querido que Zito me informara de su llamada?

—Porque en una ocasión el señor Fazio demostró ser un caballero con mi hijo.

—En su opinión, ¿por qué llevaron a Fazio hasta la montaña Scibetta?

—Perdone, pero yo no sé ni cómo ni dónde lo apresaron.

—Muy probablemente lo hirieron y apresaron en el puerto de Vigàta.

—¡Ah! —exclamó el desconocido, y se quedó callado.

—Bueno, ¿qué? —lo instó Montalbano, nervioso.

—Comisario, si lo llevaron hasta allí, sería para meterlo en uno de los pozos secos. Querrían deshacerse de él. Llegar hasta aquí, hasta el pedregal, les haría perder demasiado tiempo.

Era justo la respuesta que Montalbano temía oír. Ahora ya no había más tiempo que perder.

—Buena suerte, señor Nicotra, y gracias —dijo.

—¿CÓ... cómo me ha reconocido?

—Para empezar, hace tiempo me enteré de su historia precisamente por Zito, de quien es usted amigo desde la época del colegio. Y luego, cuando ha dicho que Fazio se había comportado bien con su hijo... he sumado dos y dos. Gracias de nuevo.

5

Nada más salir del dado, se quitó el pañuelo que le tapaba la cara y echó a correr hacia el coche, seguido por Zito.

—¡Rápido! ¡Rápido!

—¿Adónde vamos? —preguntó el periodista.

—A la montaña Scibetta. ¡No podemos perder ni un minuto!

—Pero, Salvo, piensa un poco: han pasado muchas horas desde que fue visto...

—Pienso, no te preocupes, pienso.

—A estas alturas, lo que querían hacerle a Fazio ya se lo habrán hecho.

—Sí, pero igual aún está vivo, quizá malherido pero vivo. ¿Sabes dónde están los pozos secos?

—Sí.

—¿Cuánto se tarda desde aquí?

—Unas dos horas.

—Arranca y dame tu móvil.

Llamó a Augello, que todavía estaba adormilado. Pero en cuanto Montalbano lo puso al corriente, se despertó de golpe.

—Deberías aconsejarle a tu amigo Nicotra que se entregue — le dijo el comisario a Nicolò.

—¿Sabes cuántas veces se lo he dicho? Pero no hay manera, la idea de acabar en chirona lo vuelve loco. ¿Existe la incompatibilidad con la vida carcelaria? Él es incompatible. Y dos homicidios son dos homicidios.

—De acuerdo, pero tendría todas las atenuantes que quisiera. Aquí los cuernos son las mejores atenuantes. En nombre de los cuernos, si quieres, puedes hacer una matanza y acabar con una pena menor. Pero ¿cómo, sorprendes a tu mujer en la cama con tu hermano y no les disparas a los dos?

¿Qué birria de hombre eres? Con un jurado formado por personas que valoren por encima de todo el honor, la familia, el deber y la virtud femenina, seguramente Nicotra sería absuelto.

Habían quedado en el abrevadero seco. Cuando llegaron, de Augello y sus hombres no había ni rastro.

—Pero ¿qué coño hacen? —se preguntó Montalbano nervioso.

—Ten en cuenta que, para hacer lo que le has pedido, se necesita tiempo — intentó calmarlo Zito.

El comisario encendió un cigarrillo. Menos mal que en Rivera había encontrado un bar abierto y se había provisionado con tres paquetes.

Los primeros en presentarse fueron cuatro bomberos con un gran vehículo provisto de grúa. Por lo visto, Augello les había explicado bien el trabajo que debían hacer, que era meterse en unos pozos secos desde hacía mucho tiempo y bastante profundos.

—Nosotros estamos listos. ¿Nos ponemos en marcha? — preguntó el que estaba al mando. Se llamaba Mallia y había escuchado casi distraídamente el relato del comisario.

—Tenemos que esperar al subcomisario —dijo Montalbano.

—Mire, nosotros vamos a ir delante a ver cómo está la situación. Así ganamos tiempo. Nos vemos en el primer pozo.

—¿Sabe dónde está?

—Sí, a medio kilómetro de aquí. Hace dos años saqué un cadáver de uno de ellos — respondió Mallia.

«*Principio si giolivo ben conduce*», decía el poeta sobre los comienzos alegres y adónde llevan. Sin que nadie lo advirtiera, el comisario hizo un rápido conjuro tocándose los huevecillos.

Finalmente llegó Mimì Augello en su coche. En el vehículo oficial que lo seguía, con Gallo al volante, iban Galluzzo y un agente nuevo, Lamarca, que parecía un joven inteligente y despierto.

Los tres pozos, excavados hacía unos treinta años, estaban a un centenar de metros uno de otro y conectados entre sí por una especie de camino de cabras. El terreno, una treintena de hectáreas en total, pertenecía desde hacía generaciones a los Fradella, que, pese a ser buenos campesinos, nunca habían conseguido que medrara un árbol ni cultivar un metro cuadrado de nada. Todo tierra infértil. Como la leyenda decía que en tiempos pasados unos bandidos habían violado y matado en aquel lugar a una pobre chica, era creencia general que el terreno no daba frutos porque estaba maldito. Así que los Fradella llamaron a un eremita de la zona de Trapani que sabía cómo combatir al diablo. Pero ni siquiera él logró que creciera una brizna de hierba. El terreno era estéril debido a su aridez, pero quizá bastaría un poco de agua para que cambiara por completo. Justamente hacía treinta años había regresado de América Joe Fradella, que allí era propietario de un rancho, y explicó a sus parientes que él conocía a un zahorí excepcional, capaz de encontrar agua hasta en pleno Sahara. Y lo hizo acudir desde América, pagando él los gastos. En cuanto el zahorí hubo dado un paseo por aquellas tierras, exclamó: «Pero ¡si aquí hay agua a patadas!».

Los Fradella ordenaron excavar entonces el primer pozo, y a unos treinta metros apareció agua fresca. Excavaron otros dos, y al cabo de un par de años el terreno, continuamente bañado mediante un sistema de tubos y mamparos, empezó a verdear. Todo lo que sembraban crecía. En resumen, aquella treintena de hectáreas se convirtió en un paraíso terrenal. Después, el gobierno regional decidió construir una autopista entre Montelusa y Trapani por la que se pudiera circular a gran velocidad; una obra pública de extraordinaria importancia, según los políticos. La autopista debía pasar por el interior de la montaña Scibetta, de modo que excavaron un túnel que la atravesaba de lado a lado. Acabado el túnel, acabó todo.

La autopista no llegó a hacerse porque lo que circuló a gran velocidad fue el dinero destinado a su construcción: se lo habían metido en el bolsillo las empresas adjudicatarias y la mafia; y, para colmo de desgracias, de la noche a la mañana el agua de las tierras de los Fradella, que estaban al abrigo de la montaña, desapareció. El hueco del túnel había desplazado la capa acuífera. Y de este modo el terreno volvió a ser como siempre había sido: árido e improductivo.

Desde entonces los pozos secos habían empezado a utilizarse como cómodas tumbas anónimas.

Dado que, tras bajar hasta el fondo del primer pozo provisto de un arnés y sujeto a un cabrestante, el bombero no había encontrado nada, todos los hombres se desplazaron con el instrumental al segundo. En este, el bombero había llegado a unos veinte metros de profundidad cuando indicó que lo sacaran.

—Pero no ha llegado hasta el fondo —observó el comisario.

—Eso significa que tiene algún problema —contestó Mallia.

En cuanto apareció en el borde, el bombero dijo:

—Necesito la mascarilla.

—¿Le falta aire? —le preguntó Montalbano.

—No, pero apesta a carne putrefacta.

Aquello le causó a Montalbano el mismo efecto que un puñetazo en la boca del estómago. Se quedó blanco y no tuvo fuerzas para decir ni una palabra. Le entraron ganas de vomitar. En su lugar habló Augello.

—¿Ha visto si...?

—No he visto nada; solo he olido.

Mallia, al percatarse de que el comisario se había demudado, intervino:

—No tiene por qué ser un cuerpo humano, ¿sabe? Puede ser perfectamente una oveja, un perro...

El bombero se puso la mascarilla y volvió a bajar. Mimì sostuvo un brazo de Montalbano y lo apartó un poco.

—¿Por qué te pones así? No puede ser Fazio.

—¿Por qué no?

—Porque su cuerpo no habría tenido tiempo de des... de quedar reducido a ese estado.

Augello tenía razón, pero eso no impidió que Montalbano continuara sintiendo una especie de temblor interior.

—¿Por qué no vas al coche a descansar un poco? Si hay alguna novedad importante, te llamo enseguida.

—No.

No podría haberse estado quieto. Necesitaba andar, moverse alrededor del pozo como un burro atado a la muela mientras los demás lo miraban preocupado.

El bombero volvió a salir.

—Hay un cadáver —informó.

A pesar de las palabras de Augello, esta vez a Montalbano le dio una arcada. Mientras vomitaba hasta la primera papilla apoyado en un coche, oyó al bombero continuar:

—Por su aspecto, lleva ahí dentro no menos de cuatro o cinco días.

—Tenemos que sacarlo —dijo el jefe Mallia.

—No será tarea fácil —observó el bombero.

Montalbano, mientras tanto, se había recuperado un poco. Al oír que dentro del pozo había un cadáver, una descarga eléctrica le había recorrido el cuerpo de arriba abajo y la bilis le había subido a la boca, amarga y ácida, como una regurgitación. Pero, si llevaba muerto cuatro o cinco días, Augello tenía razón: no podía ser Fazio. Sin embargo, esa consideración lógica, tranquilizadora, llegó después, cuando el miedo ya había golpeado. De todos modos, su desaparición se lo estaba comiendo vivo; habría dado cualquier cosa, dinero y salud, por encontrarlo.

—¿Tienen el equipo adecuado para sacarlo? — le preguntó a Mallia.

—Sí, claro.

—Entonces, Mimì, avisa al Ministerio Público, la Científica y el doctor Pasquano.

—¿Qué hacemos? ¿Empezamos ya o tenemos que esperar a esos señores?

— preguntó el jefe de los bomberos.

—Es mejor esperarlos. Entretanto, nosotros podemos ir a echar un vistazo al tercer pozo.

—¿Cree que la persona que busca no es la que hemos encontrado?

—Ahora ya estoy más que seguro.

—Pero...

—¿Tiene algo que objetar? —replicó el comisario, cortándolo en seco. En aquel momento no soportaba ninguna observación.

—No —respondió Mallia—. No era mi intención... Verá, podemos ir a inspeccionar el tercer pozo, pero no ahora, sino después de haber sacado el

cadáver que hay aquí. Trasladar y montar de nuevo todo el equipo es fatigoso y complicado, ¿comprende?

Comprendía. A regañadientes, de mala gana, pero comprendía.

—Está bien, de acuerdo.

Zito, que hasta entonces había permanecido apartado, se acercó a Montalbano. Comprendía la situación en que se encontraba su amigo. Sabía la relación que había entre él y Fazio.

—Salvo, ¿puedo llamar a la redacción?

—¿Para qué?

—Si no tienes nada en contra, pediré que venga alguien a cubrir la noticia. Para nosotros es importante.

Se lo debía a Nicolò. Si no hubiera sido por él, a esas horas todavía estarían buscando a Fazio por la zona del puerto.

—Llama.

Empezó a recorrer solo el camino que llevaba al tercer pozo. Era cuesta arriba, y después de dar una decena de pasos se quedó sin resuello. Estaba demasiado cansado, y la preocupación por Fazio actuaba en su cabeza como un viento furioso que no le permitía ordenar las ideas, razonar con un mínimo de lógica. No solo estaba cansado, continuaba estando asustado.

Esperaba recibir de un momento a otro una noticia funesta o ver con sus propios ojos lo que nunca habría querido ver. Gracias a Dios, llegó al tercer pozo. En el suelo, junto a la boca, había restos oxidados de lo que debió de ser una bomba de agua de gran tamaño.

Se sentó para descansar en el pretil del pozo, que estaba medio derruido. El sol era fuerte, el día se había vuelto caluroso, pero él tenía sudores fríos. Alrededor del pozo, la tierra se había convertido en un polvillo fino como la arena, y entonces advirtió que había algunas huellas de zapato. Pero como por aquella zona llovía poco y prácticamente no soplaba viento, no logró determinar si eran recientes o antiguas. Se volvió para asomarse al interior del pozo. Oscuridad total. No; era preciso que bajara el bombero. De cualquier modo, si Fazio había ido a parar ahí abajo, no había esperanza de que aún estuviera vivo.

Mientras regresaba a donde estaban los bomberos y sus hombres, tuvo una idea que le pareció buena. Hizo un aparte con Mimì.

—Oye, Mimì, he quedado con el jefe de los bomberos en que, cuando hayan sacado el cuerpo, iremos a inspeccionar el último pozo.

—Sí, me lo ha dicho.

—Si, como espero, Fazio no está ahí, cuando todos se vayan nosotros nos quedaremos.

—¿Para hacer qué?

—¿Cómo que para hacer qué? Para buscar a Fazio. Estoy seguro de que está en los alrededores.

—¿Por qué lo crees?

—A Fazio lo hirieron en el puerto, ¿correcto? Allí lo metieron en un coche y lo trajeron aquí, ¿correcto? Aquí no es que lo trataran muy bien; siguieron arreándole, ¿correcto? Conclusión: si no lo han matado y arrojado a cualquier otro sitio, Fazio se encuentra en los alrededores herido, porque es absurdo pensar que han vuelto a meterlo en el coche para llevarlo al puerto.

—Entonces, ¿qué piensas tú que podemos hacer?

—En cuanto nos desembarcemos de este muerto, tú te montas en el coche, vas a ver al jefe superior y se lo cuentas todo. Tenemos que organizar una gran batida.

—De acuerdo. ¿Y tú?

—Yo, con Gallo, Galluzzo y Lamarca, empiezo a buscar por las inmediaciones.

—Muy bien.

El circo que solía montarse con motivo de los asesinatos tardó dos horas en llegar desde Montelusa. Primero se presentaron los de la Científica, que empezaron a hacer los miles de fotografías, casi siempre inútiles, que hacían en tales ocasiones: esta vez las tomaban del borde del pozo y sus alrededores. En vista de que Arquá, el jefe de la Científica que le caía bastante mal, no se hallaba presente, el comisario se acercó a uno que daba órdenes y le explicó que sería oportuno examinar atentamente el abrevadero porque podía haber manchas de sangre.

—¿Y usted cómo sabe que antes de tirarlo al pozo lo tuvieron en el abrevadero? — preguntó el hombre, mirándolo con recelo.

¡Coño, era verdad! ¡Había mezclado el asunto de Fazio con el del cadáver del pozo! Debía de estar en un estado penoso; ya no le funcionaba la cabeza.

—¡Usted haga lo que le he dicho! —ordenó en tono severo.

El hombre contestó que lo haría en cuanto hubiera terminado con el cadáver.

Después llegó el doctor Pasquano, con ambulancia y camilleros, y empezó a vociferar:

—¿Qué pretenden? ¿Qué me meta yo en el pozo para examinar el fiambre? Pero ¡por Dios, súbanmelo!

—Tenemos que esperar al fiscal Tommaseo.

—¡Madre mía, pero si ese es tan lento que hasta un caracol lo adelantaría! ¡La próxima vez no me llamen hasta que él haya llegado!

No era verdad, el fiscal Tommaseo no iba tan despacio como para ser adelantado por un caracol; en cambio, era del dominio público que conducía como un perro borracho. De hecho, nada más llegar, contó que había tardado tres horas desde Montelusa hasta allí porque se había salido dos veces de la carretera y una tercera había ido a parar contra un árbol. Declaró que en el choque con el árbol se había dado un golpe en la frente y que por eso se sentía un tanto confuso.

—¿Es hombre o mujer? —preguntó al jefe de los bomberos.

—Hombre.

De golpe y porrazo, el fiscal Tommaseo pareció perder todo interés por el asunto. A él solo le importaban los cadáveres de mujeres, posiblemente desnudas, y los crímenes pasionales.

—De acuerdo, de acuerdo, sáquenlo. Adiós.

Volvió la espalda a todos, subió al coche y se marchó. Con toda probabilidad hacia otro árbol. Todos los presentes, sin excepción, lo mandaron mentalmente a hacer lo mismo al mismo sitio.

Esta vez añadieron otro arnés al cabrestante, con una lona de cuyos lados colgaban varios cordeles. Montalbano compadeció al bombero; su trabajo no sería ni fácil ni agradable. Aquello era cosa de enterrador. Y mientras pensaba eso, de repente las máquinas, los hombres y el propio paisaje empezaron a darle vueltas. Perdió el equilibrio y, para no caer al suelo como

un saco de cebollas, se agarró con fuerza del brazo de Mimì, que estaba a su lado.

—Salvo, vete a casa. Yo me quedo aquí. No te puedes ni imaginar la cara que tienes — le dijo Mimì.

—No.

—Pero ¡si no te tienes en pie! Hazme un favor, ven al menos a sentarte en el coche — intervino Zito.

—No.

Si se sentaba, se dormiría en el acto.

Finalmente, después de repetidos intentos, el cadáver envuelto en la lona y atado con los cordeles como una momia, apareció en el borde del pozo. Lo depositaron en el suelo y lo destaparon.

Todos se acercaron a mirar, cubriéndose nariz y boca con un pañuelo. Por lo que se podía distinguir, era un hombre de menos de sesenta años, completamente desnudo y bastante maltrecho. La cara era un amasijo de carne y huesos. El bombero bajó de nuevo.

—¿Qué va a hacer?

—Recoger una manta que había bajo el cadáver.

Pasquano, entretanto, había echado un vistazo al muerto.

—Aquí no puedo hacer nada. Llévelo al Instituto.

—¿Cómo ha muerto, doctor?

—¿Qué le pasa, Montalbano? ¿La vejez le hace perder vista? ¿No ve que le han disparado como mínimo un cargador entero en la cara?

Los de Retelibera llegaron justo a tiempo para filmar la escena.

Cuando acabaron, Zito se acercó a Montalbano, lo abrazó fuerte y se marchó con ellos.

* * *

Mientras los hombres de la Científica se disponían también a irse, el jefe de los bomberos se acercó al comisario.

—Quizá sería mejor retenerlos.

—¿Por qué?

—Porque si en el último pozo encontramos restos, tendremos que volver a llamarlos a todos.

—¡Pues mira qué pena! Oiga, no pierda tiempo, por favor.

Mallia dio una orden y la furgoneta se puso en marcha hacia el tercer pozo.

—Sube al coche —le dijo Mimì.

—No. Voy a pie.

No entendían que, si se sentaba, estaba perdido.

Llegó al pozo empapado de sudor, y cuando encendió un cigarrillo vio que le temblaban las manos. No podía evitarlo.

Lo que lo mantenía en pie era la expectativa de la respuesta del bombero cuando bajara. Pero ¿por qué coño tardaban tanto tiempo en ponerle el arnés?

—¿No pueden ir más deprisa?

—Tranquilízate, Salvo. Están trabajando lo más rápido que pueden.

Finalmente el bombero empezó a descender. ¡Virgen santísima, qué despacio lo bajaban! ¡Con qué calma se lo tomaban! Pero ¿es que lo hacían a propósito para volverlo loco? No pudo quedarse mirando. Se alejó unos pasos, se agachó, cogió una piedra y la arrojó contra un pedazo de hierro.

Falló por más de tres metros. Tiró otra y volvió a fallar. Y otra vez, y otra... Después de una eternidad, por el ruido que hacía el cabrestante, comprendió que el bombero estaba subiendo de nuevo a la superficie.

Pero, cuando llegó a la boca del pozo, no salió del todo: solo sacó la cabeza. Su jefe se acercó y él le dijo algo al oído.

¿Qué significaba aquello? En ese preciso momento sorprendió una mirada entre Mallia y Mimì Augello. Fue algo rapidísimo, el tiempo que se tarda en parpadear, pero le bastó para comprender su significado, como si los dos hombres hubieran hablado con palabras.

—¡Lo han encontrado! ¡Está en el pozo!

Dio un salto adelante, pero Mimì lo retuvo sujetándolo con fuerza. Gallo, Galluzzo y Lamarca, como si se hubieran puesto de acuerdo, lo rodearon.

—Vamos, Salvo, no te pongas así. ¡Por lo que más quieras, cálmate!

— le dijo Mimì.

—Además, *dottore*, todavía no sabemos quién es el muerto — intervino Gallo.

—Lamarca, diles a todos que den media vuelta, a los de la Científica, el Ministerio Público... — empezó a enumerar Augello.

—¡¡¡No!!! —Montalbano dio tal grito que hasta los bomberos se volvieron —. ¡Yo os diré cuándo hay que llamarlos! ¿Entendido? — exclamó, apartando de un manotazo a Augello.

Todos lo miraron estupefactos. Parecía que el cansancio se le hubiera pasado de golpe. Ahora estaba erguido, firme, sin que le temblaran las manos.

—Pero ¿por qué? Así ganamos tiempo —respondió Augello.

—No quiero que lo vean extraños, ¿entendido? ¡No quiero! Primero lo lloramos nosotros a solas y luego llamamos a los demás.

6

Andando con decisión, Montalbano se situó justo al borde del pretil del pozo para ser el primero en verlo. Se hizo un silencio profundo, tan denso que pesaba toneladas. El ruido del cabrestante parecía una barrena.

Después el comisario se inclinó hacia delante, se incorporó, se volvió hacia sus hombres y dijo:

—No es él.

Acto seguido se le doblaron las piernas y, lentamente, se arrodilló. Augello se apresuró a sostenerlo antes de que cayera de bruces.

Montalbano vio confusamente que alguien lo agarraba y lo hacía subir al coche oficial. Vio que lo tumbaban en el asiento posterior. Y fue lo último que vio, porque de repente se durmió, o perdió el conocimiento; no lo tenía muy claro. Gallo salió disparado.

Al cabo de no sabía cuánto tiempo, un frenazo repentino lo despertó y lo hizo caer rodando al suelo del coche. Soltó una maldición. Y oyó la voz de Gallo que maldecía también:

—¡El puto perro!

Le sorprendió sentirse descansado. Como si hubiera dormido una noche entera.

—¿Cuánto hace que hemos salido?

—Una hora, *dottore*.

—Entonces, ¿estamos cerca de Montereale?

—Sí, señor *dottore*.

—¿Hemos pasado ya por el bar Reale?

—Estamos llegando.

—Bien, para allí.

—Pero *dottore*, usted necesita descansar y...

—Para en el bar. Ya he descansado; no te preocupes.

Tomó dos cafés, se lavó de arriba abajo en el servicio y subió de nuevo al coche.

—Volvemos.

—Pero, *dottore*...

—No discutas. Llama a Augello al móvil y entérate de cómo va la cosa.

Después de hablar, Gallo informó al comisario:

—Los de la Científica todavía están allí, pero acabarán enseguida. Tommaseo y el doctor Pasquano ya se han ido.

—Bien. Dile a Augello que nos espere en el abrevadero.

—La Científica ha encontrado dos casquillos — fue lo primero que le dijo Mimì.

—¿Dónde?

—Al lado de la boca del pozo. No se veían porque habían ido a parar entre los restos de la bomba.

—¿Se los han quedado ellos?

—Sí. Pero me las he arreglado para verlos y compararlos con el que llevo en el bolsillo, el que encontré en el varadero. A simple vista, parecen iguales.

—¿Quién es el muerto?

—No llevaba documentos. Un hombre de unos treinta años.

—¿Cómo murió?

—Al caer.

—¿Qué significa eso?

—Lo que he dicho. Murió al caer dentro del pozo. ¡Tiene treinta metros de profundidad, imagínate!

—¿Cuándo se produjo la muerte?

—Según Pasquano, hace diez horas como mucho.

—¿Estamos seguros de que el cadáver no presentaba heridas de arma de fuego?

—Segurísimos.

—No perdamos más tiempo.

—Di qué tenemos que hacer.

—Mimì, lo he pensado mejor. Esperemos un poco más antes de informar al jefe superior. Echemos primero un vistazo nosotros.

—De acuerdo. Pero ¿te has formado una idea de lo sucedido?

—Veréis, chicos: en mi opinión, en un momento dado Fazio, al ver que iban a arrojarlo vivo al pozo, debió de actuar a la desesperada. Consiguió que al pozo fuera a parar uno de los dos que lo tenían prisionero y escapó. Pero el otro le disparó y lo obligó a detenerse.

—Pero si las cosas fueron como dices, ¿por qué, una vez que tenía a Fazio de nuevo en su poder, el otro no le disparó y lo tiró al pozo como pretendían?

—Buena observación. El hecho es que en el pozo no está. Por eso hay que buscarlo en otro sitio, pero en estos parajes.

—¿Por dónde empezamos?

—Por la montaña Scibetta. ¿Veis aquella casucha que está junto al poste de alta tensión? Id en coche hasta allí y registradla. Si no encontráis nada, tomad el único sendero que hay detrás y subid hasta la cima. La montaña está repleta de cuevas y recovecos. Llamadlo de vez en cuando. Igual no puede moverse. Mantengámonos en contacto con el móvil.

—Bien. ¿Y tú qué vas a hacer?

—Tengo una media idea. Hablamos dentro de una hora.

* * *

—¿Adónde quiere ir? —preguntó Gallo.

—Al túnel que atraviesa la montaña.

—Me parece que no se puede entrar. Está cerrado.

—Vamos a ver.

La entrada del túnel estaba cerrada con una empalizada de tablas podridas. No podían entrar vehículos, en efecto, pero hombres sí.

De hecho, a la derecha habían agujereado dos tablas que permitían el paso de un hombre. Estaba claro que el túnel servía de refugio nocturno a algún vagabundo, o como lugar seguro para drogarse.

—Tenemos que entrar con el coche —dijo Montalbano.

—¿Por qué?

—Ahí dentro la oscuridad es total. Necesitaremos los faros.

—Voy a echar un vistazo —dijo Gallo, bajando del vehículo.

Se acercó a la empalizada y propinó una fuerte patada a una tabla, que se quebró como si fuera papel de seda.

—Baje —le indicó Gallo al comisario, poniéndose de nuevo al volante.

Montalbano obedeció. Gallo arrancó y se acercó despacio a la empalizada. Cuando el parachoques del vehículo tocó la madera, continuó avanzando y ejerciendo presión progresivamente. En un momento, media empalizada se desmenuzó y dejó una abertura por la que podía pasar un camión.

Montalbano volvió a subir al coche. Los faros iluminaban bien el túnel. Inmediatamente advirtieron algo que parecía un hombre acostado. Miraron mejor. Era un montón de ropa y mantas agujereadas.

Asustado por la luz, un gato salió de debajo de los harapos y se alejó.

—A ese minino no debe de irle nada mal —comentó Montalbano — con la cantidad de ratas que habrá por aquí.

—*Dottore*, eso no era un gato: era una rata. Debemos estar atentos si bajamos, que igual nos comen vivos.

Se habían adentrado unos cincuenta metros cuando, de improviso, un disparo dio de pleno en el parabrisas.

Salieron a la vez del coche, Montalbano por la derecha y Gallo por la izquierda, y se tendieron en el suelo. Al cabo de un momento, Gallo empezó a retroceder arrastrándose y apoyándose en los codos, pasó por detrás del coche y fue a situarse al lado del comisario.

—¿Está herido?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

Hablaban en voz baja, pegados uno a otro. El motor se había quedado en marcha, los faros seguían encendidos e iluminaban un largo tramo de túnel. Pero no se veía ni un alma. ¿De dónde había salido el disparo?

—¿Va armado, *dottore*? — preguntó Gallo.

—No.

—Yo sí.

—Si es listo, debería disparar contra los faros para apagarlos. ¿Por qué no lo hace?

—Para que no sepamos dónde está escondido o porque tiene poca munición.

—Me parece que esa franja blanca de la pared que hace zigzag se interrumpe unos diez metros más adelante.

—Es verdad. Debe de haber un entrante en la pared del túnel, una especie de área de descanso.

—Entonces está ahí.

—Pero ¿quién?

—El que tiene a Fazio. Habrá reconocido el coche de la policía.

—¿Qué hacemos?

—Tenemos que actuar enseguida, sin darle tiempo a que se le ocurra alguna buena idea.

—¿Y qué puede hacer?

—Imagínate que sale al descubierto apuntando a Fazio en la cabeza. No tendríamos más remedio que apartarnos y dejarlo irse, ¡quizá con nuestro coche!

—¿Entonces?

—Subamos otra vez al coche con sigilo y sin cerrar las puertas. Luego, poco a poco, empiezas a dar marcha atrás.

—De acuerdo.

—Agáchate todo lo que puedas, porque ese, en cuanto oiga que nos vamos, seguro que vuelve a disparar.

Se movieron con cautela y subieron al automóvil esperando que les dispararan de un momento a otro, pero no sucedió nada. En el parabrisas había un agujero redondo con una telaraña de resquebrajaduras alrededor, pero se veía perfectamente.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó Gallo cuando, dando marcha atrás, llegaron casi a la entrada del túnel.

—Escúchame atentamente. Ahora avanzamos a toda velocidad con la sirena encendida y...

—¿Por qué con la sirena?

—Porque aquí dentro hará un ruido bestial que lo desconcertará. Cuando lleguemos a la altura del entrante, giras y frenas de modo que los faros lo iluminen. Dame la pistola.

Gallo se la pasó. Montalbano, agarrando con la mano izquierda la parte inferior del salpicadero, sacó tres cuartos del cuerpo por la puerta abierta, apuntando con el arma y preparado para disparar.

—Por lo que más quieras, procura iluminar bien el entrante. No puedo hacer nada si no sé dónde está Fazio. No quiero herirlo por error.

—Tranquilo, *dottore*.

—¡Adelante!

Gallo se superó a sí mismo. Nada más llegar a la altura del entrante, el morro del coche giró a la derecha como si quisiera meterse allí y frenó en seco. En el área de descanso se entrevió a un hombre que, deslumbrado por los faros y desconcertado por la sirena, alargaba un brazo y disparaba un tiro a ciegas a la vez que se tapaba los ojos con el antebrazo izquierdo. Pero no tuvo tiempo de hacer nada; Montalbano, fuera ya del coche antes de que este se detuviera, le dio una fuerte patada en el estómago. Cayó al suelo retorciéndose de dolor y soltando la pistola. Montalbano se agachó para mirarlo. Se quedó de una pieza. No era el tipo que tenía prisionero a Fazio. Era Fazio.

Parecía más que evidente que Fazio no lo había reconocido, y continuaba sin reconocerlo. La herida en la cabeza no era profunda, pero debía de haber bastado para que perdiera la memoria. Mientras lo hacían subir al coche, intentó escapar lanzándole un puñetazo en la cara a Montalbano, que consiguió esquivarlo por los pelos.

—Espósallo.

—¡¿A Fazio?!

—Déjate de tonterías, Gallo. ¿No ves que no distingue a los amigos de los enemigos? Debe de tener una fiebre altísima.

—¿Lo llevamos al hospital?

—Claro, y deprisa. Pero al de Fiacca.

—¿Por qué no a Montelusa?

—Si creen que no lo hemos encontrado, mejor. Y si no saben en qué hospital está, mejor todavía. Arranca y dame el móvil.

La primera llamada la hizo a Mimì. Le contó cómo habían ido las cosas y le dijo que regresara a Vigàta. La segunda fue para la mujer de Fazio. Pero antes de marcar el número se volvió hacia el inspector:

—¿Quieres hablar con tu mujer?

Fazio continuó mirando al frente sin pestañear, como si no hubiera oído la pregunta. El comisario llamó entonces a la señora y le contó todo lo ocurrido.

—¿Cómo está? —fue lo único que ella quiso saber.

—Está herido en la cabeza, pero no parece que sea grave. Ha perdido la memoria. La llamaré después de ingresarlo. Pero esté tranquila, por favor.

«¡Ojalá hubiera muchas mujeres así!», pensó mientras cortaba la comunicación. Durante todo el viaje, Fazio no abrió la boca. Ni siquiera miraba por la ventanilla; tenía los ojos clavados en la nuca de Gallo, que conducía a toda pastilla.

Dos horas más tarde estaban en la carretera en dirección a Marinella. Según el médico que lo examinó, Fazio tenía un traumatismo craneal. La herida en sí era leve. La pérdida de la memoria podía ser causada por dos cosas: por la conmoción o por algo que afectaba al cerebro. Pero antes de veinticuatro horas no estarían en condiciones de decir nada. En cualquier caso, no parecía que su vida corriera peligro. Montalbano avisó a su mujer, quien dijo que saldría inmediatamente para Fiacca.

—¿Quiere que la acompañe alguien?

—No es necesario, gracias.

El cansancio, ahora que por fin se había resuelto todo, empezó poco a poco a pesarle, y cuando llegó a Marinella apenas tuvo tiempo de abrir la puerta de casa y volver a cerrarla antes de caer de rodillas como los caballos cuando ya no pueden más. En su cuerpo no había un solo músculo que no estuviera flojo.

Se arrastró de rodillas hasta el dormitorio, se encaramó a la cama vestido como estaba, agarrándose a la colcha, y se encontró de golpe sumido en un sueño profundo, abismal.

Se despertó a las ocho de la mañana. Había dormido doce horas de un tirón. Se sentía perfectamente descansado, pero tan hambriento que le habría hincado el diente a la pata de una silla. ¿Desde cuándo no comía como Dios manda? Fue al frigorífico, pero al abrirlo el corazón se le encogió. Vacío, desolado como un desierto. Ni una aceituna, ni una sardina, ni un pedazo de queso. Pero ¿cómo es que Adelina no...? Pero Adelina... Adel...

Y de pronto se acordó.

Y en el preciso momento en que se acordó, deseó haber perdido la memoria como Fazio. Dicen que la luz de la verdad llena de gozo y calor al que es iluminado por ella. En cambio, la luz de la verdad que iluminó a Montalbano, y que en este caso estaba representada por la bombilla del frigorífico, lo dejó aterido y lo convirtió al instante en un bloque de hielo.

¡La rehostia! ¡Se había olvidado por completo de Livia! La llamó, sin salir de su inmovilidad porque era incapaz de dar un paso.

—¡Livia!

La voz que le salió fue una especie de maullido. No, Livia no estaba; era inútil llamarla. Se descongeló con mucho esfuerzo, volvió al dormitorio y miró alrededor. Ni rastro de Livia, como si no hubiera llegado de Boccadasse. Entonces fue al comedor.

Encima de la mesa había una carta.

De despedida, sin duda. Y esta vez definitiva, sin posibilidad de rectificación. ¿Cómo podía reprochárselo? Pero no tuvo ganas de leerla enseguida, antes necesitaba centrarse, tener la fuerza necesaria para oírse decir lo que se merecía. Se desnudó, tiró la ropa sucia al cesto, se duchó y se afeitó, preparó café, se bebió tres tazas seguidas, se vistió, telefoneó al hospital y consiguió hablar con la señora Fazio.

—¿Hay novedades?

—Tienen que operarlo, *dottore*.

—¿De qué?

—De un hematoma cerebral.

—¿Debido a la herida?

—El médico dice que también debió de caer y golpearse la cabeza donde ya tenía la herida.

—¿Cuándo lo operan?

—No lo sé exactamente, pero a lo largo de la mañana.

—Voy para allá.

—*Dottore*, mire que el médico, que es una excelente persona, me ha dicho que ni su vida corre peligro ni es una operación difícil. En todo caso, tome nota de mi número de móvil.

—Gracias, démelo, pero voy a ir igualmente.

Colgó, cogió la carta de Livia y fue a sentarse en la galería.

Querido Salvo:

Después de estar esperándote tres horas (¿recuerdas que habíamos quedado en que iríamos a comer juntos?), me puse hecha una furia.

Cuando iba a llamarte por teléfono, se me ocurrió una idea: ir a la comisaría y abofetearte delante de todos. Quería hacerte una escena que tus hombres recordaran durante mucho tiempo.

Pedí un taxi y fui a la comisaría. Le pregunté por ti a Catarella y me contestó que no estabas. Le pregunté si sabía a qué hora volverías y me dijo que no. Y añadió que solo sabía que habías tenido que ir a Montelusa.

Como no pensaba renunciar a abofetearte, le dije que te esperaba en tu despacho. Y eso hice. Pero al cabo de un rato entró Catarella. Cerró la puerta y, con aire misterioso, me dijo que quería hablar conmigo aunque no estaba seguro de hacer bien. Y me contó que, en su opinión, debía de haberle ocurrido algo a Fazio. Algo serio, porque le parecía que tú estabas muy preocupado.

Entonces comprendí que, si te habías olvidado por completo de tu cita conmigo, el asunto era realmente grave.

Sé cuánto quieres a Fazio, así que el enfado se me pasó inmediatamente. Fui a comer algo a la *trattoria* de Enzo y luego, también en taxi, volví a Marinella.

Hacia las seis de la tarde llamé a Catarella y supe que no hay novedades, que tú aún no habías regresado. Entonces pensé que mi presencia aquí te supondría un estorbo en cierto modo, así que reservé un billete para mañana por la mañana en el vuelo de las diez. Espero sinceramente que todo acabe bien.

Paciencia, otra vez será.

Solo te reprocho una cosa: no haber encontrado tiempo para llamarme y decirme lo que estaba pasando.

Dame noticias de Fazio.

Un abrazo fuerte,

Livia

Habría sido mucho mejor que Livia hubiera escrito una carta repleta de palabrotas, insultos y vituperios. Así, en cambio, hacía que se sintiese la mierda que era. Tal vez Livia había escrito adrede una carta tan comprensiva para humillarlo más. Porque, admitiendo que la enorme preocupación por Fazio le había hecho perder la lucidez, aun así era injustificable no haberla llamado siquiera. Pero ¿cómo era posible que se hubiera olvidado completamente de Livia? ¿No era absurdo?

«No solo es absurdo —dijo Montalbano segundo —. La verdad es que la borraste por completo de tu sesera. Y por eso no telefoneaste, porque en tu cabeza no había nadie a quien telefonar».

«Y con esa reflexión, ¿adónde pretendes ir a parar?», preguntó, polémico, Montalbano primero.

«No quiero ir a parar a ninguna parte. Solo digo que Livia está presente de forma intermitente».

«Vale. Entonces, según tú, dado que en este momento Livia está muy presente, ¿qué debería hacer?».

«Llamarla».

Montalbano, en cambio, decidió no llamarla.

A esas horas ella ya estaba en la oficina; sería forzosamente una conversación breve y llena de reticencias. No; la llamaría por la noche, con todo el tiempo a su disposición. Lo mejor que podía hacer era irse enseguida a Fiacca.

No obstante, antes de subir al coche llamó a la mujer de Fazio.

—Está en el quirófano, *dottore*. Es inútil que venga ahora; total, no dejan que lo vea nadie, ni siquiera yo.

—¿Puede llamar a la comisaría después de la operación y decirnos cómo ha ido? Le estaría muy agradecido.

7

En cuanto lo vio, a Catarella le faltó un pelo para arrodillarse delante de él.

—¡Jesús, *dottori*, cuánto tiempo sin verlo! ¡Cómo me ha pesado su ausencia! ¡Gallo me lo ha contado todo! Esta mañana telefoneé al hospital y la mujer de Fazio me dijo que...

—Todo va bien, Cataré. Y gracias.

—¿Por qué, *dottori*?

—Por haber hablado con Livia.

Catarella se puso como un tomate.

—*Dottori*, debe perdonarme por habérmelo permitido, pero como me pareció que la señorita estaba muy alterada, alteradísima...

—Hiciste bien. Mándame al *dottor* Augello.

—¿Tienes más noticias de Fazio? —fue lo primero que le preguntó Mimì.

—Lo están operando.

—Gallo me ha dicho que no os reconoció.

—¡Hasta nos disparó! Pero ya verás cómo se recupera. ¿Qué ha dicho Pasquano del segundo cadáver?

—No ha encontrado ninguna herida de arma blanca ni de fuego. Simplemente lo tiraron al pozo estando vivo. En mi opinión, tu suposición de que fue Fazio el que lo empujó mientras se defendía es correcta.

—¿Lo han identificado?

—Todavía no. No llevaba documentos. Los de la Científica le han tomado las huellas dactilares. Pero a mí me parece que no sacarán nada en limpio.

—¿Crees que no está fichado?

—No se trata de eso; es que le vi las manos.

—Explícate.

—Debió de intentar desesperadamente agarrarse a algo mientras caía, sin conseguirlo. Tenía las yemas de los dedos, descarnadas.

—Sabremos más cuando Fazio esté en condiciones de hablar. ¿Y qué me dices del otro cadáver?

—¿El primero que encontramos? Espero una llamada de la Científica.

—¿Y con Pasquano has hablado?

—¿Y quién es el guapo que habla con él? Si lo hago yo igual acabamos mal.

—Lo llamaré yo, pero a última hora de la mañana.

—Oye, no quisiera que te enfadaras, pero...

—Dime.

—¿No deberías informar a Bonetti-Alderighi de lo de Fazio?

—¿Y a santo de qué?

—No quisiera que se enterase por otros.

—¿Quién se lo va a decir?

—Algún periodista.

—Zito no hablará.

—Zito está fuera de discusión. Pero piénsalo un momento, Salvo. Fazio está ingresado en el hospital de Fiacca, con su nombre y apellido, por una herida en la cabeza causada por un disparo. Ahora supón que algún periodista de Fiacca...

—Tienes razón.

—Y además, piensa que ahora Fazio estará una temporada convaleciente. ¿Qué vas a decirle al jefe superior? ¿Que tiene el tifus?

—Es verdad.

—Yo no esperaré ni un minuto para llamarlo.

—Voy a hacerlo ahora mismo.

Marcó el número del jefe superior y, en cuanto oyó que contestaban, conectó el altavoz.

—Soy Montalbano. Quisiera...

—Queridísimo amigo, ¿cómo está? ¿Cómo está la familia?

Era el plumazo del *dottor* Lattes, el jefe de gabinete, el cual seguía empeñado en que él estaba casado y era padre de una numerosa prole.

—Todos bien, gracias a la Virgen.

—¡Bendita sea! ¿Quería hablar con el jefe superior?

—Sí.

—Lo siento, pero ha tenido que ir a Palermo y volverá a última hora de la tarde. Si desea decirme a mí de qué se trata...

—Quería informar al señor jefe superior de que uno de mis hombres ha resultado herido durante un enfrentamiento armado y, por lo tanto...

—¿Gravemente?

—No.

—¡Gracias a la Virgen!

—¡Bendita sea! ¿Se lo comunica usted?

—¡Por supuesto! Muchos recuerdos a la familia.

—De su parte.

Mimì, que había escuchado la conversación, lo miraba fascinado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Montalbano.

—Pero ¿tú estás casado y tienes hijos?

—No digas bobadas, Mimì.

—Entonces, ¿por qué Lattes...?

—Luego te lo explico, Mimì, ¿vale? Ahora, puesto que no tenemos elementos nuevos, ¿sabes qué te digo? Que tú te vas a tu despacho y yo me quedo aquí firmando unos cuantos kilos de papeles.

* * *

Pasadas dos horas, con el brazo derecho anquilosado a fuerza de estampar firmas, decidió que era el momento de telefonar al doctor Pasquano. Pero, cuando ya había puesto la mano sobre el auricular, pensó que Pasquano, si se le hinchaban las pelotas, cosa que sucedía con frecuencia, era capaz de mandarlo a freír monas sin contarle nada de los cadáveres. Así que lo mejor sería ir a hablar con él en persona. Sin embargo, antes de salir llamó a Adelina para decirle que Livia se había ido y que, por tanto, tenía vía libre.

—¡A saber cómo ha dejado la casa esa bendita mujer! — exclamó Adelina, que no le pasaba una a Livia.

—¿Y cómo quieres que la haya dejado, Adeli? ¡Limpia!

—¡Eso lo dice usía que es hombre y no se da cuenta de nada! ¡La deja siempre sucia! ¿Sabe dónde encontré una vez un par de calcetines de la señorita? ¡A ver si lo adivina!

—Adeli, no tengo ganas de jugar a las adivinanzas.

—Bueno, a ver si me acerco un rato hoy después de comer. ¿Quiere que le prepare alguna cosa para esta noche?

—¡Estaría muy bien!

Nada más colgar, el teléfono sonó. Era la mujer de Fazio.

—Todo bien, *dottore*. La operación ha terminado y ha sido un éxito. Me han dicho que hacia las cinco podré verlo. Pero los médicos no quieren visitas, así que será mejor que usía venga mañana por la mañana.

—De acuerdo. Pero si usted quiere descansar unas horas, no sé... venir a Vigàta, puedo enviar...

—Está aquí mi hermana, *dottore*, gracias; no se preocupe.

El comisario salió del despacho, y al pasar por delante de Catarella le informó:

—Acaba de llamarme la señora Fazio. La operación ha sido un éxito. Díselo a todos.

* * *

Mientras aparcaba en la explanada que había delante del Instituto, vio al doctor Pasquano junto a la gran puerta de entrada fumando un cigarrillo.

—Buenos días, doctor.

—Si usted lo dice...

¡Siempre tan cordial, el doctor Pasquano! Claro que, si aún no había empezado a soltarle palabrotas, es que debía de estar cabreado solo a medias.

—No sabía que tenía este vicio —comentó Montalbano por decir algo.

—¿A qué vicio se refiere?

—Al de fumar.

—No lo tengo.

—Pero ¡si está fumando!

—¡Montalbá, usted razona como el policía que es!

—¿Ah sí? ¿Y cómo razono?

—Usted vincula un hombre a un acto único, cuando ese hombre no siempre está del todo en ese acto...

—Doctor, ¿qué hace? ¿Cita mal a Pirandello? ¿Sabe qué le digo?

—Dígame.

—Que me la trae floja si usted tiene ese vicio o no lo tiene.

—Así me gusta. Aunque haya venido a tocarme los cojones y a estropearme el único cigarrillo que me fumo en todo el día.

—Un cigarrillo también es vicio, según los americanos.

—A tomar por culo, usted y los americanos.

—¿Que no lo oigan o el presidente Bush mandará bombardearlo! ¿Qué novedades tiene?

—¿Yo? ¿Qué novedades quiere que tenga? A estas alturas creo haber visto el catálogo casi completo de las formas de muerte violenta. Solo me falta un cromó para completar la colección: muerte por napalm.

—Yo quería saber algo de los dos cadáveres encontrados en los pozos.

—Eso lo habría entendido perfectamente yo solito, sin necesidad de que usted me lo dijera. No me he hecho ilusiones ni por un momento de que había venido a verme para interesarse por mi salud.

—Enseguida lo arreglo: ¿cómo está?

—Hoy por hoy, no puedo quejarme. Gracias por su amable y presto interés. ¿Por dónde empezamos?

—Por el segundo, el muerto más joven.

—¿Se refiere al más reciente? Ese murió porque lo tiraron al pozo vivito y coleando.

—¿Presentaba marcas de pelea?

—¿Ve como los años lo hacen chochar? Un tipo cae treinta metros rebotando de una pared a otra de un pozo, ¿y usted me pregunta si...? ¡Venga, hombre! ¿Quiere un consejo?

—Si lo considera indispensable...

—Con la edad que tiene, ¿por qué no se retira de una vez? ¿No ve que no da una ni con la cabeza de arriba ni la de abajo?

—Desde luego, doctor, no tiene usted pelos en la lengua.

—Soy médico, y los médicos deben decir siempre la verdad.

—¿Y usted la dice siempre, incluso cuando se echa un farol jugando al póquer?

—Cuando juego al póquer no soy médico, sino jugador de póquer. Pero ¿usted no vio ese cadáver?

—No, doctor; tuve que marcharme poco antes de que lo sacaran del pozo.

Era una verdad a medias. Al parecer, Augello no le había contado que se había desmayado, si no, ¡lo que habría llegado a decirle Pasquano!

—Un treintañero de constitución sana y robusta. Habría vivido cien años, dejando a un lado tiroteos y accidentes varios.

—¿Y el otro?

—El otro... ¿Vamos a mi despacho?

Entraron en el Instituto, se dirigieron al despacho de Pasquano y este le dijo que se sentara.

—¿Cuánto tiempo llevaba en el pozo? —preguntó el comisario.

—Una semana como mínimo. Y eso aceleró el proceso de descomposición. Debieron de arrojarlo dentro poco después de cargárselo. Pero también debo decirle, aunque esto es solo mi opinión, que tardaron un poco en rematarlo. Digamos medio día o algo más.

—¿Lo torturaron?

—Bueno, no sabría decirle... pero...

—Doctor, de joven era usted bastante más decidido. Ahora hasta le tiembla la voz. ¿Quiere un consejo? ¿Por qué no se jubila y se dedica a jugar al póquer de la mañana a la noche? Quiero ayudarlo porque me da un poco de pena. Le aseguro que no le contaré a nadie lo que me diga, aunque sea una solemne estupidez.

Pasquano se echó a reír.

—No se anda usted por las ramas, ¿eh? Está bien. Tenga presente que lo que le digo no lo pondré en el informe. En mi opinión, lo primero que hicieron fue dispararle en un pie.

—¿Cuál?

—¿Qué importancia tiene eso? El izquierdo.

—Evidentemente, querían saber algo.

—Es posible. Lo dejaron así unas horas, luego lo marcaron a cuchillo, tenía cortes por todas partes, y por último lo mataron disparándole cinco

veces, tres en el tórax y dos en la cara.

—Por consiguiente, estaba irreconocible.

—¡Esos estúpidos comentarios suyos me sacan de quicio! Pero ¿no vio usted en qué estado se encontraba?!

—¿Ha conseguido saber si estaba vestido cuando...?

—Ya estaba desnudo, no lo desvistieron después.

—Cuando le dispararon en el pie, ¿iba descalzo?

—Una pregunta extrañamente inteligente viniendo de usted. Sí, iba descalzo. Lo sorprendieron durmiendo desnudo. Y después de matarlo, lo envolvieron en una manta.

Montalbano se quedó callado.

—¿Puedo saber qué está pensando su pobre y extenuado cerebro?
— preguntó Pasquano.

—Que, en general, para hacer hablar a alguien no se le dispara en un pie. Se le quema una mano, se le saca un ojo... Los cortes con cuchillo también son eficaces, pero el tiro en el pie...

—Los tenía cuidadísimos.

—¿El qué?

—Los pies.

—¿Se hacía la pedicura con frecuencia?

—Creo que sí.

—¿Ha observado algo más?

—Le habían practicado una operación muy bien aunque hacía muchos años, en la pierna derecha.

—¿Qué tenía?

—Se había roto un ligamento.

—Entonces, ¿cojeaba?

—Puede que sí, puede que no.

—¿Tiene algo más que decirme?

—Sí.

—Dígamelo.

—No me toque más la pera.

Mientras volvía a Vigàta, se dio cuenta de que estaba conduciendo a cien por hora, una velocidad impropia de él. Aminoró al comprender que lo que lo impulsaba a pisar el acelerador era el hambre canina que le había entrado nada más salir del Instituto. Entró en la *trattoria* tan deprisa que Enzo, al verlo llegar como un cohete, preguntó:

—¿Ocurre algo?

—Nada, nada. —Y se sentó a su mesa habitual.

—¿Qué puedo servirle?

—Todo.

Se atiborró de manera vergonzosa; menos mal que aún no había más clientes, excepto uno que no levantaba los ojos del periódico que tenía delante, apoyado en una botella.

Al final, Enzo manifestó su satisfacción:

—¡Que le aproveche, *dottore*!

—Gracias.

—¿Quiere un digestivo?

—No.

En la barriga ya no le cabía ni una gota de agua. Igual, si se tomaba el digestivo, explotaba como aquel gordo de una película de los Monty Python.

Cuando montó en el coche, hasta le pareció que el habitáculo se había reducido. El paseo por el muelle hasta el faro lo dio muy despacio, bien porque no se sentía capaz de andar más deprisa, bien para que durase más. Al llegar a la roca plana, se sentó y, pese a lo mucho que había dormido, le entró una gran somnolencia. Por lo visto aún tenía sueño atrasado. Volvió, subió al coche y se fue a Marinella a dormir un par de horas.

Se presentó de nuevo en la comisaría poco antes de las cinco.

—¡Ah, *dottori, dottori*! Como la Científica mandó la fotografía científica de uno de los dos que estaban muertos dentro de un pozo, he buscado entre las personas de cuya desaparición teníamos noticia.

—¿Y bien?

—Nada, *dottori*, no he encontrado nada.

—¿Y del otro te han dicho algo?

—Nada, *dottori*.

—Mira si entre las denuncias de la última semana figura un sexagenario al que le hayan practicado una operación en la pierna derecha.

—Ahora mismísimo, *dottori*.

—Entretanto, mándame a Fazio.

Catarella lo miró estupefacto.

—Perdona, quería decir Galluzzo.

La fuerza de la costumbre era tan grande que... De repente, de manera imprevista, sintió una punzada de melancolía.

—A sus órdenes, *dottore*.

Al poco se presentó Galluzzo.

—Gallü, tendrías que comprobar cuántos establecimientos... no, cuántos consultorios... en fin, cuántos pedicuros hay en Vigàta y Montelusa. También tendrías que informarte de si hay alguno que ejerza a domicilio.

—Sí, señor. ¿Y luego?

—Luego vas a verlos de uno en uno y les preguntas si entre sus clientes tienen a un sexagenario que posiblemente cojea un poco.

—¿No puede describírmelo mejor?

—¿Tú sabrías describir mejor al primer cadáver que sacaron del pozo?

Acababa de salir Galluzzo cuando sonó el teléfono.

—No he encontrado a ningún sexagenario operado, *dottori* — dijo Catarella.

O sea, oscuridad total. No se vería un rayo de luz hasta que Fazio estuviera en condiciones de contar lo sucedido. La situación lo ponía de los nervios; así debían de sentirse los capitanes de velero de antaño cuando había calma chicha y la nave se detenía. Recordó una antigua orden de la marina borbónica que se daba cuando, después de días de bonanza, había que poner en movimiento a la tripulación para que no se sumiera en el tedio: «A la orden de armen barullo / los que están en la proa pasan a popa / los que están en la popa pasan a proa / los que están en cubierta van abajo / los que están abajo suben a cubierta». Una actividad tan frenética como inútil, que solo servía para moverse sin ninguna finalidad. En el fondo, esa antigua orden borbónica era una metáfora de la burocracia. Un adelante y atrás de cartas y documentos que se movían en balde. Decidió contribuir al barullo y se puso a

firmar los papeles que aún tenía sobre la mesa. ¿Sería posible que no se acabaran nunca? Lo asaltó la sospecha de que podía tratarse de un caso de reproducción autónoma, como ciertas células que se dividen para convertirse en dos. De hecho, algunos documentos eran absolutamente iguales entre sí, calcados; solo cambiaba la fecha y el número de referencia.

La señora Fazio telefoneó hacia las seis.

—¡Me han dejado verlo! Me ha reconocido enseguida, y lo primero que ha dicho es que quería ver al doctor. Lo he llamado, ha venido, y entonces mi marido se ha enfadado. ¡Era a usía a quien quería ver!

—¿Le ha dicho que irá mañana por la mañana?

—Sí, señor.

Entre una cosa y otra, se hicieron las ocho. Decidió que era hora de irse. No es que tuviera apetito, pues a mediodía se había metido casi un quintal de comida entre pecho y espalda, pero se había cansado de estar en el despacho.

Pasó por delante de Catarella y le dijo adiós, pero cuando estaba abriendo la puerta del coche vio con el rabillo del ojo que salía corriendo y se dirigía hacia él.

—¿Qué pasa?

—¡Ah, *dottori, dottori!* El señor jefe superior está al teléfono. ¡Jesús, *dottori*, qué voz que tiene el señor jefe superior!

—¿Qué voz tiene?

—¡Parece un león salvaje de la selva!

8

Maldiciendo, entró de nuevo en la comisaría, y nada más decir «¿Sí?», se le echó encima el jefe superior con toda la caballería:

—¡Usted ha perdido por completo el juicio! ¡Esto es de locos! ¡Estamos en un manicomio!

—Pero ¿no los habían abolido?

Se le había escapado, ¡menos mal que el señor jefe superior no lo oyó!

—¡Se produce un enfrentamiento armado, uno de los nuestros es herido, gracias a Dios no de gravedad, y usted se limita a hacer una llamadita a Lattes! ¡Esto es de locos!

—¿Y a quién tendría que haber telefoneado, si usted no estaba?

—¡De acuerdo, pero debería haber dejado al menos un informe detallado sobre mi mesa! Venga inmediatamente, lo espero.

No podía ir, porque si le preguntaba cómo y por qué habían herido a Fazio, no sabría qué puñetas responder.

—Ahora mismo no puedo, señor jefe superior.

—Oiga, Montalbano, le ordeno...

—Acaban de llamarme del hospital para decirme que Fazio, mi hombre, ha recobrado el conocimiento y quiere...

—Entonces venga a mi despacho inmediatamente después de verlo.

—Pero ¡está en el hospital de Fiacca!

—Oiga, pero ¿aquí qué pasa? ¡Territorialmente Fiacca cae fuera de su jurisdicción! ¿Por qué está ingresado allí?

—Porque encontramos a Fazio en las cercanías y...

—¿Lo encontraron? ¿Cómo que lo encontraron? ¿Qué significa eso?

—Señor jefe superior, es una historia muy complicada.

—Entonces venga a contármela mañana por la mañana a las nueve en punto.

¡Jo, qué pesado! Tenía que buscar otro embuste.

—Lo siento, señor jefe superior, a las nueve no puedo.

—Está de guasa, ¿verdad?

Montalbano bajó la voz y dijo en tono conspirador:

—Se trata de un asunto muy personal que no quisiera...

—¡Aplácelo!

—¡No puedo, señor jefe superior, créame! ¡El doctor Gruntz viene expresamente nada menos que desde Zúrich!

—¿Y quién es ese doctor?

—El mejor especialista en la materia.

—¿Qué materia?

Ese era el quid de la cuestión. ¿En qué puta materia podía destacar un suizo que se llamaba Gruntz? Lo mejor era irse por las ramas. Enturbiar todavía más las aguas. No responder directamente.

—A las nueve y media viene a casa a hacerme el doble *scrocson*, cuyo efecto, como usted sin duda sabe, dura entre tres y cinco horas. Así que tendré que quedarme tumbado en la cama, inmóvil. No podré estar en su despacho hasta la tarde, a primera hora.

—Perdone, ¿qué ha dicho que va a hacerle el doctor Gruntz?
— preguntó el jefe superior, un tanto impresionado.

—El doble *scrocson*.

—¿Y eso para qué sirve?

¿Para qué podía servir una cosa de nombre tan importante? Montalbano soltó la primera trola que se le ocurrió:

—Pero ¿cómo? ¿No lo sabe? Es la adaptación occidental de una práctica empleada por los gurús indios. Se trata de un tubo de plástico que, insertado en el ano y concienzuda y prudentemente manejado, sale...

—No siga, por favor —lo interrumpió Bonetti-Alderighi, manifiestamente impresionado —. Lo espero mañana a las cuatro.

Cuando volvió a Marinella, del sol no quedaba más que una delgada franja rojiza en el horizonte. Las olas rompían con suavidad. No se veían pájaros. La conversación telefónica con el jefe superior le había abierto el apetito. Quizá se trataba de una forma de compensación. Una vez había leído que en la Antigüedad, después de las epidemias de peste, la gente comía y jodía a todas horas. Pero ¿se podía comparar a Bonetti-Alderighi con una epidemia de peste? Reconoció que quizá con la peste no, pero con un poco de cólera sí. Al abrir el frigorífico, tuvo la impresión de encontrarse ante el legendario tesoro escondido por unos bandidos en el monte Scuderi. Adelina le había preparado un festín: berenjenas a la parmesana, pasta con salchichas, caponatina, albóndigas de berenjena, el exquisito queso caciocavallo de Ragusa y aceitunas negras. Por lo visto, en el mercado no había pescado fresco. Puso la mesa en la galería y, mientras se calentaban las berenjenas y la pasta, se bebió dos copas de vino blanco bien fresco a la salud de Fazio. Cuando se levantó para ir a telefonar a Livia, habían pasado tres horas largas desde que se había sentado.

No durmió bien.

Cuando se disponía a marcharse a Fiacca, a las ocho y media de la mañana, pensó que con su velocidad de crucero, como decía Livia para avergonzarlo, igual llegaba al hospital cuando ya hubieran dado de alta a Fazio. Así que llamó a la comisaría.

—¿Qué hay, *dottori*? ¿Qué pasa? — preguntó Catarella, súbitamente alarmado.

—No pasa nada, Cataré; tranquilízate. Dile a Gallo que venga a buscarme a Marinella para acompañarme a Fiacca.

—Ahora mismo, *dottori*.

La verdad es que no se sentía con ánimos para conducir. Estaba demasiado nervioso; la curiosidad por saber lo que le diría Fazio se lo estaba comiendo vivo, lo había asaltado nada más meterse en la cama y ya no lo había abandonado, a tal punto que se había pasado prácticamente la noche entera haciendo hipótesis y conjeturas, todas sin el menor fundamento.

Al cabo de unos diez minutos oyó la sirena del coche oficial que se acercaba raudamente. ¡Figúrate si Gallo iba a desaprovechar una oportunidad de correr y poner la sirena!

Montalbano observaba a Gallo siempre que tenían que ir forzosamente deprisa: conducía con soltura, relajado, de maravilla, y se veía que disfrutaba un montón. En algunos momentos, casi sin darse cuenta siquiera, se ponía a tararear alguna cancioncilla infantil: *La beddra Betta / cu'na quasetta...* Y Montalbano había comprendido que, al volante de un coche lanzado a toda pastilla, Gallo se remontaba como mínimo treinta años atrás y volvía a ser un crío.

—¿De pequeño tenías un cochecito de pedales? — le preguntó mientras se dirigían a Fiacca.

Gallo lo miró estupefacto.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada en especial, por hablar de algo.

—No, señor, no llegué a tener ninguno. Siempre lo deseé, pero mi padre no pudo comprármelo nunca porque el dinero no le alcanzaba.

Quizá por eso... Inmediatamente se avergonzó de lo que estaba pensando: que la pasión de Gallo por la velocidad era una compensación por lo que no había tenido de pequeño. Cosas de películas americanas, cuando te explican que alguien se ha convertido en violador porque de pequeño abusaron de él.

Cuando era más joven, ideas como esa no se le habrían pasado por el magín ni de casualidad. Por lo visto, con los años el cerebro también se reblandecía, como los músculos, la piel... Su mirada se encontró con la aguja del cuentakilómetros: marcaba 170.

—¿No te parece que corres demasiado?

—¿Quiere que reduzca la velocidad?

Iba a decirle que sí, pero quería llegar y hablar con Fazio cuanto antes.

—No, pero ten cuidado, que no quiero acabar vendado en una cama al lado de Fazio.

El comisario acostumbraba a perderse dentro de los hospitales, y eso que hacía lo imposible para evitarlo. No solo se informaba detalladamente en la entrada sobre el ascensor en que debía montar, la planta en que debía bajar, el área a la que debía dirigirse... No había manera: en el breve recorrido entre el mostrador de información y la zona de ascensores se olvidaba absolutamente de todo. Por eso, una vez que había montado en el ascensor A en lugar de en el B, inevitablemente iba a parar al área de neurocirugía, cuando tenía que ir a la de traumatología. Y a partir de ahí empezaba un auténtico vía crucis para encontrar el área que buscaba; se equivocaba de pasillo, sorprendía a pacientes con el culo al aire al abrir puertas que no debía y le llovían insultos...

Esta vez la tradición se mantuvo. Resumiendo, tras media hora dando vueltas, perdido y sudoroso, una enfermera que rondaba la treintena, alta, rubia, de ojos verdes y piernas largas — parecía una de esas que salen en las películas sobre hospitales —, al verlo por segunda vez con un aire cada vez más indefenso, de huérfano de Burundi, sintió pena y le preguntó:

—¿Busca usted a alguien?

—Sí.

—Si me dice adónde quiere ir, lo acompañaré.

Montalbano le deseó mentalmente que el Señor, después de hacerle ganar el concurso mundial de Miss Enfermera, le abriera de par en par la puerta del paraíso cuando muriese. La joven lo dejó delante de la habitación de Fazio.

El comisario llamó discretamente a la puerta, pero nadie contestó. Agitado como estaba, empezó a tener sudores fríos. ¿Sería posible que lo hubieran cambiado de habitación?

¿Y ahora qué hacía para averiguar adónde lo habían trasladado? Quizá lo mejor fuera, de momento, comprobar si la habitación estaba vacía. Alargó lentamente la mano hacia el pomo de la puerta, como un ladrón que no quiere hacer ruido, cuando abrieron desde el interior y apareció la mujer de Fazio.

—Hablemos fuera —susurró, cerrando la puerta a su espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó Montalbano, preocupado.

La señora Fazio estaba ojerosa, y al comisario le pareció que su cabello tenía más hebras blancas que la última vez que la había visto.

—Quería decirle que mi marido no ha descansado bien esta noche. Ha tenido pesadillas. El médico ha dicho que no debe hablar con él más de cinco minutos. Perdona, *dottore*, pero...

—Lo comprendo perfectamente, señora. No se preocupe, no lo fatigaré; se lo prometo.

En ese instante se materializó al lado de la mujer una enfermera enana que, sin saludar, primero lo miró mal y luego miró el reloj.

—Tiene cinco minutos exactos a partir de este momento — dijo.

¿Qué era aquello, una etapa contrarreloj?

La señora Fazio le abrió la puerta y la cerró lentamente tras él. Había comprendido que el comisario quería hablar a solas con su marido. ¡Qué gran mujer era!

Fazio dormía o tenía los ojos cerrados. Entre las sábanas solo asomaba la cabeza, que parecía la de un piloto de aeroplanos de principios del siglo xx, cuando llevaban una especie de gorro que también les tapaba el cuello y las orejas y dejaba al descubierto la cara; la única diferencia consistía en que el gorro de Fazio era de gasa.

A Montalbano le pareció que, entre los pómulos y la boca, la piel estaba extendida directamente sobre los huesos sin carne debajo. Quizá fuera el efecto del vendaje. Junto a la cabecera de la cama había una silla metálica, y Montalbano se sentó en ella con cautela. ¿Y ahora qué hacía? ¿Lo despertaba o lo dejaba dormir? La curiosidad era enorme, pero el afecto por Fazio se impuso. Si la investigación se retrasaba un día, quizá nadie saldría perjudicado. Pero en ese preciso momento Fazio abrió los ojos, lo miró y lo reconoció.

—*Dottore*... —dijo con una voz distante y cansada, pero en el fondo de la cual había un tono de alegría.

—Hola —saludó Montalbano, emocionado.

Y tomó entre las suyas la mano que, mientras tanto, Fazio había sacado lentamente de debajo de la sábana. Permanecieron así un poco sin decir nada, disfrutando de sentir el calor del otro.

—Todavía no recuerdo bien lo que pasó —dijo al cabo Fazio.

—Ya me lo contarás cuando recuperes la memoria. No hay prisa.

Pero Fazio no quería rendirse.

—Empezó a telefonarme un tipo al que conocía... de joven era bailarín... íbamos juntos a la escuela primaria...

—¿Cómo se llamaba?

—No me acuerdo...

Montalbano tuvo como una iluminación, vaciló un instante y luego soltó un nombre para probar:

—¿Manzella? —El comisario vio claramente el sobresalto de Fazio.

—¡Sí, señor! ¡Ese! ¡Usía es un hacha!

—¿Y qué quería de ti?

Fazio cerró los ojos. Y fue como una señal, porque la puerta se abrió y apareció la enana.

—Se acabó la conversación.

Ni en Sing Sing los guardianes debían de ser tan severos y quisquillosos.

—¿Está segura de que su reloj va bien?

—Va exacto. ¡Fuera!

Montalbano se levantó y caminó despacio a propósito para fastidiarla. Cuando llegó junto a ella, preguntó:

—¿Cuándo puedo volver?

—Se permiten visitas todas las tardes de cuatro a cinco.

—¿Y cuánto tiempo me concede?

—Otros cinco minutos.

—¿Pueden ser diez?

—Siete.

En fin, menos da una piedra.

En el pasillo, apoyada en la pared, estaba la señora Fazio.

—¿No puede pedir que le pongan una silla fuera?

—Está prohibido. Pero ahora entro. ¿Han hablado?

—Sí, pero muy poco. Me ha parecido que está muy débil.

—Los médicos dicen que no hay por qué preocuparse, que mejorará de hora en hora. ¿Cuándo volverá?

—Después de comer, a las cuatro.

Al final del pasillo podía ir a la derecha o a la izquierda. Se detuvo, dudoso. ¿Qué camino había hecho a la ida? Le pareció recordar que había llegado por el lado izquierdo. Tomó ese pasillo, que no se acababa nunca y

tenía todas las puertas cerradas, y hacia la mitad vio un ascensor. ¿Tomarlo o no tomarlo? Debía tomarlo por fuerza, dado que a todas luces al arquitecto que había construido el hospital se le había olvidado poner escaleras. Las puertas se abrieron, Montalbano entró, e inmediatamente advirtió que no había ningún botón con la B de planta baja. Solo había tres números: 4, 5 y 6. Debía de ser un ascensor de servicio que solo recorría esos tres pisos. Mientras tanto, la puerta se había cerrado y él pulsó el 5. Sintió una pizca de abatimiento pensando lo que aún tendría que bregar antes de hallar la salida. El ascensor se paró, la puerta se abrió y él se encontró frente a la enfermera que lo había acompañado hasta la habitación de Fazio. La joven debió de pillar al vuelo que Montalbano se había perdido otra vez, y el comisario reprimió a duras penas las ganas de abrazarla.

—A mí puede decírmelo con toda confianza: ¿es usted mi ángel de la guarda? — le preguntó, saliendo del ascensor.

—Seguramente no, pero al menos aquí puedo hacer como si lo fuera.

—¿Me acompaña a la salida?

—Puedo acompañarlo como mucho hasta el ascensor adecuado.

—Gracias. Disculpe, ¿cómo se llama?

—Angela.

—¿Ve como tengo razón?

—¿Y usted?

—Salvo. Salvo Montalbano. Soy comisario de policía.

La chica sonrió.

—¡Pues sí que estamos arreglados! —Y soltó una risita.

—¿Por qué?

—¡Un comisario que se pierde dentro de un hospital!

—Me pasa siempre. Oiga, Angela, tengo que volver esta tarde a las cuatro. ¿Usted estará todavía aquí?

—Sí.

—¿Podría hacerme un favor?

—Dígame.

—¿Podríamos quedar en la entrada?

—¿Qué es esto? ¿Una cita?

—No; una desesperada petición de ayuda.

Angela volvió a reír y no dijo ni que sí ni que no.

—¿Cómo está Fazio? —preguntó Gallo cuando el comisario montó en el coche.

—Está algo débil, pero en general bien. Volveremos después de comer, a las cuatro, así que estate listo en comisaría a las dos y media. Y por favor, ahora no te pongas a correr.

—¿Cómo? ¿A la ida sí y a la vuelta no?

—Gallo, no discutas. Eso es lo que me apetece y punto. Ah, llama a Catarella y dile que diga a todo el mundo que he visto a Fazio y lo he encontrado bien. Así en la comisaría no vendrá nadie a tocarme las pelotas para preguntarme por él.

—*Dottore*, la situación es la siguiente — dijo Galluzzo, sentándose y sacando un papel del bolsillo —, en Vigàta hay dos establecimientos de pedicura y un callista que...

—¿No son lo mismo?

—No, señor *dottore*. La Boutique del Pie, que es uno de los dos establecimientos de aquí, tiene un cliente sexagenario cuyo nombre, apellido y dirección he apuntado en este papel. El otro establecimiento, que se llama Un Pie en el Paraíso, no tiene clientes de sexo masculino.

—¿Y el callista?

—Ese tiene cuatro clientes sexagenarios de los que también he apuntado nombre, apellido y dirección.

—¿Has estado en Montelusa?

—Ayer perdí mucho tiempo esperando al callista, que estaba haciendo visitas a domicilio. Voy ahora.

—Mándame al *dottor* Augello y déjame el papel.

Papel que tendió a Mimì en cuanto se presentó. Mimì lo cogió pero no lo miró.

—¿Has hablado con Fazio?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Apenas nada. Que un tal Manzella, un exbailarín compañero suyo de primaria, se había puesto en contacto con él.

—¿Y qué quería?

—No ha podido decírmelo. Está demasiado débil y nos han interrumpido. Vuelvo esta tarde a las cuatro.

Mimì decidió mirar el papel.

—Yo te aconsejaría la Boutique; he ido algunas veces.

—Mimì, no te estoy pidiendo consejo sobre un pedicuro. ¿Ves el nombre que está al lado de la Boutique y los otros cuatro que están al lado del callista? Pues bien, tienes que ir a ver a esos cinco clientes.

Augello lo miró atónito.

—¿Para qué?

—Pasquano me dijo que el primer cadáver que sacaron tenía los pies cuidadísimos.

—Igual se los cuidaba él mismo en casa.

—O igual no. Si encuentras a los cinco, mejor para ellos y peor para nosotros. Pero si uno desapareció hace una semana, entonces hay que empezar a investigar sobre quién era y qué hacía. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Pues mucha suerte.

Ahora venía lo más difícil. Repasó lo que tenía pensado decir; una frase, la más importante, la pronunció en voz alta para oír cómo sonaba. Cuando se sintió suficientemente preparado, alargó una mano, levantó el auricular y llamó al señor jefe superior.

9

Habló con un hilo de voz trémula que, según él, podía parecer la de un hombre enfrentado a la muerte.

—Soy Montalbano.

—¿Qué pasa?

Respiró hondo una vez y acto seguido dejó escapar dos ligeras toses.

—Montalbano, ¿qué pasa?

—Estoy malís... —Otra tosecilla—. Perdone, tengo regurgitaciones.

—¡Pero bueno, Montalbano!

—Disculpe, pero el doctor Gruntz me ha practicado el *scrocson* súper. No ha podido evitarlo. Yo le he suplicado que lo aplazara, pero él, en vez del doble, el súper. ¿Comprende? Dice que lo necesitaba urgentemente.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que el efecto del súper dura el doble que el del doble, es decir, hasta la noche.

—No entiendo nada.

—Me es imposible moverme.

—¿Acaso trata de decirme que no podrá venir esta tarde?

—Lo siento, pero...

—¡Oiga, Montalbano, o viene por sus propios medios o mando a buscarlo con una ambulancia!

—Señor jefe superior... no es una cuestión de ambulancia, sino de autonomía personal, ¿me explico?

—No.

—No puedo alejarme más de cinco minutos del lugar de decoro. — ¿Por qué cuando decía mentiras le salían a menudo palabras y frases rebuscadas como esa? —. El *scrocson* súper es bestial; no encuentro otra definición.

¡Piense que he expulsado un botón que me tragué en el 2001! Y no solo el botón, sino también...

—Está bien, lo espero mañana a las nueve — cedió el jefe superior, al que le estaban entrando ganas de vomitar.

Pero ¿cómo es que el jefe superior podía tragarse un camelo de tres al cuarto? Quizá porque lo consideraba un hombre serio, puede que un poco liante, pero desde luego incapaz de semejantes cosas. ¿Debía avergonzarse o debía vanagloriarse? Dejó la pregunta en suspenso y fue a comer.

Entró en la *trattoria* con un discreto apetito, incrementado por el hecho de que se había liberado, aunque fuera momentáneamente, de la visita al jefe superior.

—Acaba de telefonarme ahora mismo desde Montelusa el jefe superior — dijo Enzo con aire de complicidad.

—¿Me buscaba a mí? —preguntó Montalbano, desconcertado y furioso.

¿O sea que el jefe superior no se había creído que estaba en casa bajo los efectos del *scrocson* súper? Pero ¡habrase visto...! Por suerte, Enzo respondió negativamente.

—No, señor. Va a venir a comer. Han ido a verlo unos amigos que quieren tomar pescado fresco. Ha reservado para seis personas.

—¿Y cuándo va a venir?

—Dentro de media hora.

Montalbano soltó un reniego y se levantó como si se hubiera sentado sobre una víbora. ¡No quería ni pensar qué pasaría si el jefe superior lo sorprendía atiborrándose de salmonetes y merluzas! No solo lo expedientaría, ¡haría que lo echaran de la policía! ¡Y quizá ordenara que le practicasen de verdad algo muy similar al *scrocson* súper!

Tomó una decisión tan súbita como obligada.

—Me voy.

—¿Y dónde va a comer?

—Da igual, Enzo, prefiero quedarme en ayunas a ver al jefe superior.

—Pero, *dottore*, yo lo meto a usted en la salita y no dejo que entre nadie.

—Y cuando haya acabado, ¿cómo salgo?

—No se preocupe. Está todo controlado: hay una puerta trasera.

Acababa de terminarse la pasta con almejas cuando la puerta de la salita se abrió y asomó la cabeza de Enzo.

—Ya ha llegado —anunció.

Y desapareció para reaparecer al cabo de un momento con los salmonetes. El comisario se los comió más a gusto de lo habitual, precisamente porque estaba saboreándolos a dos pasos del jefe superior, que lo creía acostado y maldiciendo el universo.

A las dos y media en punto salió con Gallo para Fiacca. Pero con su coche, porque por la mañana había llegado una segunda notificación del jefe superior ordenando a todos ahorrar en gasolina.

A menos de tres kilómetros de la ciudad había un control de los carabinieri. Y una decena de coches haciendo cola, lo suficiente para perder medio día. Gallo se puso en la fila.

—¿Nos identificamos? —preguntó.

—No —dijo Montalbano.

Dadas las condiciones en que se hallaba su coche, si los carabinieri se enteraban de que eran de la policía, les apretarían las tuercas. Se encontraría con una multa tan alta que con dos meses de sueldo no tendría bastante para pagarla. Al cabo de un rato se acercó un cabo que, en cuanto vio quién iba al volante, sonrió.

—Hola, Gallo.

—Hola, Tumminello.

Montalbano se sintió aliviado: si esos dos eran colegas, no perderían el tiempo con discusiones inútiles.

—¿Por qué estáis haciendo este control? —dijo Gallo.

—Nos han ordenado retener a un hombre bajo, gordo y con una cicatriz en la mejilla izquierda, procedente de Fiacca.

Al comisario le entraron ganas de echarse a reír. Y le habló al cabo con una sonrisita que podía parecer burlona.

—Perdone —dijo—, pero si han de retener a uno que viene de Fiacca, ¿por qué nos paran a nosotros, que vamos a Fiacca? Quizá deberían dar media vuelta y mirar hacia el lado contrario. Si no, parece que esto sea...

Se detuvo a tiempo. Pero ¿quién le mandaba abrir su maldita boca? Mientras tanto, pudo ver que Tumminello había cambiado de color.

—¿Usted quién es? —preguntó el carabinero.

—Soy el *ragioniere* Muscetta.

—Es un gran amigo mío que me ha pedido el favor de... — intentó explicar Gallo.

Pero Tumminello no lo escuchó siquiera y continuó:

—¿Es suyo el coche, *ragioniere*?

—Sí.

—Termine la frase que estaba diciendo, *ragioniere*.

¡Menuda lata con lo de *ragioniere*!

—¿Cuál? Yo no he dicho nada que...

—Usted ha dicho: «Si no, parece que esto sea...». Continúe.

—Ah, bueno, quería decir que, si no, parece que esto sea... ¿cómo le diría?... el mundo al revés.

—No; usted quería decir «si no, parece que esto sea una pifia de esos carabineros palurdos». ¿No es cierto?

—Pero ¡qué dice! Jamás me atrevería...

—¿No se atrevería? ¿Precisamente usted, estimado comisario Montalbano?

Montalbano se quedó helado.

—Vamos, circulen.

¡Lo había reconocido desde el principio y se había reído a su costa llamándolo *ragioniere*, «contable»! Tumminello indicó a sus compañeros que dejaran pasar al coche y siguieron adelante. Circularon unos diez minutos en silencio, hasta que Montalbano dijo:

—Es verdad, yo estaba pensando lo que supuso el cabo. Un chico listo, ese Tumminello.

—Ese hará carrera. Está estudiando Derecho.

Pasaron por delante de otro control donde paraban a los coches procedentes de Fiacca.

—¿Ves como yo tenía razón? —le dijo Montalbano a Gallo—. El primer control es totalmente inútil.

—*Dottore*, pero ¿usted no sabe lo que sucedió con Michele Misuraca en Fiacca hace seis meses?

—Pues no.

—Michele Misuraca sorprendió a su hija casada con su amante. Como su yerno estaba en Alemania, le tocaba actuar a él. Disparó y mató a la chica mientras el amante huía. Misuraca consiguió salir de Fiacca poco antes de que los carabineros montaran los controles. Luego volvió, y los carabineros no lo pararon porque miraban los coches que salían de Fiacca. Misuraca entró tranquilamente en la ciudad, buscó al amante de su hija hasta dar con él, lo mató y se entregó a las autoridades.

Montalbano no hizo ningún comentario.

Gallo recuperó el tiempo perdido en el control, y a las cuatro menos unos minutos el comisario se encontraba en la entrada del hospital.

Dio dos pasos y se detuvo ante la primera duda: ¿los ascensores estaban a la derecha o a la izquierda?

—¡Comisario!

Montalbano se volvió. Era la enfermera Angela. Sintió que se le ensanchaba el corazón de alegría.

—Es usted tan amable, no esperaba que...

—¿Que viniera? En realidad tenía pensado no aparecer por aquí, pero después he cambiado de idea.

—¿Por qué?

—Porque, con todo el jaleo que ha habido, suponía que sin mí sería totalmente incapaz de encontrar a su amigo.

—¿Qué ha pasado?

—Hacia la una y diez, después de que hubieran salido todas las visitas, vieron a un hombre, un extraño, que recorría el pasillo de la cuarta planta en actitud sospechosa abriendo y cerrando las puertas de las habitaciones como si buscara a alguien.

—Más o menos como yo.

—Sí, pero usted, si un enfermero le pregunta qué desea no sale corriendo con una pistola en la mano.

—¿Disparó?

—No.

—¿Lo atraparon?

—Lo persiguieron y lo vieron salir del hospital, atravesar el aparcamiento y desaparecer en el campo.

—¿Era un hombre bajo y gordo?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Me lo han dicho los carabineros en un control de carretera. ¿Y después qué pasó?

—La policía ordenó que trasladáramos a todos los pacientes de la cuarta planta a la sexta, que está todavía por inaugurar y resulta más fácil de vigilar.

¿Cabía la posibilidad de que el hombre hubiera ido a matar a Fazio? Caber, cabía; ¿a cuántos mafiosos habían liquidado mientras se encontraban hospitalizados? Pero quiso asegurarse.

—¿Qué personalidad importante hay en esa área?

—El honorable diputado Frincanato y el magistrado Filippone, ambos de la comisión antimafia. Uno con una pierna rota y el otro con una fractura de pelvis. Iban juntos en un coche que chocó contra un camión tráiler. Y los dos han recibido amenazas de muerte.

Era del dominio público que se albergaban serias dudas sobre las amenazas de muerte recibidas por el honorable diputado Frincanato, el cual contaba menos que una moneda agujereada. Las malas lenguas decían que las cartas anónimas se las había escrito él mismo para darse bombo. En cuanto al magistrado Filippone, era de los que decían sí, si la mayoría decía sí, y no si la mayoría decía no. Un títere. ¡Cómo iba la mafia a arriesgar a uno de sus hombres por dos mierdecillas! Montalbano llegó a la preocupante conclusión de que ese hombre iba a por Fazio.

En cuanto la puerta del ascensor se abrió en la sexta planta, el comisario se encontró frente a dos policías armados con metralleta. Sacó su identificación y lo dejaron pasar. Junto a las puertas 8 y 10 había dos agentes también con metralleta.

Angela lo acompañó hasta la puerta marcada con el número 14.

—Quería decirle que me he informado y que al señor Fazio le darán el alta dentro de tres días como máximo. Mañana por la mañana harán que se

levante unas horas.

—Entonces, tendrá usted que hacerme de guía seis veces más.

—¿Vendrá dos veces al día?

—Sí.

—Pasado mañana me resultará difícil venir a buscarlo.

—¿Por qué?

—Porque me toca estar en cirugía. Así que tendrá que arreglárselas solo.

—Me las apañaré —dijo Montalbano. Y sin más, añadió —: ¿Puedo invitarla a cenar?

Angela no mostró sorpresa ni extrañeza. Con lo guapa que era, debía de estar acostumbrada a recibir invitaciones por parte de los hombres.

—¿Por qué?

—Quisiera corresponderle.

Ella se echó a reír.

—Aceptaría con mucho gusto, pero tengo un compromiso... nada importante. ¿Puedo darle una respuesta definitiva dentro de un rato? Hago una llamada e intento librarme. Si cuando salga a las cuatro y diez no me encuentra aquí, llámeme a este número.

Escribió el número en un papel que Montalbano se guardó en el bolsillo. Angela le sonrió una vez más, dio media vuelta y empezó a alejarse. El comisario se quedó un momento contemplándola; era una vista espléndida. Luego llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una voz de mujer.

Lo primero que vio al entrar fue a la enfermera enana, la sosia de los carceleros de Sing Sing. Después observó que Fazio no estaba acostado, sino medio incorporado, con varias almohadas detrás de la espalda y la cabeza. La señora Fazio no estaba.

—Siete minutos —decretó la enana.

—La cuenta empieza a partir del momento en que usted salga — precisó Montalbano —. ¿Dónde está tu mujer? — le preguntó a Fazio, que le sonreía, contento de verlo.

—La he mandado a casa a descansar —intervino la enana mientras abría la puerta para salir —. No podía más, y nuestro paciente ya está en vías de recuperación. — Y antes de cerrar, repitió —: ¡Siete minutos!

—¡Anda y que te den por culo! —masculló Fazio.

—Por cierto, tengo que darte una buena noticia — dijo Montalbano —. Mandar a alguien a tomar por culo ya no es delito. Lo ha establecido el Tribunal de Casación. Oye una cosa, ¿te has enterado de lo que ha sucedido en el hospital?

—Me han dicho que un tipo quería entrar en las habitaciones de dos de la comisión antimafia.

—¿Sabes quiénes son? Frincanato y Filippone.

—Pero ¡si son dos ceros a la izquierda! —se sorprendió Fazio.

—Exacto. Por eso no veo claro el asunto.

—Yo tampoco.

—¿Entró en tu habitación?

—No.

—¿Te dice algo un hombre bajo, gordo y con una cicatriz en la mejilla izquierda?

—¡Coño! —exclamó Fazio, y se quedó lívido como un muerto.

—¿Lo conoces?

—Era uno de los que intentaron mandarme al otro barrio.

—Me lo imaginaba —comentó el comisario. Y mientras Fazio le indicaba que le pasara el vaso de agua que había sobre la mesilla, continuó —: O sea, que el tipo ha venido al hospital para rematar el trabajo que había dejado a medias.

—¡Quiero largarme ahora mismo! —dijo Fazio, devolviéndole el vaso vacío.

—Ese lo tiene difícil para volver, tranquilo.

—¿Puedo tener por lo menos un arma?

—¿Estás de guasa? ¡La de Sing Sing hará que te pongan en aislamiento! Fazio lo miró atónito.

—¿Y qué es eso?

—Déjalo estar; hablemos de lo que te pasó. Debe de tratarse de algo muy gordo.

—*Dottore*, sinceramente no tengo ni idea de si este asunto es gordo o no. Cuando esos dos...

—Espera. Rebobina desde el principio. Hagamos episodios, como en las series de televisión. Si no, a siete minutos por vez, me armo un lío. Háblame de Manzella.

Fazio se quedó pensando un momento y luego empezó a hablar.

—Filippo Manzella y yo cursamos juntos los estudios primarios aquí, en Vigàta. Después nos perdimos de vista; su padre era ferroviario y lo trasladaron. Pero volvimos a encontrarnos haciendo el servicio militar. Él iba a una escuela de danza en Palermo, quería ser bailarín clásico. Y consiguió entrar en el cuerpo de baile del teatro Massimo. Cuando... tenía que ir a Palermo, nos... ve... íamos...

Estaba cansado.

—Descansa —le dijo el comisario.

Fazio cerró los ojos y se quedó medio minuto callado. Después lo intentó de nuevo, pero no podía.

—Luego... —Se interrumpió, respirando fuerte.

—Espera un poco más.

—No, señor, que siete minutos pasan enseguida. Luego nos perdimos de vista otra vez. Un día me lo encontré por casualidad en Montelusa. Había cambiado.

—¿En qué sentido?

—Había engordado. Y además, no me miraba a los ojos como hacía antes. Me dijo que ya no bailaba, que se había casado, que su mujer esperaba un hijo y que no trabajaba porque había recibido una herencia.

Hizo otra pausa. Pero ahora le costaba más hablar, dejaba un espacio entre una palabra y otra.

—Hace unos quince días me lo encontré otra vez en Montelusa. Tenía prisa. Me pidió el número de mi móvil. Se lo di, y dos días más tarde me llamó.

—¿Qué quería?

—Quería que me ocupase de cierto asunto. Según él, se trataba de contrabando.

—¿Solo te dijo eso?

—Solo eso.

—¿Por qué no me lo comentaste?

—*Dottore*, a mí todo aquello me pareció muy fantasioso. A Filippo le gustaba inventarse cosas de vez en cuando.

—Continúa.

—Él siguió llamándome, decía que lo vigilaban, que quizá se habían dado cuenta de que sabía... Pero cuando yo le pedía para vernos y que me lo contara todo, se ponía evasivo, vacilaba...

—¿Lo llamaste alguna vez después de que él te hubiera buscado?

—Sí. Tenía el número de su móvil.

—¿Lo llamaste alguna vez a un teléfono fijo?

—Sí, pero era de un bar. Le gustaba hacerse el misterioso.

—¿Te dijo algún nombre?

—No; era siempre muy impreciso... y yo estaba cada vez más convencido de que me estaba contando cuentos chinos.

—Nos queda poco tiempo. Dime ahora por qué fuiste al puerto.

—Al cabo de unos días sin telefonarme, me llamó. Me dijo que, si iba enseguida, esta vez los pillaría a todos con las manos en la masa. Entonces le dije a mi mujer que usía me había llamado y salí de casa.

—¿No te explicó de qué era el contrabando?

—Pues no. Solo me dijo que me esperaba en el puerto, en la parte de los almacenes, a las tres de la madrugada.

—¿Y entonces por qué saliste poco después de las ocho?

—Para que la cosa pareciese más lógica a ojos de mi mujer.

—¿Ibas armado?

—No, señor.

—Pero ¡hombre! ¿Vas a por un puñado de contrabandistas peligrosos y...?

—¡Yo no iba a por ellos! Solo quería verlos sin ser visto. Luego, antes de hacer nada, habría pedido refuerzos. Y además, ¿sabe qué? Seguía sin creer que fuera verdad.

—¡Se acabó el tiempo! —anunció la enana, entrando en la habitación.

—Una última pregunta: ¿estás seguro de que la noche que Manzella te telefoneó para ir al puerto era él quien te hablaba?

—A mí me pareció él, aunque la voz me llegaba lejana y confusa.
Siempre llamaba por el móvil. Me dijo que había poca cobertura.

—Adiós. Nos vemos mañana por la mañana.

10

Montalbano salió, pero al cabo de un momento volvió atrás, abrió la puerta de la habitación de Fazio y asomó la cabeza.

—Me he acordado de que mañana por la mañana tengo que ver al jefe superior. Vendré por la tarde.

En el pasillo no se veía a Angela. Eran las cuatro y diez en punto.

Esperó dos minutos y luego se acercó a los agentes de guardia con su identificación bien a la vista.

—Soy el comisario Montalbano.

—A sus órdenes —dijeron a coro.

—En la habitación catorce hay un compañero vuestro de la comisaría de Vigàta. Ha resultado herido en la cabeza en un enfrentamiento. ¿Podéis echar un ojo también a su puerta? No es seguro que el hombre que ha entrado en el hospital viniera por los de la comisión antimafia. ¿Me he explicado?

—Perfectamente —respondió uno de ellos.

—Váyase tranquilo —añadió el otro.

Al final del pasillo dudó entre la derecha y la izquierda. Se decidió al advertir que, al fondo del pasillo de la derecha, había dos agentes con metralleta de guardia delante del ascensor. Cuando llegó a la planta baja, sacó del bolsillo el papel que le había dado Angela. Era un número interno. Fue al mostrador y le pidió a una de las dos empleadas que se lo marcara. Un momento después estaba hablando con ella.

—Lo lamento, pero no he conseguido quedar libre. ¿Podemos dejarlo para mañana por la noche?

—Por mí, perfecto.

—Entonces ya decidiremos la hora y el sitio mañana por la mañana.

—No, Angela, mañana por la mañana no podré venir.

—¿Seguro?

—Segurísimo, tengo un compromiso.

—¿Por la tarde tampoco?

—Seguramente a las cuatro sí que vendré.

—Entonces hasta mañana por la tarde. Yo termino mi turno a las seis y media.

—¿Conoce aquí, en Fiacca, algún sitio donde se coma bien?

—Hay muchos. Pero...

—¿Sí?

—No quisiera que me viesen por ahí con... Si me vieran aquí con un desconocido, tendría problemas, ¿comprende?

—Lo comprendo perfectamente.

—¿Usted no tiene problemas de ese tipo?

—De momento, no. ¿Quiere venir a Vigàta?

—¿Por qué no?

La respuesta fue inmediata; estaba claro que Angela se esperaba esa propuesta.

—¿Tiene coche? —preguntó Montalbano.

—Sí, pero si usted me espera un cuarto de hora después de que acabe el turno, me cambio aquí, en el hospital, y podemos ir con el suyo.

Pero ¿qué idea se había hecho esa chica? Él simplemente quería invitarla a una cena sin consecuencias. En cualquier caso, estaba seguro de que conseguiría eludir la eventual consecuencia sin quedar mal.

El aparcamiento reservado para los visitantes estaba detrás del edificio del hospital; para llegar, Montalbano tuvo que caminar diez minutos. Gallo dormía, con la boca abierta y la cabeza apoyada en el respaldo del asiento.

—¡Buenos días!

El agente abrió los ojos sobresaltado. Parecía un tanto confundido.

—Disculpe, *dottore*, pero tengo un sueño atrasado que me está matando.

—¿Anoche no dormiste?

—No, señor, y anteanoche tampoco. En cuanto me acuesto, empieza a dolerme el estómago. Y ahora los ojos se me cierran solos.

—Ve a tomarte un café cargado en la cafetería del hospital.

—No me apetece.

—Oye, hablemos claro: yo no voy con alguien al que de repente puede vencerlo el sueño en medio de la carretera mientras conduce. Así que pasa detrás y duerme; yo me pondré al volante.

Gallo, que realmente necesitaba dormir, no protestó.

En el tiempo que tardó el comisario en maniobrar para salir del aparcamiento, Gallo, tumbado en el asiento posterior, se sumió en un sueño profundo.

Como era de prever, aún no habían retirado los controles de carretera en la salida de Fiacca, de modo que tuvo que parar. Al carabinero no le dio buena espina aquel hombre acostado detrás que se tapaba la cara con un brazo. Se inclinó hacia la ventanilla para decir algo, pero de pronto cambió de opinión y retrocedió. Al comisario se le ocurrió gastarle una broma a Gallo. Mientras tanto, el carabinero había llamado a dos compañeros, que se acercaron cautelosamente con las manos a la altura de la culata del revólver. Montalbano se lo estaba pasando en grande, y permaneció inmóvil con las manos bien a la vista sobre el volante.

—¿Qué hace? ¿Duerme? —preguntó el primer carabinero al comisario.

—Profundamente.

—Despiértelo.

—Despiértelo usted. Pero le advierto que, cuando lo despiertan bruscamente, se pone nervioso y puede tener reacciones imprevisibles. Yo se lo he advertido, así que no quiero responsabilidades.

—¿Y cómo podría despertarlo?

—No sé; con unas palabritas tiernas, unos mimos...

—¿Está de broma?

—¿Le parece que soy un bromista? —repuso Montalbano con cara de ofendido.

El carabinero intercambió unas palabras con los otros dos y después le dijo al comisario:

—Baje despacio del coche.

—¿Con las manos levantadas?

—No hace falta.

Montalbano salió sin hacer ruido. Entonces el carabinero abrió rápidamente la puerta posterior y, retirándose hacia un lado de un salto, gritó:

—¡Salga con las manos en alto!

Gallo, despertado de golpe, al ver que lo apuntaban tres armas, se dio un susto de muerte y empezó a gritar:

—¡Soy policía! ¡No disparen!

—Enséñenos la documentación.

Gallo lo hizo. El primer carabinero preguntó furioso a Montalbano:

—¿Por qué no nos ha dicho que era policía?

—Porque no me ha preguntado quién era.

El carabinero llamó al comandante. Este quiso ver los documentos de Montalbano.

—¿Por qué no se ha identificado?

—Nadie me lo ha pedido. El carabinero aquí presente solo me ha preguntado si mi compañero dormía. Y yo le he contestado que sí. ¿Va a durar mucho más esta historia?

—No, comisario. Solo el tiempo de ponerle una multa. ¿Es suyo el coche?

—Sí. ¿Por qué?

—Circula con las luces apagadas y un piloto posterior roto.

¡Menudo negocio había hecho por querer tomarles el pelo a los carabineros y no dejar conducir a Gallo!

Cuando entró en su despacho, encontró a Mimì esperándolo sentado.

—¿Qué me cuentas?

—Todos localizables.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Montalbano, que en ese momento estaba pensando en Angela.

—Que los cinco señores en torno a los sesenta años a los que les gusta cuidarse los pies han respondido a la llamada. He comprobado también la lista de Montelusa que me ha dado Galluzzo. Todos bien. O sea, que el muerto no iba ni a los pedicuros de Vigàta ni a los de Montelusa. Y tampoco tenía ninguna relación con el callista. ¿Te ha dicho algo Fazio?

—Sí.

Y le contó el episodio de Manzella.

—¿Y por qué le dispararon en el puerto?

—Eso lo sabré en el próximo episodio.

—Me parece haber entendido que Manzella le dijo a Fazio que se había casado y que su mujer estaba embarazada — dijo Mimì.

—Has entendido bien. Y es el único dato con el que podemos trabajar por el momento.

Sin decir palabra, Augello se levantó, salió y volvió con el listín telefónico. Empezó a hojearlo.

—En Vigàta hay dos Filippo Manzella. Y en Montelusa, uno más — anunció al concluir la consulta.

—Conecta el altavoz y empieza por Vigàta.

El primer Filippo Manzella era un viejo cascarrabias que contestó a Mimì de malos modos; el segundo se hallaba ausente porque, según aseguró una mujer que se identificó como su esposa, había embarcado en un pesquero hacía una hora.

—A este también hay que excluirlo, puesto que hasta hace una hora estaba vivo — dijo Augello.

Montalbano lo miró con una expresión a medio camino entre la admiración y el asombro.

—Mimì, a veces llegas a conclusiones impresionantes. ¡Vamos, ni Perogrullo!

—He aprendido de ti —repuso el subcomisario, marcando el número de Montelusa.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina.

—La policía —dijo Mimì.

La mujer se asustó.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

—No se alarme, señora; solo se trata de una multa. ¿Vive ahí el señor Filippo Manzella?

—Ya no.

—¿Qué significa eso?

—Significa que hace cinco años que mi marido y yo no vivimos juntos. Nos separamos.

—Comprendo. ¿Sabe dónde vive?

—Pues hasta hace unos quince días vivía en Vigàta, en vía della Forcella, trece, pero la última vez que me llamó me dijo que se había mudado.

—¿Cuándo la llamó por última vez?

—Ya se lo he dicho, hace unos quince días.

—¿Y no ha vuelto a llamar desde entonces?

—No.

—¿Y no le parece preocupante ese silencio?

—Estoy acostumbrada. Solo telefonea para tener noticias de nuestro hijo, pero a veces se pasa un mes sin llamar.

—¿Le dio la nueva dirección?

—No.

Llegados a este punto, el comisario le quitó el auricular.

—Señora, soy el comisario Montalbano. ¿Puedo ir a Montelusa a hablar con usted?

—¿Ahora?

—Sí, pongamos dentro de media hora.

—No; estaba a punto de salir. Si quiere, puede venir mañana por la mañana a partir de las once.

Montalbano le dio las gracias, colgó y se puso de pie.

—¿Vienes conmigo? —le preguntó a Augello.

—¿Adónde?

—¡Despierta, Mimì! A via della Forcella, trece.

Via della Forcella se encontraba en una zona de casas de reciente construcción en la carretera de Montereale. El número 13 correspondía a un edificio de seis plantas; al lado de la gran puerta de entrada había un cartel donde ponía: «Se alquilan miniapartamentos. Dirigirse al portero».

Montalbano aparcó, bajó y entró. Mimì, después de telefonar a Beba, quien le había contado con pelos y señales que el niño se había hecho un chichón a resultas de una caída, había decidido que era mejor que el comisario fuera solo.

A través de la puerta abierta de la portería, que en realidad era un miniapartamento, vio a una mujer barriendo.

—¿Está el portero?

—No.

—¿Puede decirme con quién tengo que hablar para informarme sobre los apartamentos?

—Conmigo.

—Disculpe, ¿y usted quién es?

—La mujer del portero, ¿no le sirve?

—Me sirve. —Pero no le apetecía hablar de Manzella con una mujer que, más que nada, parecía bastante intratable —. Oiga, ¿cuándo estará aquí su marido?

—Si todavía es capaz de encontrar el camino, hacia las once de la noche llega a casa.

—¿Trabaja?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—En la bodega de Gnazio Cutaja. Vacía vasos de vino bebiéndoselos uno detrás de otro; en eso trabaja. ¿Me explico?

Ingeniosa, la señora.

—Perfectamente.

Un alcohólico. No había otra; tenía que hablar por fuerza con la mujer. Esta, entretanto, había parado de trajinar y, apoyada en el mango de la escoba, lo miraba con cierta malicia.

—¿Puedo decirle una cosa? —preguntó.

—Dígamela.

—Usía, sin ánimo de ofender, apesta a policía.

Lo mejor era poner las cartas boca arriba.

—Sí, soy comisario.

—Entre en casa y siéntese.

Montalbano se sentó en una de las cuatro sillas colocadas alrededor de una mesa. De una cocina diminuta brotaba un olor delicioso de pescado a la cazuela.

—¿Quiere un poquito de vino?

—No se moleste, gracias. Pero la felicito por el pescado a la cazuela. A juzgar por cómo huele, debe de estar exquisito.

La actitud de la mujer cambió. Dejó la escoba en un rincón, se estiró el delantal y se sentó en otra silla.

—Hable. Todo lo que quiera saber, se lo digo.

—Señora, hemos sabido que, hasta hace unos veinte días, en uno de los miniapartamentos vivía un hombre llamado Filippo Manzella. ¿Es así?

—Sí, señor. Una excelente persona.

—¿Cuánto tiempo vivió aquí?

—Unos tres años.

—¿Por qué se fue?

—Me dijo que había encontrado un sitio mejor.

—¿Le comunicó la nueva dirección?

—No, señor.

—¿Y qué pensaba hacer con el correo y los pagos pendientes?

—Me dijo que pasaría por aquí una vez a la semana.

—¿Cuándo pasó por última vez?

—No ha llegado a pasar. Tengo tres cartas y una factura de la luz para él.

—¿Recibía gente?

—De día no.

—¿Y de noche?

—Comisario de mi alma, ¿y yo qué sé? Yo cierro la portería a las siete y media, ceno, miro un rato la televisión y me voy a dormir. Si alguien quiere entrar, llama por el interfono.

—¿Puedo ver el apartamento donde vivía?

—¿Y qué quiere encontrar ahí? Cuando lo limpié, yo solo vi el telescopio que él me había dicho que vendría a recoger más adelante.

—¿Y dónde está ahora ese telescopio?

—Como el apartamento aún no se ha alquilado, sigue ahí, tal como lo dejó él.

—¿Podría verlo?

La portera suspiró, se levantó, fue a la otra habitación, volvió con un manojito de llaves y se lo tendió al comisario.

—Vaya usía solo, sexto piso, puerta dieciocho. Disculpe, pero yo tengo que vigilar el *piscado*. Hay ascensor.

La puerta 18 daba directamente a un saloncito con balcón, televisor y cocina americana. Desde el saloncito se accedía al dormitorio, donde cabían a duras penas una cama doble, un armario pequeñísimo, dos mesillas de noche y una ventana; una puertecita daba a un microscópico cuarto de baño con ducha. Había dos tomas de teléfono, una en el saloncito y otra en el dormitorio, pero no se veía ningún aparato telefónico. El telescopio era grande: montado sobre un trípode, ocupaba media sala. Estaba orientado hacia el puerto de Vigàta. En cuanto el comisario acercó un ojo, le pareció estar tocando la pared exterior — la que daba a donde atracaban los pesqueros para descargar — de uno de los almacenes frigoríficos. La gran puerta estaba abierta y dentro se veía perfectamente a dos hombres trabajando.

Iba a salir del miniapartamento cuando se le ocurrió abrir el armario. Además de mantas y sábanas, había unos prismáticos dentro de un estuche. Los sacó. Eran unos potentes prismáticos militares con lentes infrarrojos. Manzella debía de haberlos comprado de contrabando y pagado muy caros. Los dejó donde estaban, cerró, bajó y le devolvió las llaves a la portera.

—Unas preguntas más y la dejo en paz.

—Diga.

—¿Cómo es que no he visto teléfonos?

—El señor Manzella solo usaba el móvil.

—¿Sabe dónde trabajaba?

—No trabajaba.

—¿Y de qué vivía?

—No lo sé, pero dinero no le faltaba.

—Pero ¿salía de casa?

—¡Pues claro! Por la mañana, cuando estaba aquí, iba a hacer la compra, porque le gustaba cocinar mientras escuchaba música... hasta tenía altavoces. Después de comer dormía hasta las cinco, luego...

—Un momento. Ha dicho «cuando estaba aquí». ¿No estaba siempre?

—No, señor; a veces desaparecía semanas enteras.

—¿Adónde iba?

—Y yo qué sé.

—¿Quién limpia los apartamentos?

—Mi hermana, mi *cuniada* y yo.

—¿Quién limpiaba el de Manzella?

—Yo.

—Voy a hacerle una pregunta un poco delicada, señora. Haciendo la cama por las mañanas, ¿tuvo alguna vez la impresión de que Manzella había recibido a una mujer?

La portera se echó a reír.

—¿La impresión? ¡Comisario de mi alma, a veces parecía que había habido un terremoto! Las almohadas por el suelo, las sábanas enrolladas... Una vez hasta me encontré un colchón medio caído.

—¿Ocurría con frecuencia?

—En los últimos tiempos, bastante.

—¿Era un mujeriego?

—¿Usía qué piensa si *incuentra* la cama así de revuelta por lo menos tres noches a la semana?

—¿Tres noches a la semana? Pero ¿Manzella no tiene ya cierta edad?

—Sí, señor. Pero se ve que le funciona bien. O se ayuda con pastillas.

—¿Era siempre la misma mujer o cambiaba?

—¿Y cómo iba a saberlo yo?

—No sé; por haber visto cabellos de diferente color sobre la almohada o en el baño...

—Pues, aunque le parezca increíble, no encontré nunca ni un pelo.

—¿Una horquilla quizá... una barra de labios...?

—Nada de nada.

—¿Cómo es posible?

—A lo mejor llevaban cuidado.

—¿Manzella tiene coche?

—Tenía.

—Explíquese mejor.

—Aquí vive el señor Falzone, que vende coches de segunda mano. Manzella le vendió el suyo, que era un Panda muy bien conservado, por cuatro perras.

—¿Eso cuándo fue?

—Un par de días antes de dejar el apartamento. Me dijo que quería comprarse uno nuevo.

—¿Cómo le pagó Falzone?

—Manzella quiso que le pagara en *ifictivo*. Yo estaba presente.

—¿Dónde metió sus cosas?

—Tenía pocas, así que con una maleta le bastó. Yo creo...

—Diga.

—Yo creo que Manzella tenía otra vivienda.

—Una última cosa. ¿Podría darme las tres cartas?

La portera pareció indecisa.

—Y si después pasa el señor Manzella, ¿qué le cuento?

—Vamos a hacer una cosa: yo le doy un recibo, y así el señor Manzella puede venir a buscarlas a la comisaría.

11

Salió por la puerta pensando que lo de Manzella no había sido un simple cambio de domicilio, sino que se parecía mucho a una especie de fuga de alguien que quiere esfumarse sin dejar rastro.

Se alejó con el coche lo necesario para no despertar la curiosidad de la gente del vecindario, se detuvo y sacó las cartas del bolsillo.

La primera procedía de Palermo y estaba firmada «con todo el afecto de tu hermana Luciana». Era de principio a fin un rosario de lamentaciones: que si la madre nonagenaria y enferma necesitaba asistencia, que si el marido era un calavera de mucho cuidado, que si a uno de los hijos había que darlo por perdido porque andaba detrás de una chica que parecía una santa y en realidad era una auténtica zorra, tanto que hacía que él le comprara las bragas... En conclusión, pedía dinero.

La segunda era de un tal Sebastiano y procedía de Messina. Decía que estaba bien, que había sentado la cabeza y que había encontrado finalmente el amor de su vida. Amor del cual incluía una fotografía. La foto presentaba a un marino militar, un joven de unos veinticinco años con la cabeza gacha, orejas de soplillo y boca caballuna. Debía de medir un metro noventa, estaba en una postura que parecía de atleta, y tenía las piernas tan torcidas que prácticamente formaban un círculo.

Montalbano pensó que el amor, como todo el mundo sabe, es ciego.

La tercera y última, procedente de la propia Vigàta, la leyó dos veces seguidas.

Después se marchó, pasó por la comisaría, guardó las dos primeras cartas en un cajón de su mesa y dejó la tercera en el bolsillo. A continuación salió y se fue a Marinella.

Dulce y clara era la noche, y sin viento. Y la luna, en vez de hallarse sobre los huertos, flotaba sobre el mar. El invierno sentía que tenía los días contados y se abandonaba a su fin con una especie de melancólica languidez un tanto distraída, porque se dejaba invadir por días y noches primaverales sin oponer resistencia. Montalbano, sentado en la galería, se había zampado un gran plato de pasta *'ncasciata* que Adelina le había dejado en el horno. Realmente ese plato era más para el mediodía, pero la asistenta nunca hacía distinciones entre cosas adecuadas para comer y cosas adecuadas para cenar. Y a veces el comisario pagaba las consecuencias. Como seguramente ocurriría aquella noche, porque digerir la pasta puede convertirse en una auténtica guerra nocturna. Se levantó suspirando, entró en casa, se sentó a la mesa sobre la que había dejado la carta dirigida a Filippo Manzella y la leyó por tercera vez.

Ippo:

¿Quieres explicarme por qué de repente ya no quieres verme? Te he llamado decenas de veces al móvil, pero nunca has querido contestarme. ¿Por qué? Creo que es posible que alguien te haya dicho cosas malas y totalmente inventadas sobre mí, y tú, tontín, te las has creído. La historia de Fiacca, si te han hablado de ella, fue una estupidez. Aparte de que te echo de menos, me parece indispensable que nos veamos y lo aclaremos todo. Esto podría tener consecuencias. Te lo digo por tu propio interés, ¿comprendes?

Así que llámame. G.

El primer problema que presentaba aquella carta, enviada a Vigàta desde Vigàta y escrita en un italiano perfecto, no en dialecto, se encontraba en las últimas líneas, donde se advertía un peligroso cambio de tono. Si Manzella no quería seguir la relación con su amiga G., ¿por qué G. le escribía que eso podía tener consecuencias? En todo caso, estaba claro que las consecuencias no serían nada favorables para Manzella. ¿Era para evitarlas por lo que Manzella se había ido del apartamento sin dejar su nueva dirección? ¿Había vendido el coche por eso? ¿Para que nadie pudiera localizar al propietario por la matrícula?

El segundo problema era que aquella carta no cuadraba. El tono general no cuadraba. Nada garantizaba que G. fuera una mujer, dado que la letra podía ser tanto masculina como femenina. Una mujer abandonada por un

hombre con el que ha mantenido una relación habría empleado otras palabras, como mínimo un poco más apasionadas. Pero si era un hombre... ¿Un hombre habría escrito una expresión como «cosas malas»? ¿Y lo de «tontín»?

Él, Montalbano, ¿qué habría escrito? Se le ocurrieron palabras como chorradas, gilipolleces, maldades, calumnias... No, «cosas malas» no era una expresión masculina. Y «tontín» tampoco era una palabra varonil. Lo mejor sería llevar la carta a la Jefatura Superior. Allí estaba Gargiulo, de la Científica, que era un excelente grafólogo.

Fue a acostarse después de una larga conversación telefónica con Livia que acabó bien. Pero pasó una noche de mil demonios a causa de la pasta *'ncasciata*.

* * *

—Lo veo un poquito pálido. ¿En la familia todos bien? — preguntó Lattes, el pesado del jefe de gabinete, que no se movía nunca del antedespacho del jefe superior, siempre a punto para tocarle las pelotas a cualquier infeliz que entrara.

—Todos bien, gracias a la Virgen.

—El señor jefe superior lo espera.

Había sido puntualísimo. Bonetti-Alderighi se mostró atento. Hasta se puso de pie.

—¡Querido amigo! Siéntese. ¿Cómo está? ¿Ya ha pasado todo? Está un poco pálido.

¡Pues claro que estaba pálido, como que no había pegado ojo por culpa de la pasta *'ncasciata*!

—Verá, las secuelas del *scrocson* súper son demoledoras porque el tubo introducido en el...

—¡Por lo que más quiera, ahórreme los detalles! Además, no quiero que se fatigue. Cuénteme solo lo que ha ocurrido.

—Señor jefe superior, tengo poco que contarle y por eso todavía no he hecho el informe. En dos palabras: como había recibido un soplo sobre un probable tráfico de droga en el puerto, encargué al inspector jefe Fazio que fuera a echar un vistazo. Por lo que hemos sabido, en cuanto Fazio llegó, le dispararon y resultó herido en la cabeza, tras lo cual se lo llevaron. Nos

enteramos, por una llamada anónima, de que habían visto a Fazio con dos hombres en los parajes de los tres pozos. Pretendían matarlo. Llamé a los bomberos, que sacaron de dos pozos sendos cadáveres, mientras que Fazio seguía sin aparecer.

—¿Informó al Ministerio Público de esos hallazgos? — lo interrumpió el jefe superior.

—Por supuesto. Y también a la Policía Científica y al doctor Pasquano. Todo en regla.

—¿Y qué más?

—Fazio fue visto en la carretera de Fiacca.

—¿Quién lo vio?

—Un... un compañero de aquella comisaría que lo conocía.

—Continúe.

—Fazio vagaba sin rumbo. Cuando me acerqué a él, no me reconoció. Lo llevé al hospital de Fiacca, donde todavía se encuentra ingresado. Han tenido que operarlo.

—¿Ha ido a verlo? ¿Qué ha dicho?

—No he ido porque los médicos me han dicho por teléfono que aún no ha recuperado la memoria. No recuerda nada. Necesita un poco de tiempo.

—¿Están seguros los médicos de que recuperará la memoria?

—Segurísimos.

Hablaron unos diez minutos más y después el jefe superior dijo:

—Manténgame informado.

Lo que significaba que la conversación había terminado. Le había contado verdades y mentiras entremezcladas, pero sobre todo había conseguido, con la historia de que Fazio había perdido la memoria, que nadie fuera a tocarle las narices al hospital. En términos generales, el jefe superior, temiendo tal vez agravarle los efectos del *scrocson* súper si lo trataba mal, se había mostrado bastante comprensivo.

Fue a ver a los de la Científica confiando en no encontrarse con el jefe Arquá, que le caía fatal. No lo vio, pero tampoco a Gargiulo.

—Comisario, ¿busca a alguien? —le preguntó un joven del equipo.

—Sí, a Gargiulo.

—Hoy no viene. Podrá encontrarlo mañana por la mañana.

—¿Puede hacerme un favor?

—Desde luego.

Montalbano sacó del bolsillo la carta de G. dirigida a Manzella.

—¿Puede darle esto de mi parte y decirle que le eche un vistazo? Dígale que lo llamaré mañana.

* * *

Salió de la Jefatura Superior. Había un bar a dos pasos de allí; entró, pidió un café y, mientras se lo preparaban, consultó el listín telefónico. Filippo Manzella vivía en el 28 de via Croce. O sea, en la otra punta de la ciudad. Ir hasta allí en coche era impensable. Montelusa era en realidad un laberinto de calles y callejas siempre patas arriba por obras en curso y direcciones prohibidas. Decidió ir a via Croce andando tranquilamente, puesto que tenía mucho tiempo por delante. La cita con la señora Manzella era a las once.

La casa, situada en el quinto piso de un edificio de ocho era pequeña pero estaba limpia y en perfecto orden. La señora Manzella le hizo sentarse en el salón y le preguntó si quería un café. Montalbano declinó el ofrecimiento y pidió solo un vaso de agua; el paseo para llegar hasta allí había sido largo y todo cuesta arriba.

La señora, que se llamaba Ernestina, era una mujer de unos cuarenta y cinco años y de buen ver, vestida con corrección, que en su juventud debió de ser una chica muy guapa. Y era una persona que pensaba las cosas. Fue ella quien entró en materia.

—Dígamelo sinceramente: esa historia de la multa se la ha inventado, ¿verdad?

Montalbano soltó un suspiro de alivio. Era preferible poner las cartas boca arriba.

—Sí, ¿cómo lo ha sabido?

—Un comisario no se molestaría en venir a mi casa por una simple multa. Montalbano sonrió y no dijo nada.

—¿Qué le ha pasado a Filippo? —preguntó la señora Ernestina, aunque no parecía especialmente preocupada.

—No lo sabemos.

—Entonces, ¿por qué se interesan por él?

—Porque ha desaparecido.

Ernestina rio.

—Pero ¡si desaparece siempre! Es una costumbre innata en él. Una semana, quince días, un mes... Ya en el primer año de casados, me decía que al día siguiente tenía que irse y, sin darme más explicaciones, se esfumaba. Y durante todo el tiempo que estaba fuera, no me llamaba ni una sola vez.

—¿Usted le preguntó alguna vez por qué tenía que irse?

—¡Por supuesto! ¡Decenas de veces! Siempre respondía que por negocios, pero yo nunca me lo creí. ¿Quiere un consejo? Dejen de buscarlo. Ya verá como antes o después da señales de vida.

—Señora, el asunto es bastante más complejo.

—¿De qué se trata?

—Por ahora no puedo decirle nada. He venido a verla, porque debo hacerle unas preguntas.

—En ese caso, empiece.

—¿Cuándo se casaron?

—Hace dieciocho años.

—¿Fue un matrimonio por amor?

—Entonces nos parecía amor.

—Si no recuerdo mal, dijo que tienen un hijo.

—Sí, Michele, está en tercero de enseñanza secundaria superior.

—Que usted sepa, ¿Michele y su padre han seguido viéndose después de la separación? Me refiero a verse por iniciativa propia de uno u otro, al margen de los encuentros establecidos por mutuo acuerdo.

—Hasta el curso pasado se veían con bastante frecuencia. Algunas veces Filippo iba a recogerlo a la salida del instituto. Pero desde entonces Michele no ha querido volver a verlo.

—¿Por qué motivo?

—No ha querido decírmelo. Me habló de una discusión. Y yo, en definitiva, me alegré.

—¿Por qué?

—Temía que Filippo pudiera ejercer una mala influencia sobre él.

—¿En qué sentido?

—En su juventud, Filippo fue bailarín. ¿Sabe lo que significa cuando aquí se dice que alguien es bailarín?

—Sí, que es inconstante, voluble, caprichoso...

—Bien dicho: inconstante. Lo era en todo: amistades, afectos... Incluso en las pequeñas cosas. Cambiaba de gustos de un día para otro. Le gustaban con delirio, qué le diría... los helados, y de repente un día afirmaba que nunca le habían gustado. Vivir con él era muy difícil.

—Cuando se casaron, ¿a qué se dedicaba él?

—Trabajaba en el ayuntamiento. Ganaba un sueldo suficiente para nosotros. No para derrochar, pero en fin... Estuvo cinco años. Parecía que había sentado cabeza.

—¿Y luego?

—Luego murió su tío Carlo, el hermano de su padre, y le dejó a él toda la herencia, que era bastante considerable.

—¿Por qué toda a él?

—Filippo nunca me habló de su tío Carlo, y yo no lo conocí; ni siquiera vino a la boda.

—¿Cuántos hermanos tiene su marido?

—Tiene dos hermanas. Una, Luciana, mantenía el contacto con él para pedirle dinero. De la otra, Elvira, no sé nada.

—¿En qué consistía la herencia?

—Sobre todo en casas, tiendas, almacenes, y una empresa agrícola que funcionaba muy bien.

—Perdone, pero ¿no podría ser que los continuos desplazamientos de su marido se debieran a esos intereses?

Ernestina rio otra vez.

—¡Como que Filippo quería problemas! No, no... vendió todo y metió el dinero en el banco.

—¿En cuál?

—En más de uno. En el que yo conocía, la Banca Cooperativa, abrió una cuenta a nombre de nosotros dos y ponía lo necesario para vivir. Nunca supe dónde había depositado el grueso del capital.

—¿Por qué se separaron?

—Empezó a desinteresarse de mí. De la forma más absoluta, ¿me explico? Para él, yo no era nadie. Mejor dicho, era la madre de su hijo, pero como mujer no existía. Creo que entonces empezó a engañarme, a tener diversas amantes.

—¿Cómo lo descubrió?

—No lo descubrí. He dicho «creo». Pero empezó a hacer las cosas habituales, ya sabe...

—No estoy casado.

—Ah. Bueno, pues llamadas misteriosas, citas vagas, contradicciones, reuniones inexistentes... cosas así. Hasta que se me acabó la paciencia y lo eché de casa. Eso es todo.

—En el apartamento de Vigàta que usted nos indicó hemos encontrado un gran telescopio.

Ernestina no se mostró sorprendida.

—Era una de sus dos manías.

—¿Miraba las estrellas?

Esta vez, la carcajada de Ernestina fue más larga.

—¿Quiere venir conmigo?

Se levantó, y el comisario la siguió hasta el dormitorio. La ventana daba a un patio al que a su vez daban numerosos balcones y ventanas de todos los tamaños.

—¿Ha visto esa película en la que uno que se ha roto una pierna se pasa todo el día mirando lo que hacen los demás?

—La ventana indiscreta.

—Mi marido hacía lo mismo. Yo miraba la televisión y él miraba lo que hacían en las otras casas.

—¿Y qué le contaba?

—¿De qué?

—De lo que hacían en las otras casas.

—¡Ah, sí! Si por él hubiera sido, no habría hablado de otra cosa. La mujercita que recibía al amante en casa era su protagonista preferida. El otro protagonista predilecto era el jubilado que iba a la habitación de la nieta en cuanto su mujer se dormía. Pero yo no le prestaba atención; son cosas que no me gustan.

—Señora, debo hacerle una pregunta difícil. En esas ocasiones, ¿su marido permaneció siempre como observador únicamente?

Ernestina no debió de comprender el verdadero significado de la pregunta.

—¿Por qué lo pregunta? ¿Qué otra cosa podía hacer?

—En casos como este, el deseo de intervenir, de modificar el curso de la vida de otros, debe de ser muy fuerte. Una tentación irresistible.

Finalmente Ernestina comprendió.

—¿Se refiere al chantaje?

—También, pero no solo a eso. Se puede intervenir quizá por pura diversión.

—¿Cómo?

—Le pondré un ejemplo. Veo que la mujercita recibe al amante en casa, y entonces advierto al marido con un anónimo y disfruto con lo que pasa después.

—¿Y a eso lo llama diversión?

—Yo no, señora, pero los hay que sí.

Ernestina se quedó pensando en el asunto, abrió la boca para decir algo, volvió a cerrarla y finalmente se decidió a hablar.

—Chantaje... no creo que Filippo lo hiciera nunca. Por algo de diversión maliciosa, quizá sí. Pero no piense que tenía malas intenciones. Usted no lo ha conocido; era...

—Precisamente porque no lo conozco le hago estas preguntas. Estaba diciendo que era...

—Imprevisible, eso.

Volvieron al salón, pero Montalbano no se sentó.

—Perdone la pregunta, señora, ¿usted vive con lo que le pasa su exmarido o trabaja?

—Trabajo de dependienta en una tienda de ropa por las tardes. Y tengo pareja. Nos casaremos en cuanto haya obtenido el divorcio.

Lo dijo tranquilamente y Montalbano apreció su sinceridad.

—No tengo nada más que preguntarle. Ya no la molesto más. Si por casualidad su exmarido se pone en contacto con usted, llámeme a la comisaría de Vigàta. Ha sido muy amable.

—Lo acompaño.

Montalbano estaba bajando el primer escalón y Ernestina cerrando la puerta, cuando al comisario se le ocurrió una pregunta. Había quedado una cosa en el aire.

—Perdone, señora, pero me ha dicho que su marido tenía dos manías. Una era el telescopio. ¿Y la otra?

—Los pies. Se los cuidaba muchísimo.

El comisario se quedó de piedra, con el cuerpo medio girado, la cabeza vuelta hacia atrás, el pie izquierdo levantado sobre el segundo escalón y la mano derecha agarrada a la barandilla. Era incapaz de moverse.

—Comisario, ¿se encuentra bien? —preguntó Ernestina, saliendo al rellano.

—¿Po... po...?

Montalbano recobró finalmente el dominio de sí mismo y consiguió hablar.

—¿Por qué dejó su marido la danza?

—A causa de un accidente. Se rompió un ligamento.

Montalbano estuvo a punto de caer rodando escaleras abajo.

—Por tanto, si Manzella llevaba cinco días dentro de un pozo la llamada a Fazio era una trampa.

—¡Coño, cada vez eres más perspicaz, Mimì!

—Me dijiste que Fazio no se creía lo que le contaba Manzella. Y en cambio era todo verdad.

—Esa conclusión también es asombrosa, Mimì.

—Salvo, ¿sabes lo que te digo? Ya no hablo más. Estás tocándome los cojones.

—Voy a hacerte una pregunta. Así te verás obligado a decir cosas menos estúpidas. En tu opinión, ¿por qué le dispararon en un pie?

—¿A quién?

—A Manzella. ¿No te lo había dicho? ¿No? Primero le dispararon en un pie, después lo dejaron desangrarse unas horas y al final lo mataron. La pregunta es: ¿por qué?

—Para hacerle hablar.

—De acuerdo, Mimì, pero la pregunta no es esa. ¿Por qué en el pie? Para hacer hablar a alguien, en general se le quema la mano con un cigarrillo o se le dispara en una rodilla, un brazo...

—Igual se les escapó un tiro.

—Frío frío, Mimì.

—Quizá porque para Manzella los pies eran importantes, si tenía esa manía...

—Caliente, Mimì.

—¡Porque había sido bailarín!

—¡Muy bien, Mimì! ¿Ves como cuando te pones eres inteligente? Lo hirieron en la parte del cuerpo a la que más apego tenía. Para humillarlo.

12

Mimì se había perdido siguiendo el hilo de un pensamiento.

—¿Qué te pasa? —preguntó Montalbano.

—He recordado una película que vi hace muchos años, un wéstern. Los bandidos le disparaban a uno en un pie para... No, Salvo, no querían humillar a Manzella. Querían divertirse a su costa. Él levantaba la pierna con el pie herido y los otros disparaban alrededor del pie sano diciéndole que bailara. Y él saltaba... giraba sobre sí mismo... saltaba... — Mimì se interrumpió —. Salvo, ¿qué te ocurre?

Montalbano se había quedado blanco como el papel. De repente había aparecido ante sus ojos la danza de la muerte de aquella gaviota.

—Nada, nada. Me da vueltas la cabeza un poco, pero no es nada.

—Pero ¿tú te tomas la tensión?

—Mimì, estábamos hablando de otra cosa. Continúa.

—Se ve que así lo convencieron de que hablara, quizá diciéndole que le perdonarían la vida. Manzella confesó que le había mencionado el asunto a Fazio y lo mataron.

—Y después decidieron liquidar a Fazio.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Augello.

—Dos cosas urgentes. La primera es trasladar a Fazio a un lugar seguro, un lugar que nadie debe saber.

—¿En qué sitio estás pensando?

—Haz una cosa. Ve enseguida a ver al jefe superior, ahora mismo, cuéntale el asunto de Manzella, y dile también que ya han intentado llegar hasta Fazio en el hospital de Fiacca.

—¿Le propongo montar un servicio de vigilancia?

—No. Quiero que lo trasladen a una de nuestras enfermerías.

—Sí, pero mientras tanto, ¿qué?

—Hoy voy a ir a verlo y me quedaré todo el tiempo posible. Además, hablé con dos agentes que están de guardia a pocos metros de la puerta de su habitación. Por esta noche podemos estar tranquilos.

—¿Y la segunda?

—¿Te acuerdas de Rizzica, el que vino a decirnos que sospechaba de la tripulación de uno de sus pesqueros?

—Me acuerdo perfectamente.

—Cítalo para mañana a las doce. Ya hemos perdido bastante tiempo. Quizá deberíamos haberle hecho caso antes. Ah, ahora que lo pienso, habría que avisar a la señora Ernestina.

—¿Quién es esa?

—La exmujer de Manzella.

—¡Uf, vaya latazo! Se pondrá a llorar y lamentarse, y a mí esas escenas...

—Tranquilo, Mimì. Ya estaban tramitando el divorcio y ella tiene otra pareja con quien va a casarse. No podrías darle una noticia mejor. Llévala a que reconozca el cuerpo.

—Pero ¡si está irreconocible!

—Mimì, en primer lugar, una mujer reconoce al hombre con el que ha estado casada dieciocho años. Y en segundo lugar, a esta en concreto le conviene reconocerlo, créeme.

—Voy inmediatamente a hablar con el jefe superior.

En la *trattoria* de Enzo tomó una comida ligera. Renunció a la pasta y comió solo unos entrantes y tres salmonetes fritos. Volvió a la comisaría apenas pasadas las dos.

—Cataré, me voy a Fiacca. Me llevo el móvil porque no volveré por la tarde. Si necesitáis algo, llamadme. Nos vemos mañana por la mañana.

Se dirigió hacia el aparcamiento y se cruzó con Gallo.

—Estoy listo, *dottore*.

—Voy a Fiacca solo, gracias.

—Pero ¿por qué? ¡Ya se me ha pasado el sueño! ¡Esta noche he dormido bien!

—Me acompañas mañana por la mañana, ¿vale?

Montalbano tardó un poco en dejar el coche como él quería en el aparcamiento del hospital; necesitaba que quedara escondido detrás de todos, casi ilocalizable. Sacó la pistola de la guantera y se la guardó en el bolsillo. Después recorrió los diez minutos de camino que lo separaban de la entrada principal. Llegó a las cuatro y veinte. Angela no estaba en las inmediaciones del mostrador, así que tenía que buscar solo la habitación de Fazio. Esa vez, sin embargo, le resultó bastante fácil, pues delante del ascensor de la sexta planta aún había dos agentes de guardia, a los que tuvo que mostrar su identificación. Había otros dos delante de las habitaciones de los de la comisión antimafia, pero no eran los mismos del día anterior. Llamó con suavidad a la puerta 14 y no obtuvo respuesta. Llamó más fuerte. Nada. Entonces accionó el pomo y entró.

La habitación estaba vacía; la cama, hecha; de las cosas de Fazio no había ni rastro. Salió, cerró y se acercó a los dos agentes con la identificación en la mano.

—Soy el comisario Montalbano. ¿Saben si han llevado a otro sitio al paciente que estaba en la habitación catorce?

—Sí, hace casi una hora, en camilla. Llevaba la cara completamente vendada. A su lado iba una mujer que le sujetaba la mano.

Se le encogió el corazón. ¡A ver si es que Fazio había tenido alguna complicación!

—¿Adónde lo han llevado?

—No lo sabemos.

No le quedaba otra que ir a preguntar a información. Montó en el ascensor y fue a la planta baja.

—Oiga, un amigo mío que estaba en la sexta planta... — empezó a decirle a la enfermera de más edad.

Ella lo interrumpió.

—¿Es usted el comisario Montalbano?

—Sí.

—El *professore* Bartolomeo lo espera.

—¿Está grave? —preguntó Montalbano, empezando a sentir sudores.

—¿Quién?

—Mi amigo.

—No sé nada.

—¿Sabe adónde lo han llevado?

—Le repito que no sé nada. Hable con el *professore*.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

—Espere un momento. —Descolgó el teléfono, habló bisbiseando y colgó —. Cuarta planta, puerta dos.

Obviamente, se equivocó de ascensor, se equivocó de pasillo y se equivocó de despacho. Por fin, gracias a Dios, llamó a la puerta correcta. Bartolomeo era un sexagenario alto y elegante, de aire cordial, que se levantó al verlo entrar.

—¿Cómo está Fazio? —le preguntó Montalbano a bocajarro.

—Perfectamente.

—Entonces, ¿por qué...?

—Siéntese, comisario. Se lo explicaré todo. Hace más de una hora me telefoneó Bonetti-Alderighi, que es amigo mío. Me informó del gran peligro al que está expuesto el paciente Fazio y me rogó que lo instalara en un lugar seguro en espera de trasladarlo a una de sus enfermerías, así como que mantuviera el cambio en el mayor secreto. Así que fui a sacarlo yo mismo, le vendé la cara para que resultara irreconocible y, con la ayuda de su mujer y la enfermera que ya se ocupaba de él...

—¿La arisca?

—Sí. ¡Ojalá hubiera muchas como ella! Como decía, con la ayuda de su mujer y la enfermera, lo llevé a una de las tres habitaciones del ático, que servirán, cuando estén terminadas, de hospedería. La puerta de acceso al ático está cerrada con llave y la llave la tiene la enfermera. ¡Mejor imposible! Naturalmente, el jefe superior me dijo que lo pusiera al corriente en cuanto usted llegara.

—Ha sido muy amable, *professore*. Si me indica cómo llegar al ático...

—Voy a avisar a la enfermera de que va a ir, para que le abra la puerta cuando llame. Es muy fácil llegar, ahora se lo explico.

Se lo explicó y Montalbano no entendió ni jota. Pero le daba vergüenza pedir más aclaraciones, de modo que le dio las gracias, se despidió y se fue.

«Pensemos con calma —se dijo—. Ateniéndonos a la lógica, ático significa construcción que se encuentra en el último piso. Así pues, para llegar al ático, lo primero es acceder al sexto piso. O sea, volver al sitio de antes».

Al sexto piso llegó con facilidad. Los dos agentes lo reconocieron y lo dejaron pasar. Pero ahí empezó el problema. Tras media hora recorriendo todos los pasillos y abriendo y cerrando todas las puertas de la planta ante los ojos cada vez más recelosos de los agentes, que empezaban a preguntarse si aquel comisario era un verdadero comisario, tuvo que rendirse a la evidencia y aceptar la amarga verdad: no existía ninguna escalera o ascensor que llevara al ático desde allí. Se dirigió a la planta baja para pedir información, y entonces vio a Angela hablando con un hombre. Angela también lo vio a él y le indicó con una seña que esperara. Luego, tras despedirse del hombre, se acercó a Montalbano sonriendo.

—¿Estamos en las mismas?

—Pues sí.

—¿No sabe llegar al sexto?

—El caso es que...

Se interrumpió. Angela no sabía que habían trasladado a Fazio de habitación. Y él no podía decírselo; cuantas menos personas lo supieran, más seguro estaría Fazio. ¿Y ahora cómo salía de esa? Pero fue Angela quien acudió en su ayuda.

—Espere, me parece haber oído que el *professore* Bartolomeo ha mandado trasladarlo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y usted sabe adónde lo han llevado?

—Puedo informarme. Quédese aquí.

Vio a Angela acercarse al mostrador, hablar con la mujer mayor y volver hacia él sonriente.

—Venga conmigo. ¿Cómo quedamos para después?

—Dígame usted.

—Preferiría que no saliéramos juntos del hospital.

—¿A qué hora dijo que acaba su turno?

—A las seis y media. A las siete menos cuarto como mucho estaré preparada.

—Se me ha ocurrido una idea. Le doy ahora las llaves de mi coche y el número de matrícula. Es BC342ZX. Usted sale por su cuenta y se mete en mi coche, y yo me reúno con usted unos minutos más tarde. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Hemos llegado.

Se había detenido delante de un ascensor al final de un pasillo interminable. Sobre la puerta ponía: «¡Averiado! ¡Peligro!».

—Pero ¡si no funciona! —exclamó Montalbano.

—Sí, sí que funciona.

La enfermera pulsó el botón y la puerta se abrió.

—Este es el ascensor que lleva directamente al ático. Hay una sola puerta en el rellano. Toque el timbre. Hasta luego.

* * *

Tocó el timbre, e inmediatamente oyó la voz de la guardiana de Alcatraz.

—¿Quién es?

—Montalbano.

El comisario se sintió observado a través de una mirilla. A continuación la puerta se abrió y vio un pasillo.

—La primera a la derecha —dijo la carcelera—. Diez minutos.

Fazio ya no estaba acostado. Llevaba una especie de pijama y pantuflas, y estaba sentado en un balcón desde el que se veía el mar. Le habían reducido el vendaje a la mitad.

—¿Y tu mujer?

—Acaba de marcharse —respondió Fazio—. ¿Me explica qué está pasando?

—Hemos tenido que adoptar medidas de seguridad.

—¿Por qué?

—¿Sabes que en los pozos encontramos dos cuerpos?

—¿Dos? Yo solo sabía lo del que arrojé yo mismo.

—Ya me imaginaba que habías sido tú.

—Los dos tipos me agarraron para tirarme, y el que iba armado dejó la pistola en el borde. Pero yo, todavía no sé cómo, le di un empujón con todas mis fuerzas y, como él tenía medio cuerpo asomado al pozo, perdió el equilibrio y cayó. Entonces me apoderé de la pistola. El de la cicatriz en la cara echó a correr; yo le disparé, pero estaba muy mal y no le di. Fue espantoso, créame. No recordaba quién era, por qué me encontraba en aquellos parajes...

—De eso hablaremos otro día. Te estaba diciendo que, buscándote, encontramos un primer cadáver. Esta mañana he descubierto que era el de tu amigo Manzella. Estaba allí desde hacía por lo menos cinco días.

Fazio se quedó pálido.

—¿Por eso usía cree que volverán a intentar matarme a mí también?

—¿Acaso lo dudas? ¿No ha venido ya a buscarte el de la cicatriz aquí, al hospital? ¿Creías que venía a interesarse por tu salud? Mañana o pasado el jefe superior hará que te trasladen a una de nuestras enfermerías, así estaremos todos más tranquilos. Mientras tanto, toma esto.

Le tendió la pistola. Fazio la metió bajo la almohada.

—Procura que no la vea la guardiana, que esa igual te la quita.

—Después la esconderé mejor.

—Tengo que hacerte una pregunta importante, así que piensa bien antes de responder.

—Vale.

—¿Por casualidad te dio Manzella su dirección en Vigàta?

—Sí. Me la dio una vez que quería que fuese a verlo pero después cambió de idea. Lo que pasa es que ahora mismo no la recuerdo.

—¿No sería quizá via della Forcella?

Fazio no vaciló:

—No, no era esa. Era... era...

—No te esfuerces; ya te volverá a la mente. ¿Te acuerdas del número de mi móvil?

—Sí, señor.

—Si recuerdas dónde vivía Manzella, llámame en cualquier momento, aunque sea de noche. Y ahora cuéntamelo todo con calma desde el momento en que te dispararon.

Y Fazio se lo contó.

Como había salido de casa mucho antes de la hora en que había quedado con Manzella, y como cuando recibió la llamada aún no había cenado, entró en una *trattoria* y cenó tranquilamente. Hasta jugó una partidita con unos amigos con los que se encontró en el local. Pasada la medianoche, fue al puerto y se puso a pasear arriba y abajo por el muelle central, en la parte de los almacenes frigoríficos. Era el momento de más actividad. Los pesqueros llegaban, desembarcaban la pesca y volvían a irse, y se iban también los camiones frigoríficos cargados de pescado. Paseó hasta que empezaron a dolerle las piernas, pero no vio a Manzella. Hacía las tres de la madrugada, cuando ya quedaba poca gente por allí, decidió volver a casa. Al llegar a la altura del varadero oyó un disparo de revólver y notó que la bala pasaba rozándolo. No podía seguir hacia delante; se habría acercado más al que lo había escogido como blanco. Así que dio media vuelta y echó a correr hacia los almacenes, perseguido por el tirador.

—¿Había gente?

—Me pareció ver a alguien.

—¿Y no te ayudaron?

—¿Está de broma?

—Continúa.

Su intención era llegar hasta el final del muelle y refugiarse en la caseta de los prácticos. Pero no le dio tiempo, porque un segundo disparo lo alcanzó de refilón en la nuca. Cayó y se golpeó la cabeza con una piedra. Volvió en sí un instante: se hallaba dentro de un almacén frigorífico que no estaba en funcionamiento.

—El de Rizzica.

—No lo conozco.

—Yo sí. Continúa.

Después recobró nuevamente el sentido en el fondo de una barca; seguramente estaban llevándolo desde el muelle central hasta el de poniente.

—No entiendo por qué me subieron a una barca.

—Yo te lo explico. En el maletero de un coche habría sido peligroso. Algunas veces el agente de servicio de la Policía Fiscal ordena abrirlo.

Luego se dio cuenta de que iba en un coche. A continuación lo despertaron a tortas y lo obligaron a andar. Eran dos.

Llegaron a un abrevadero, y uno de los hombres la emprendió a hostias con él porque quería saber qué le había dicho Manzella. Pero él no se acordaba ni de quién era el tal Manzella. A decir verdad, no recordaba ni quién era él, Fazio. Finalmente lo llevaron junto a un pozo con la intención de echarlo dentro. Cuando escapó el tipo al que él había disparado, sonó el coche poniéndose en marcha. Él se puso a andar sin saber adónde ir y encontró un túnel. Entró, pero al cabo de un momento oyó que se acercaba un coche. Seguro que era el tipo que lo perseguía. Y él le disparó. Después despertó en el hospital.

—Nadie te perseguía en un coche por el túnel.

—Le juro que...

—El coche que entró en el túnel era el nuestro con Gallo al volante y yo a su lado.

—Entonces, ¿disparé contra ustedes?

—Exacto. Pero, por suerte, estabas mal y no nos diste.

—¡Virgen santa! —exclamó Fazio—. ¡Podía haberlos matado!

La puerta se abrió y asomó la cómitre, la kapo.

—Se acabó el tiempo.

—En cuanto recuerdes esa dirección, llámame, por favor.

Una vez en el ascensor, Montalbano miró el reloj. Entre una cosa y otra, faltaba poco para las seis. En la planta baja estaba el bar. Se sentó a una mesa; la hora de las visitas había pasado y ya no había nadie.

—¿Desea tomar algo? —le preguntó el barman. Y añadió —: Dentro de media hora cerramos.

Por lo visto, el camarero también se había ido.

—Sí, un J&B sin hielo.

Fue a buscarlo a la barra, se lo llevó a la mesa y se lo bebió a pequeños sorbos para pasar el rato. Al tercer sorbo sintió que lo invadía una especie de melancolía.

«Si no te sientes con ánimos, hago que llames a Angela, y tú te inventas una excusa cualquiera y te vuelves a Vigàta», dijo Montalbano segundo.

«Angela no tiene nada que ver con esto, o tiene que ver mínimamente», contestó Montalbano primero.

«¡De eso nada! ¡Angela es la causa principal de esa melancolía, y tú lo sabes perfectamente!», repuso Montalbano segundo.

A las seis y veintinueve pagó y salió. Se puso a caminar arriba y abajo mientras se fumaba tres cigarrillos uno detrás de otro. Luego se encaminó despacio hacia el aparcamiento ya medio vacío, tanto que su coche quedaba a la vista. No le pareció ver a nadie dentro, pero cuando estuvo a poca distancia advirtió el brillo del pelo rubio de Angela. La joven ocupaba el asiento del pasajero totalmente echada hacia delante para que no se le viera la cara.

—Tutéeme —pidió ella.

—Entonces tutéame tú también a mí.

—Disculpe, pero no me sale.

—¿Por qué?

—Hay demasiada diferencia de...

—¿Edad? —preguntó Montalbano.

—¡No! ¡Qué dice! Quería decir que hay demasiada diferencia de... posición, eso.

—¿De posición social? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Exacto.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—¡Ya lo creo que la tiene!

—Oye, Angela, imagina que soy un paciente tuyo muy enfermo, ¿me hablarías de tú o de usted?

—Pues... posiblemente de tú.

—¿Lo ves? Haz como si fuera un paciente al final de su vida.

Angela se echó a reír.

—Me has convencido. Pero no vayas a pensar que deseo ponerme a jugar a médicos contigo.

Lo dijo medio en serio y medio en broma. Esa vez fue Montalbano quien se echó a reír.

13

- ¿Tienes algún problema para cenar?
—¿En qué sentido?
—¿Comes de todo o estás a dieta?
—Como de todo y tengo siempre mucho apetito.
—¿Te gusta el pescado?
—Muchísimo.
—¿Te molesta si fumo?
—No. Dame uno; voy a fumar yo también.
—¿A qué hora entras mañana a trabajar?
—Tengo el turno de tarde-noche.
—Entonces puedes retirarte tarde.
—Desde luego. —Y esbozó una ligerísima sonrisa.
—Me parece haber entendido que no tienes novio.
—Lo tenía hasta hace unos días.
Lo dijo en un tono que despertó el interés de Montalbano.
—¿Te ha dejado él o lo has dejado tú?
—Ha sido él.
—¿Cómo ha tenido el valor?
—No entiendo lo que quieres decir.
—Hace falta tener mucho valor para dejar a una chica como tú. ¿Estabas enamorada?
—Sí.
—Pero él no de ti.
—¡Sí, él también lo estaba!
—Entonces, ¿por qué lo habéis dejado?

Estaba claro que el tema no le resultaba agradable. Montalbano se dio cuenta de que había tocado un punto débil.

—No siempre... —empezó ella.

—Continúa.

—No siempre las cosas dependen de nuestra voluntad.

Había que insistir.

—¿Quieres decir que se ha visto obligado a dejarte, en cierto modo?

—Sí.

—¿Y no puedes hacer que cambie de idea?

—Ya no puede cambiar de idea.

—¡Tú insiste!

—Pero ¿no entiendes que...? —dijo Angela en tono desesperado.

Montalbano había dado en el blanco, pero hizo como si no lo hubiera advertido.

—¿Se ha casado con otra?

—¡Ojalá! Por favor, cambiemos de tema.

—Pero ¡si estás llorando! Perdóname; no pensaba que...

Era un auténtico canalla. La había llevado al borde de las lágrimas y ahora fingía no haber pensado en las consecuencias de sus preguntas.

—¿Adónde me llevas?

—A un restaurante a orillas del mar donde sirven tal cantidad de entrantes de pescado que te aconsejo que te saltes el primer plato.

—¡Qué maravilla! ¿Cuánto falta todavía?

—Una media hora.

—¿Está cerca de tu casa?

—A diez minutos.

—¿Es bonita tu casa?

—Lo bonito es la situación. Tiene una galería que da a la playa donde paso horas.

—¿Me llevarás a verla luego?

—Si quieres...

—Puedes invitarme a tomar un *whisky* en la galería.

—Lo siento por tu amigo —dijo Angela—, pero me alegro de que nos haya dado la oportunidad de conocernos. ¿Cómo está?

—Mejora a ojos vista.

Sacas tú, Angela.

—Me han dicho que ha perdido la memoria, ¿es cierto?

Como inicio de partida estaba bien.

—Desgraciadamente, sí.

Te toca otra vez a ti, Angela.

—¿La está recuperando?

Bola directa, precisa.

—Ese es el problema.

—¿En qué sentido?

—Empieza a recordar, pero confusamente y con mucha lentitud. Mira si es así, que sigue sin comprender por qué se encontraba en el puerto cuando le dispararon.

—¡Pobrecillo! Entonces, ¿de qué habláis cuando vas a verlo?

—De lo poquísimo que recuerda. La memoria le funciona de un modo extraño. Recuerda gestos, situaciones, pero no las caras de las personas, y tampoco sus nombres.

—¿Qué dice el *professore* Bartolomeo?

—Que hará falta mucho tiempo.

—¿Por qué ha ordenado que lo trasladen al ático?

Error. Una pregunta que no deberías haber hecho, Angela.

—El Jefe superior de policía le ha pedido que dé la máxima protección a mi amigo. Teme que alguien pueda atentar contra su vida.

—Pero ¡si no recuerda nada!

Óptima la entonación de estupor.

—Ya, pero el problema es que los que quieren matarlo no lo saben.

—¡Es un sitio precioso! Sentémonos lo más cerca posible del mar.

—Oye, ¿no te estoy causando mala impresión?

—¿Por qué?

—Porque estoy comiendo como una... Pero es que no puedo resistirme a estos entrantes.

—A mí me gustan las mujeres que comen. ¿Pido otra botella?

—Sí.

—¡Y no te digo en el hospital! Había un médico en Urgencias (por suerte ya no está) que no me dejaba un momento en paz. Una vez me pilló por sorpresa y pretendía hacer el amor delante de un moribundo... Decía que la situación lo excitaba... Y un día un paciente, el presidente de un tribunal, mientras estaba agachada...

—No, no quería ser enfermera; quería licenciarme en Medicina, pero mi padre murió, la pensión apenas llegaba para mi madre y para mí, así que... Como te decía antes, a menudo nos vemos obligados a hacer lo que no queremos...

—¿Y tú lo has hecho a menudo?

Empieza el juego duro, Angeli.

—¿El qué?

Lo sabes perfectamente, solo quieres ganar tiempo.

—Cosas que no querías hacer.

—Algunas veces.

—¿Y te ha ocurrido alguna vez que has hecho una cosa contra tu voluntad pero al final te ha resultado agradable?

Ella no contestó enseguida. Había comprendido que la respuesta era importante.

—Dos o tres veces.

Pasemos al ataque directo.

—¿Y esta noche?

—No te entiendo.

¿Quieres ganar más tiempo, Angela?

—¿Crees que acabará de un modo agradable?

—Podré decírtelo cuando haya acabado.

Hacía ya un rato que no reía.

—Pero, de momento —continuó—, todo es muy agradable.

Montalbano no abrió la boca. Siguió hablando ella.

—Por otra parte, nadie me ha obligado a salir contigo.

Precisión hecha un poco fuera de tiempo.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Sí.

—¿Te acompaño a Fiacca?

—No.

—¿Quieres venir a mi casa?

—Sí.

Montalbano encendió el motor, pero no se puso en marcha enseguida. Se agachó para mirar el interior del coche como si hubiera perdido algo.

—¿Qué buscas?

—Me parecía que...

Y salió disparado, tanto que Angela dio una sacudida contra el respaldo. Por el retrovisor, el comisario vio que el coche azul metalizado que los había seguido desde Fiacca salía del aparcamiento y se apresuraba a ir tras ellos. Todo encajaba. Empezó a disminuir la velocidad.

A la altura de la Scala dei Turchi aminoró más la marcha. Ahora iba a unos veinte por hora y recibía insultos de todos los automóviles que lo adelantaban. El pobre coche metalizado, que tenía un motor potente, padecía manteniéndose detrás de él a aquel paso. Angela tenía la cabeza vuelta hacia el mar y no decía ni pío. De pronto, Montalbano apartó la mano derecha del volante y la puso sobre el muslo izquierdo de la chica, la cual no se movió. Al cabo de un momento, la mano avanzó y se metió entre las piernas, que Angela mantenía apretadas. Tampoco esta vez rechistó.

En cuanto entraron en casa, sin hablar, Montalbano la cogió por la cintura con las dos manos y la estrechó contra sí. Angela no respondió al abrazo, pero dejó que su cuerpo se pegase al de él.

Sin embargo, cuando Montalbano buscó sus labios, ella apartó la cabeza hacia un lado.

—¿No quieres que te bese?

—Sí, pero en la boca no, por favor.

—Como quieras —dijo Montalbano, empezando a acariciarle los pechos.

Al cabo de un momento ella preguntó:

—¿Me invitas a ese *whisky* en la galería?

* * *

—Me pasaría toda la noche sentada aquí.

Iba por el segundo *whisky*. Estaba sentada en el banco al lado de Montalbano y tenía la cabeza apoyada en su hombro. El cielo, estrellado como raras veces había visto el comisario, estaba terso, brillante. Un hombre con sombrero había pasado poco antes caminando despacio por la orilla del mar. Ellos dos, en la galería, estaban iluminados como actores en un escenario, pero en ningún momento el hombre había vuelto la cabeza en su dirección.

«Eres un imbécil —pensó Montalbano—. Cualquier paseante normal habría mirado».

Era el que conducía el coche metalizado o su acompañante.

—¿Entramos?

—¿Puedo tomarme antes otro *whisky*?

—¿El tercero? No. Después del vino que has bebido cenando, te emborracharías.

—¿Y a ti qué más te da?

—No me gusta hacer el amor con una mujer bebida.

Angela soltó un largo suspiro.

—Está bien, entremos.

Mientras se levantaban, otro hombre, este sin sombrero, pasó despacio por la orilla del mar. ¡Qué tráfico había esa noche en la playa! Pero este segundo, a diferencia del primero, se paró y los miró.

—Este es el dormitorio y ahí está el baño.

Oyó el móvil, que había dejado encima de la mesa del comedor.

—Voy a contestar. Mientras tanto, tú desnúdate.

Le pasó una mano acariciadora por las nalgas y salió.

* * *

Para contestar, fue a la galería.

—Diga...

—*Dottore*, soy Fazio.

—¿A estas horas?

—*Dottore*, usted me dijo que podía llamarlo a cualquier hora.

—No; si lo decía por ti. ¿Cómo es que no estás durmiendo?

—Me ha entrado insomnio.

—Vale. ¿Qué querías decirme?

—Me he acordado de la dirección de Manzella. Via Bixio, veintidós.

—Gracias. Intenta dormir.

El hombre de la playa seguía allí mirando. Montalbano apagó la luz exterior y cerró la cristalera.

Angela no se había desnudado. Estaba sentada en el borde de la cama y se miraba los zapatos.

—¿Prefieres que te desnude yo?

—¿No te enfadarás si te digo una cosa?

—Dila.

—Se me han pasado las ganas.

—Está bien. ¿Te pido un taxi?

Ella se quedó desconcertada. No se esperaba que Montalbano soltara el hueso tan deprisa. Pero enseguida se repuso y dijo:

—¿Puedo quedarme un poquito más aquí?

No podía salir de la casa demasiado pronto. A los ojos de quien la esperaba, eso significaría que había fracasado.

—Aquí no. Volvamos a la galería.

—No. Fuera tengo frío.

Sentarse en la galería, a la vista del tipo que estaba vigilando, querría decir que no había conseguido su propósito.

—Mira, si nos quedamos en el dormitorio, para mí la situación se vuelve cada vez más difícil. ¿Comprendes?

—Sí, pero...

—Podemos hacer un trato.

—¿Cuál?

Ánimo, Montalbá, dilo. Cuanto más vulgar seas, antes se derrumbará la chica.

—Me haces un trabajito con la boca y deajo que te vayas.

—¡No!

—Explícame entonces por qué te has mostrado en todo momento tan disponible. Entre otras cosas, eres tú quien ha propuesto venir a mi casa, y ahora...

Todavía más vulgar, Montalbá.

—... y ahora no quieres bajarte las bragas y abrirte de piernas.

Ella se sobresaltó y se puso una mano sobre la mejilla izquierda, como si la hubieran abofeteado.

—Se me han pasado las ganas, ya te lo he dicho.

La excusa es débil, Angeli. Pero finjamos que funciona.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Te acompañaré a Fiacca.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—¿No podría ser... dentro de una hora?

—¿El tiempo necesario para hacer creer que hemos echado un polvo?

Ella se puso en pie de un salto.

—Pero ¿qué dices? ¿A quién tendría que hacérselo creer?

—Siéntate.

—No.

La agarró de un brazo y la tumbó en la cama. Ella se levantó a medias y permaneció apoyada con los brazos estirados y los puños cerrados.

—Se acabaron las tonterías. Si no quieres por las buenas, será por las malas.

—Por favor...

—Has comido y bebido a mi costa, ¿y ahora me sales con que se te han pasado las ganas? ¿Pensabas que podrías tomarme el pelo? ¡Al vejestorio este lo manejo yo a mi antojo! Pensabas eso, ¿verdad, puta? ¡Pues te equivocabas, y ahora te vas a enterar!

Más por el tono, Angela debió de asustarse por el repentino paso al dialecto. Lo miró como si lo viera por primera vez.

—Cre... creía que eras distinto.

—¡Mal hecho!

Furioso, en un visto y no visto se quitó chaqueta y camisa y se quedó con el torso desnudo. Se sentía ridículo, y probablemente lo era; se avergonzaba de lo que estaba haciendo, pero la comedia debía continuar hasta que ella perdiera el control.

—Quítate la blusa y el sujetador.

Angela obedeció sin bajar de la cama. Por un momento, Montalbano se quedó extasiado viendo sus espléndidos pechos.

—Ahora lo demás. ¡Venga!

Ella se levantó y, dándole la espalda, se quitó los pantalones.

Por un instante, Montalbano se sintió un doble de san Antonio.

—Las bragas también.

En cuanto se las bajó, Montalbano se puso detrás de ella, se desabrochó la bragueta haciendo el máximo ruido posible con la cremallera y agarró a Angela por las caderas.

—Inclínate.

Ella se apoyó en el respaldo de la silla. Montalbano la sentía temblar bajo sus manos. De pronto, la chica hizo un ruido extraño con la boca, como si hubiera contenido una arcada.

—Vístete —dijo el comisario, sentándose en el borde de la cama.

Mientras ella se ponía los pantalones, él observó su espalda, sacudida por los sollozos.

—¿Acabamos de una vez con esto y hablamos en serio?

—Vale —contestó Angela, sorbiendo por la nariz como una niña.

—Me di cuenta de que había algo raro ya en nuestro primer encuentro. Cometiste un gran error.

—¿Cuál?

—Me preguntaste a quién buscaba, y yo te contesté que a un amigo al que habían operado de la cabeza y que se llamaba Fazio. Entonces tú me llevaste sin vacilar a la cuarta planta.

—¿Y adónde iba a llevarte? ¿Sabes cómo están organizados los hospitales? Por áreas. Si tú me dices que a tu amigo lo han operado de la cabeza, yo ya sé que está ingresado en la cuarta planta, en el área del *professore* Bartolomeo.

—Hasta ahí, perfecto. Pero ¿cómo sabías que estaba en la habitación seis? No le preguntaste a nadie; me llevaste directamente a la puerta exacta. ¿O pretendes que crea que te sabes de memoria dónde están los trescientos pacientes del hospital?

La joven se mordió el labio y no replicó.

Estaban sentados en el comedor, con la cristalera cerrada.

Angela había ido al baño a refrescarse un poco. Y el comisario se había puesto la camisa y también se había lavado la cara, sudada después de la escena que había interpretado.

—Aquel mismo día, después de comer, fui con mi coche en vez de con el oficial, como había hecho por la mañana. Pero tú sabías que había ido con el mío. Lo mencionaste cuando hablamos de cómo venir a Vigàta. ¿Cómo lo sabías? El aparcamiento queda lejos del hospital, desde las ventanas no se ve, así que alguien tuvo que informarte. ¿Es así?

Angela asintió con la cabeza.

—Otro error: la mujer del mostrador de información no tenía ni idea de adonde habían trasladado a Fazio. Tú, ante mis ojos, te dirigiste a ella para informarte, y luego me acompañaste hasta el ascensor que lleva al ático. Por

tanto, ya sabías adonde habían llevado a Fazio, pero hiciste un poco de teatro para convencerme de que la información te la daba la empleada. ¿Es así?

—Sí.

—Último error, mayor que los otros. Cuando te entregué las llaves de mi coche, que había dejado en un sitio difícil de encontrar, te di un número de matrícula distinto del mío. Cuando llegué, te encontré dentro. Señal de que conocías tan bien mi coche por la descripción que te habían hecho que ni siquiera miraste la matrícula.

Montalbano se sirvió un poco de *whisky*.

—Ponme un poco a mí también. Te aseguro que ya no estoy en condiciones de emborracharme — dijo Angela.

Él se lo puso.

—¿Cómo han conseguido involucrarte en este asunto?

Ella apoyó la cabeza en las manos y no respondió.

14

—Eres una buena chica, estoy seguro. ¿Quieres que te diga yo cómo te han convencido?

—No puedes saberlo.

—Probaré, a ver si acierto. Tú solo contesta sí o no a una pregunta: ¿has perdido a tu novio porque murió al caer en un pozo?

Angela, echándose de golpe hacia atrás, abrió los ojos como platos y murmuró algo, pero el comisario no entendió lo que decía. La sorpresa la había dejado pálida y sin resuello. Intentó hablar de nuevo.

—Pe... pero... ¿cómo has...?

—No te preocupes; ya me has respondido. Ahora puedo continuar. Un amigo de tu novio fue a decírtelo, uno que trabajaba con él, uno con una cicatriz en la cara. Te contó que era Fazio quien lo había matado y que querían vengarlo. Y que tu obligación era participar en la venganza. Lo único que tenías que hacer era decirle en qué planta estaba Fazio y el número de su habitación. Y tú aceptaste.

—Pero...

—Lo sé, solo le dijiste la planta, no el número de habitación. Cambiaste de opinión, ¿verdad?

—Sí; no quería que lo... En un primer momento estaba furiosa y desesperada; luego pensé que aquel hombre solo había cumplido con su deber.

—¿Tú sabías que tu novio...? ¿Cómo se llamaba?

—Como yo: Angelo. Angelo Sorrentino.

—¿Sabías que tu novio se dedicaba a lo que se dedicaba?

—Él nunca me habló de eso. Pero hace unos meses que yo había empezado a sospechar.

—¿Cómo se llama el de la cicatriz?

—Vittorio Carmona.

—¿Está ahí fuera en el coche?

—Sí.

—¿Y el que va con él quién es?

—No lo sé.

—Después le dijiste a Carmona que no querías saber nada más de este asunto y él te chantajeó. ¿Acierto?

—Sí, me espetó que escribiría una carta diciendo que fui yo quien lo había introducido en el hospital porque era la novia de Angelo. Y que, si eso no bastaba para convencerme, me mataría.

—¿Qué te ordenaron hacer esta noche conmigo?

—Que me acostara contigo y te hiciera hablar.

—¿Qué querían saber?

—Qué recordaba Fazio y si había dado nombres.

—Pero yo ya te he contestado a eso en el restaurante, así que no hacía falta que te acostaras conmigo.

—No. Te equivocas; no ha sido por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—De repente he pensado en Angelo. Y no he podido. Además...

—Te has dado cuenta de que no eras capaz de hacer el papel de Judas.

Angela no contestó. Le temblaba la barbilla.

—¿Solo querían eso?

—No. —Se había sonrojado, parecía avergonzada.

—Vamos, habla.

—Me da vergüenza.

—Entonces te lo digo yo. Querían que te comportaras de manera que me prendara de ti, de tu cuerpo, y que la relación continuase para estar informados, a través de ti, de los movimientos de la policía.

—Debía ser puta de la cabeza a los pies. ¿Y ahora qué les digo? Carmona me matará.

—Les dirás lo que yo voy a decirte. Escúchame bien.

Hacia las nueve se fue a la comisaría muerto de sueño. A las cuatro de la madrugada había salido de casa de la mano de Angela y, para uso y consumo de posibles espectadores-controladores, se habían dado un largo beso antes de subir al coche, estrechamente abrazados. Como dos amantes a los que la noche se les hubiera hecho corta. Pero al sentir los labios de Angela sobre los suyos, Montalbano comprendió que aquel beso no era solo teatro, sino que en él había también calor de gratitud y afecto. Notó cómo la sangre circulaba por sus venas y que la cabeza le daba vueltas.

—¿Me dejas conducir?

El comisario le cedió el volante encantado porque, después de aquel beso, había recordado los pechos desnudos de la chica y habría sido peligroso. Habría tomado todas las rectas por curvas.

La carretera estaba vacía. Angela conducía bien y rápido. El coche metalizado ya no los seguía. Debían de haberse ido a cierta hora, convencidos de que Angela y él estaban de revolcón en revolcón. Aun así, la joven tardó una hora y cuarto. En cambio, el comisario hizo el camino de regreso en una hora y cincuenta minutos. Ya en Marinella, se dio una ducha tan larga que casi acaba con el agua. Luego se bebió cinco cafés seguidos y se marchó a la comisaría.

Antes de que tuviera tiempo de aparcar, oyó la voz de Catarella, agitadoísimo.

—¡Ah, *dottori*, *dottori*! ¡Ah, *dottori*! — exclamaba, corriendo hacia el coche.

La cosa debía de ser seria. Montalbano no se tomó la molestia de apearse.

—¡Jesús, la de tiempo que llevo llamándolo! ¡Pero usía tiene el teléfono de casa desconectado y el móvil apagado!

—Sí, vale, ¿qué ha pasado?

—¡Han matado a una mujer!

—¿El doctor Augello ha ido al lugar del suceso?

—Sí, señor *dottori*. Ha sido él personalmente en persona quien me ha dicho que le diga a usía personalmente en persona que en cuanto llegue se reúna con él urgentísimamente. ¡Eso me ha dicho que le diga!

—Dame la dirección.

Catarella buscó en sus bolsillos.

—Me la escribió en un papel que no encuentro. ¡Ah, aquí está! Pero no se lee bien. Se trata de via della Forchella o della Forchetta, número trece.

Debía de ser via della Forcella.

—Voy inmedia... —Se interrumpió en seco al recordar quién vivía en aquella calle.

Cuando llegó, había un barullo tremendo. Una treintena de personas delante del portal, mantenidas a raya por las amenazas y los reniegos de dos guardias municipales, las televisiones, los periodistas... Todos los balcones del vecindario abarrotados de gente asomada y alterada. Paró, bajó y se abrió paso a base de codazos e improperios. Un periodista lo agarró de un brazo.

—¡Díganos qué piensa!

—¿Y usted?

El tipo se quedó desconcertado y Montalbano pudo seguir adelante. El cadáver estaba medio fuera y medio dentro del portal, mal tapado con una sábana ensangrentada. Galluzzo se precipitó a su encuentro.

—La muerta es la portera del edificio. Matilde Verruso. Cincuenta y cuatro años.

—¿Cómo ha sido?

—Esta mañana temprano, en cuanto abrió la puerta de la calle, le dispararon desde el interior de un coche que se dio a la fuga.

—¿Hay testigos?

—Uno que vive en el tercer piso. Estaba sentado junto al ventanal y...

—Quiero interrogarlo más tarde. ¿Dónde está Augello?

—Dentro.

El comisario dio dos pasos y volvió atrás.

—Oye, pero si le dispararon a primera hora de la mañana, ¿por qué el cadáver sigue aquí?

—Porque, casi al mismo tiempo que a esta desdichada, mataron también al alcalde de Gallotta y todos han acudido allí. Pero llegarán dentro de un cuarto de hora como mucho.

Claro, la política tenía prioridad. Entró en la portería. Se oía roncar a alguien.

—¿Quién está durmiendo? —le preguntó a Mimì.

—El marido. Borracho como una cuba.

—Oye, ¿dónde podría encontrar la llave del apartamento de Manzella?

—No hace falta que vayas; ya he estado yo. He tenido la misma idea que tú.

—¿Y qué?

—Ya no está el telescopio del que me habías hablado, y los prismáticos tampoco. Se los han llevado.

—¿Cuándo?

—¿Qué quieres decir?

—Mimì, piensa un poco. Si los que dispararon se dieron enseguida a la fuga, no pueden habérselos llevado ellos. Y tampoco pueden haberlo hecho después del crimen. El telescopio y los prismáticos desaparecieron antes. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Quiero hablar con el testigo.

—¿El señor Catalfamo? Tercer piso, puerta doce. Pero no ha visto nada destacable.

—De todos modos hablaré con él.

* * *

Montalbano tuvo que llamar varias veces. Seguro que Catalfamo estaba en el balcón y no oía el timbre. Al final fue a abrir. Una consistente tufarada de ajo aprovechó la ocasión para salir del apartamento.

—Soy el comisario Montalbano.

—Y yo soy Eugenio Catalfamo, jubilado, viudo sin hijos, setenta y ocho años. Pase, pase.

—No hace falta, señor Catalfamo; solo tengo que hacerle una pregunta.

—Pase igualmente.

Tenía ganas de hablar con alguien, el pobrecillo. Pero ¿cuánto tiempo podría resistir Montalbano sin respirar?

—Está bien, gracias.

Entró. El apartamento era una réplica exacta del de Manzella.

Había dos sillas junto a una mesa; Catalfamo le ofreció una.

—Siéntese. ¿Le apetece tomar algo?

—Nada, gracias.

Montalbano no pudo más. Sacó el pañuelo del bolsillo y se lo puso delante de la nariz.

—Disculpe, estoy resfriado. Solo quería saber si ha visto usted bien...

—La vista la tengo buena.

—Felicidades. Si ha visto bien el coche desde el que dispararon.

—¡Claro que lo he visto! Llegó un minuto antes de que la pobre señora Matilde abriera otra vez la puerta. Antes de que tuviera tiempo de hacer nada, le dispararon. ¡Pobrecilla! Dispararon y escaparon. Pero ¿por qué la pobre señora Matilde tendría que haber hecho algo?

—¿Recuerda el número de matrícula?

—No me fijé en eso.

—¿Y el color?

—Azul metalizado. Un coche grande.

Se esperaba esa respuesta. Después de montar guardia en Marinella, a las siete de la mañana Vittorio Carmona y su socio habían ido a hacer ese trabajito matutino. Pero algo de lo dicho por el jubilado no le cuadraba.

—Perdone, señor Catalfamo, usted ha dicho algo respecto a la pobre portera y la puerta abierta que no he entendido bien.

—Señor comisario, yo no duermo más de tres horas en toda la noche.

—Sí, esas cosas pasan.

—Si hace buen día, salgo al balcón a las cuatro de la madrugada.

—¿Y qué ha visto?

—Esta mañana, no eran todavía las cinco, llegó una furgoneta y se detuvo delante de la puerta. Bajó un hombre y llamó por el interfono. Yo tenía medio cuerpo fuera para ver bien. Quería saber a quién llamaba. Al cabo de un momento se abrió la puerta y salió la señora Matilde, que se puso a hablar con el hombre. Mientras hablaban salió de casa el señor Di Mattia, que, como trabaja en Ravanusa, tiene que marcharse temprano. Después el hombre entró y al poco salió con un gran telescopio y lo metió en la furgoneta. La señora Matilde le dio también un paquete. El hombre lo cogió y se fue, y la señora cerró la puerta.

—¿En qué piso vive el señor Di Mattia?

—En el cuarto. Seguro que su mujer está en casa.

—¿Señora Di Mattia?

—Sí, señor.

—Soy el comisario Montalbano.

—Pase. Pero mi marido no está; ha ido a trabajar a...

—A Ravanusa, lo sé. ¿Tiene móvil su marido?

—Sí, señor.

—¿Me da el número?

* * *

Montalbano bajó a la portería. El hombre dormido roncaba más fuerte. Mimì estaba sentado a la mesa y tenía unos papeles delante.

—He echado un vistazo y he encontrado una cosa interesante.

—¿Qué?

—Que hace cuatro días la portera depositó en el banco cinco mil euros. ¿No es extraño?

—Oye, Mimì, tenemos que hablar largo y tendido. Hay varias novedades. Tú espera aquí a que lleguen el Ministerio Público, el doctor y la Científica, y nos vemos luego en comisaría.

—¿Puedes adelantarme algo?

—Mejor hablamos con calma.

—¿Y ahora adónde vas?

—No te lo digo porque, si lo hago, te entrará envidia. ¿A qué hora has citado a Rizzica?

—Le dije que viniera hacia mediodía, pero tenía la mañana ocupada. Vendrá después de comer, a las cuatro.

Pasó maldiciendo a través de la aglomeración. Uno de la televisión intentó filmarlo, pero él lo mandó a paseo, subió al coche y se fue. Se detuvo en una travesía estrecha y desierta, sacó el móvil y marcó el número de Di Mattia.

—¿Señor Di Mattia? Soy el comisario Montalbano.

—Dígame, *dottore*.

—¿Sabe que han matado a la portera del edificio donde usted vive?

—Sí, me ha llamado mi mujer para contármelo. Y ahora mismo acaba de llamarme otra vez para decirme que usted le había pedido el número de mi móvil.

—Oiga, el señor Catalfamo me ha dicho que esta mañana usted salió de casa hacia las cinco.

—Sí, como siempre.

—Cuando bajó, ¿la puerta de la calle estaba abierta o cerrada?

—Cerrada, pero la pobre señora Matilde iba a abrirla porque habían llamado a su casa por el interfono.

—¿Observó algo raro?

—Hombre, raro raro, no. La señora Matilde había puesto en la entrada un gran telescopio que tenían que llevarse.

—¿Le dijo de quién era?

—Se lo pregunté yo. Me respondió que era del señor Manzella, que la había telefoneado el día anterior para decirle que mandaría una furgoneta a buscarlo. Y cuando salí porque me había entretenido un momento atándome un zapato, vi a la señora Matilde hablando con el conductor de la furgoneta. Pero...

—¿Sí...?

—¿Las cinco de la mañana no es una hora bastante intempestiva para recoger un telescopio?

Un hombre inteligente, el señor Di Mattia.

Ahora tenía que ir a la otra casa de Manzella. Pero había olvidado por completo la dirección que le había dado Fazio. La única solución era llamarlo por teléfono.

—¿Fazio? Soy Montalbano.

—Lo he reconocido, *dottore*.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Ha habido novedades?

—Esta mañana temprano vino un médico nuestro, de la policía, y después fue a hablar con el *professore* Bartolomeo.

—¿Qué han decidido?

—Que hoy, hacia las seis, vendrá una ambulancia para llevarme a Palermo.

—¿Por qué?

—Porque dice que debo estar tres o cuatro días más en observación. Después podré salir. Pero nuestro médico dice que la convalecencia será como mínimo de veinte días.

—Mejor para ti.

—Sí, *dottore*, pero pienso pasar la convalecencia en Vigàta.

—Muy bien. Así podrás venir a vernos de vez en cuando.

—¿De vez en cuando? Iré todos los días, como si estuviera de servicio.

Montalbano no replicó. Sin Fazio se sentía como si le faltara un brazo.

—Lástima que no tenga tiempo de ir a verte.

—*Dottore*, como mi mujer vendrá a Palermo mañana por la mañana, esta noche le lleva su pistola a la comisaría.

—De acuerdo. Adiós. ¡Ah, casi se me olvida! ¿Me repites la dirección que te dio Manzella?

—Sí, señor. Via Bixio, veintidós.

—Gracias, Fazio. Enhorabuena y hasta pronto.

Decidió hacer inmediatamente otra llamada. Miró el reloj: las diez y media. Mala suerte si la despertaba.

—Hola, Angela, soy Montalbano.

—Hola, Salvo.

Tenía la voz somnolienta.

—¿Estabas durmiendo?

—No; acabo de levantarme, pero aún no me he tomado el café.

—Te entretendré solo un momento. ¿Te ha telefoneado ya nuestro amigo para saber cómo ha ido la cosa entre nosotros y qué te he dicho?

—Todavía no. Pero seguramente no tardará.

—Oye, quería advertirte de que van a ir a buscar a Fazio hacia las seis de la tarde para llevarlo a Palermo en ambulancia.

—¿Tengo que decirle también eso?

—Sí. Te he llamado adrede.

—¿Qué le digo exactamente?

—Le dices que te he llamado para oír tu voz, saber si habías dormido bien, en fin, cosas así, y que casualmente te he dicho eso de la ambulancia. Puede funcionar, ¿no?

—Sí. Oye, como esta noche termino a las diez, he pensado que es demasiado tarde para ir a cenar juntos a un restaurante.

—Haré que preparen algo.

—Iré con mi coche directamente a tu casa y me quedaré allí hasta las cuatro.

—De acuerdo.

Y ya que estaba...

—¿Adeli? Soy Montalbano.

—Dígame, *dottori*.

—Adeli, cambia las sábanas. Y por si acaso, dispón el sofá con un colchón y las tres sillas como tú sabes. Y prepara algo abundante de comer para esta noche.

Y ya que seguía estando...

—¿Catarella? Soy Montalbano.

—A sus órdenes, *dottori*.

—Tienes que buscarme en el fichero a dos que seguro tienen antecedentes.

—Espere que cojo papel y lápiz. ¿Cómo si llaman?

—Uno, Angelo Sorrentino. Escríbelo bien. ¿Lo has escrito ya? ¿Sí? Repítelo. ¡No, Ponentino no! ¡Joder! Sorrentino, como los nacidos en Sorrento. ¿Conoces la canción?

—*Dottori*, si canto la canción me sale Surrientino.

Finalmente, después de que el comisario soltara varios juramentos, Catarella lo consiguió.

—¿Y el otro, *dottori*?

—Vittorio Carmona. ¿Has entendido bien el apellido?

—*Cammona*, *dottori*.

—¡No, Cammona no: Carmona, con erre!

—¿Y yo qué he dicho? ¡He dicho Cammona con erre!

—Oye, no me dejes las fichas encima de la mesa. Dámelas en mano cuando vaya.

15

No tenía ni la menor idea de dónde estaba via Bixio. No se atrevió a preguntarle a Catarella; seguro que habría entendido via Piscio. En el coche llevaba un plano de Vigàta. Lo consultó. En el listado de calles ponía que se hallaba en la casilla C4. Era como jugar a hundir la flota. Como era natural y previsible, faltaba un trozo del plano, precisamente el que contenía la casilla C4. Pero consiguió deducir que se encontraría más allá de San Giusippuzzo, una zona casi de campo abierto. Tardó media hora en llegar. El 22 de via Bixio, calle que a partir de cierto punto se convertía en un verdadero camino rural, correspondía a una casucha diminuta de una planta, rodeada de lo que en otro tiempo debió de ser un terreno a medio camino entre huerto y jardín y que ahora estaba completamente abandonado. Había una pequeña verja de hierro forjado, abierta. Montalbano la cruzó y se detuvo delante de la puerta, cerrada. Las ventanas también estaban cerradas. Había un timbre; lo pulsó insistentemente, en vano. En vista de que la casa más cercana se encontraba a unos cincuenta metros y de que no se veía ningún coche en el horizonte, sacó del bolsillo un manojito de llaves especiales que le había regalado un ladrón amigo suyo. La puerta se abrió al cuarto intento, y Montalbano dio un salto atrás. Le pasó exactamente lo mismo que cuando le abrió el señor Catalfamo. Pero esta vez no se trataba de tufo a ajo. Era el nauseabundo olor de la sangre, entre dulzón y un poco amargo, que tantas veces había percibido. Entró y cerró la puerta a su espalda. Contuvo la respiración. Tanteó la pared en busca del interruptor, lo encontró, encendió la luz. Estaba en una sala con los muebles colocados a lo largo de las paredes. En medio solo había una silla de paja completamente impregnada de sangre seca. Sangre que había salpicado también las paredes, los muebles y el suelo.

Había sido una verdadera carnicería. La silla estaba en el centro de un amplio círculo de sangre seca, como si alguien hubiera dado vueltas alrededor...

Y de pronto Montalbano comprendió lo que habían hecho allí. Por un instante casi vio con sus ojos la escena; le entró un miedo irracional y respiró hondo instintivamente, y el terrible olor le provocó una violenta arcada. Retrocedió, abrió la puerta, la cerró, montó en el coche y se fue. Pero al cabo de un momento tuvo que parar. Bajó y vomitó.

—¡Ah, *dottori*! Aquí están las fichas que me pidió de Cammona con erre y Ponentino, que en realidad se llama Sorrentino. Y además debo decirle que ha telefoneado el señor Gargiuto. Ha dicho él que apenas usía esté aquí lo llama.

—Cataré, no he entendido nada. ¿Quién tiene que llamar, yo o Gargiuto?

—Usía, *dottori*.

—Pero si no conozco a ese tal Gargiuto, ¿cómo voy a llamarlo?

—¿No lo conoce? ¿Lo dice en serio? —preguntó Catarella, mirándolo asombrado.

—Pues no. Es la primera vez que oigo hablar de él.

—Pero, *dottori*, a mí me dijo que él, Gargiuto, tenía que darle a usía, *dottori* Montalbano, una respuesta porque usía había dejado una carta escrita...

¡Gargiulo, de la Científica!

—Vale, vale, ya sé. Oye, ¿está el *dottor* Augello?

—Acaba de telefonar diciendo que llegará dentro de media hora.

—En cuanto lo veas, dile que venga a mi despacho.

—¿Qué me dices, Gargiù?

—Comisario, puedo darle una primera respuesta ahora. Para un análisis más preciso, necesitaré tres o cuatro días.

—Dame la primera respuesta mientras tanto.

—No es una escritura natural.

—¿Está falsificada?

—Rotundamente no. Quiero decir que es una escritura escogida.

—¿Por quién?

—Por quien escribe.

—A ver si lo entiendo, Gargiù. ¿Al autor de la carta no le gustaba la letra que la madre naturaleza le había dado y se impuso escribir de un modo distinto?

—Más o menos. El autor de la carta, un hombre...

—¿Estás seguro?

—Le aseguro que ese tal G. es hombre. Un hombre que, sin embargo, se esfuerza en escribir con letra femenina. ¿Me explico?

—Perfectamente, Gargiù.

—Hace tres o cuatro días, cuando...

—No te molestes más, Gargiù. Con lo que me has dicho tengo suficiente. Gracias, y devuélveme enseguida la carta.

—Se la mando ahora mismo con un agente.

—Bueno, ¿qué novedades son esas? —preguntó Augello entrando en el despacho de Montalbano, que llevaba más de media hora firmando papeles.

—Ahora te las cuento. ¿Cómo acabó ayer la cosa con la señora Manzella?

—Reconoció el cadáver.

—¿Cómo reaccionó al enterarse de la noticia?

—Digamos que estaba un poco disgustada.

—¿No te había dicho que para ella la noticia no era tan triste? No solo va a heredar, sino que podrá casarse enseguida.

—Bueno, ¿y las novedades? —insistió Augello.

—La primera es que cambies para mañana por la mañana la cita con Rizzica.

—¿Por qué?

—Porque hoy tienes que estar como máximo a las cinco en el hospital de Fiacca, donde se encuentra Fazio. Llévate a Gallo y Galluzzo, y ve bien armado.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Hacia las seis, una ambulancia irá a buscar a Fazio para llevarlo a Palermo.

—¿Y...?

—Tenéis que escoltarla. Discretamente, sin llamar la atención, así que id con tu coche. Si quieren liquidarlo, es la última oportunidad que tienen.

—Pero ¿tú crees en serio que...?

—Sí, Mimì, en serio. Volvieron a intentarlo en el hospital.

—¿Y esta vez qué pueden hacer?

—Puedo decirte, con una seguridad del noventa por ciento, que detrás de la ambulancia irá un coche grande azul metalizado. Si lo veis, mucho ojo. Son ellos. Es posible que provoquen un accidente y, aprovechando la confusión, intenten cargarse a Fazio. Te digo una cosa: es el mismo coche desde el que esta mañana le dispararon a la portera.

—¡Coño! Pero ¿a ti quién te ha hablado de ese coche?

Ahora venía lo difícil. Tenía que dejar a Angela al margen del asunto; ella no debía aparecer bajo ningún concepto. Si la comprometía, la chica podía considerarse muerta.

—Tuve ocasión de hablar con el enfermero que provocó la huida del hombre que se había colado en el área donde estaba Fazio. Se lo describió tan bien al comisario Caputo de Fiacca que este no tardó nada en identificarlo.

—¿Y quién es?

—Se llama Vittorio Carmona. Tres homicidios, prófugo. Pertenece a la familia de los Sinagra. Mira su ficha.

La sacó de un cajón. La otra ficha, la de Sorrentino, la había metido al fondo, bajo un montón de papeles. Nadie debía verla; antes de salir del despacho se la guardaría en el bolsillo y después la quemaría en Marinella.

—¡Con la cara paga! —comentó Augello, devolviéndosela—. Pero ¿cómo te has enterado de lo del coche?

—Hablando con el empleado del aparcamiento, ya sabes, el que está en la barrera, cosa que nuestro colega Caputo no había hecho —respondió Montalbano, confiando en que Mimì no hablase ni con el empleado del aparcamiento ni con el comisario.

—¿Hablamos de la portera? —preguntó Mimì.

—¿Te has hecho una idea de lo sucedido?

—Sí.

—Dímela.

—Cuando Manzella le dejó el telescopio, la portera debió de sentirse tentada por la curiosidad, y una noche subió y se puso a mirar. Y debió de ver algo que le permitió hacer chantaje. Los implicados, para parar el golpe, pagaron inmediatamente. Después entraron en el apartamento de Manzella, se llevaron el telescopio y los prismáticos, y en cuanto se hizo de día la mataron.

—Error.

—¿Dónde?

—En la segunda parte.

—Explícate.

—Mimì, tengo dos testigos en condiciones de declarar que fue la señora Matilde, la portera, la que entregó personalmente el telescopio y los prismáticos a un hombre que, hacia las cinco de la madrugada, fue con una furgoneta.

—Eso cambia...

—Te diré más: a uno de los testigos, la señora Matilde le dijo que iban a llevarlos a la nueva dirección de Manzella el cual la había telefoneado el día anterior.

—Pero ¡si llevaba días muerto!

—La pregunta, por tanto, es: si no se los estaba mandando a su legítimo propietario, ¿a quién, entonces?

—¡A los que chantajeaba!

—¿Ves como cuando te pones eres bueno?

—Pero, haciendo eso, se quedaba sin la única prueba que tenía en su poder.

—Mimì, ¿cuánto había depositado en el banco?

—Cinco mil euros.

—¿Has registrado la vivienda?

—No. ¿Por qué debería haberlo hecho?

—Porque seguramente habrá en alguna parte un sobre con más dinero. Han hecho un cambio: dinero por telescopio, con una parte del pago por anticipado. ¿Cómo está allí la situación?

—El marido ha ido a emborracharse otra vez y el apartamento está sellado.

—Perfecto. En su debido momento, iremos a echar un vistazo.

—Entonces, según tú, con el pago del segundo plazo por parte de ellos y la entrega de prismáticos y telescopio por parte de la portera, ¿el asunto habría quedado zanjado?

—Al menos así se lo habrían hecho creer, aunque pensaban dispararle unas horas más tarde. Y ese es el verdadero problema.

—No lo entiendo.

—Si recapitulamos, lo entenderás mejor. El asunto comienza con un tal Manzella, que quiere denunciar a su amigo Fazio un caso de contrabando. Fazio no nos dice nada, pero el mismo día que desaparece, el señor Rizzica viene a contarnos que sospecha que uno de sus motopesqueros está sirviendo, a sus espaldas, para el tráfico de drogas. ¿Observas la diferencia?

—Querrás decir la coincidencia.

—Mimì, yo domino el lenguaje porque leo libros. Tú, en cambio, eres un ignorante y confundes una palabra con otra. ¡He dicho «diferencia», no «coincidencia»!

—¿Y cuál es esa cosa?

—¿Lo ves? ¿Te parece que es manera de expresarse? Eres un catarelliano ad honórem. La diferencia consiste en que Manzella le habla a Fazio de contrabando, mientras que Rizzica viene a exponernos un asunto de tráfico de drogas.

—¿Y te parece una diferencia importante? ¿No se dice contrabando de drogas?

—Quizá podría decirse. Pero en el uso común, con la droga se emplea la palabra «tráfico». «Contrabando de drogas» no se dice nunca.

—Pero bueno, ¿estamos en el colegio?

—No. Si estuviéramos en el colegio, ya te habría cateado. Solo estoy señalándote la diferencia. Contrabando puede ser de todo: armas, cigarrillos, medicinas, sustancias para fabricar la bomba atómica...

—Pero ¿Fazio está seguro de que Manzella le dijo contrabando?

—Segurísimo. Y me cuadra.

—¿Por qué?

—Ahora lo entenderás. Manzella se pasa unos días mareando la perdiz, hasta que finalmente cita a Fazio en el puerto. Fazio no sabe que es una trampa, puesto que a Manzella ya lo han matado, y acude. Le disparan, lo hieren y deciden rematarlo lejos de la ciudad, en los tres pozos. Pero allí sucede algo imprevisto: Fazio consigue echar a uno de ellos a un pozo y escapar.

—Uno que todavía no ha sido identificado.

—Exacto.

Solemne mentira, porque no había más que sacar la ficha del cajón y Mimì habría sabido su nombre y apellidos. Pero no podía ni decir ni hacer nada, si no, Angela estaría perdida.

—Pero sabemos que uno de los dos era Vittorio Carmona — continuó —, porque Fazio lo reconoció perfectamente cuando se lo describí.

—Y luego matan a la portera.

—Exacto. Dos muertes, que en realidad son tres, aunque la causada por Fazio fue en legítima defensa, y un intento de homicidio que estoy seguro de que intentarán llevar a término. ¿No te parecen demasiados?

—¿El qué?

—Los muertos, Mimì. Esa es la cuestión. Demasiados muertos para un simple tráfico de drogas. No estamos en Bolivia.

—¿Entonces?

—Probablemente detrás haya algo más gordo.

—Si consiguiéramos averiguar cómo llegó a enterarse Manzella y por qué quería decírselo a Fazio...

—Espera un momento —dijo Montalbano, levantando el auricular —. Catarella, ¿ha llegado algo para mí de la Científica?

—Sí, señor *dottori*. Ahora mismo. Una carta.

—Tráemela.

En cuanto Catarella se la llevó, abrió el sobre y le pasó la carta a Mimì.

—Pero ¿es un hombre o una mujer quien escribe? — preguntó Augello después de haberla leído.

—Yo tuve la misma duda. Se la dejé a Gargiulo, y él ha diagnosticado que es un hombre que quiere pasar por mujer.

—¿Un travesti? ¿Un transexual?

—Puede ser. Y lee también esta.

Abrió el cajón, sacó la carta del amigo de Manzella, la que iba acompañada de la fotografía del marinero, y se la tendió.

—Pues vamos bien —fue el único comentario de Mimì.

—En mi opinión, nuestro amigo Manzella, casado y padre de un hijo, en determinado momento de su vida descubre un mundo distinto. Y descubre que está hecho para ese mundo. Un asunto suyo que a nosotros no debe importarnos lo más mínimo.

—Relativamente —replicó Mimì.

—¿Por qué?

—Precisamente el otro día Beba me señalaba que, si todos fuéramos como ellos, tergiversaríamos el hecho de que estamos en el mundo para procrear.

—¿Y quién te dice que nuestro fin es ese? ¿Dios Nuestro Señor en persona? Dime la verdad: cuando antes de casarte follabas como un descosido, ¿no hacías de todo para no procrear? ¡Por ti, el mundo podría haberse ido a tomar por saco por extinción de la raza humana!

—Pero ¿qué tiene eso que ver?

—Mimì, más vale que dejemos este tema. Continúo. Como iba diciendo, un día aciago para él, Manzella conoce a G. Flechazo, y pido disculpas por la banalidad de la expresión y el dolor que le causo al gran procreador converso que tengo delante. Se ven con frecuencia hasta que Manzella descubre por casualidad, o porque el propio G. se lo dice, que su amigo está implicado en algo turbio. Pero no quiere perderlo y guarda silencio. Hasta que alguien le dice que G. lo engaña. Entonces decide vengarse y pone sobre aviso a Fazio. Pero cambia de opinión, se echa atrás. Tiene altibajos. Y acaba provocando que G. descubra sus intenciones. G. informa a quien debe informar y lo quitan de en medio. ¿Te cuadra?

—Es una hipótesis convincente.

—Es la única —dijo Montalbano levantándose —. Pero no hay ninguna prueba.

—¿Adónde vas?

—A comer. Y por favor, Mimì, cuando sigáis a la ambulancia, llámame cada cuarto de hora al móvil. Recuerda que a Carmona puedes detenerlo en cualquier momento porque es un asesino y un prófugo. Y recuerda también que es peligroso; dispara sin pensárselo dos veces, y no solo para hacer ruido.

—Pues si se da el caso, te dejaré oír el tiroteo a través del móvil, así estarás entretenido.

Pero Montalbano no tenía ninguna intención de ir a comer. En realidad, como lo que debía hacer no le gustaba nada, sentía la boca del estómago tan cerrada que por allí no habría podido pasar ni una miga de pan.

Hay cosas que no se pueden afrontar con el estómago lleno; lo sabía por experiencia.

En cierta ocasión que tuvo que presenciar cómo trabajaba Pasquano con el cuerpo de una niña de diez años, acababa de comer hacía nada, y después se tiró un cuarto de hora en el aparcamiento doblado por la cintura echando hasta la primera papilla. Pero no se encontró mal por lo que Pasquano hacía y él estaba obligado a ver, no; se trataba de que mientras el doctor describía en voz alta las heridas infligidas a la niña («corte profundo en la pantorrilla izquierda inferido por la misma hoja que... amplia laceración en la zona inguinal probablemente producida por un objeto...»), él se había imaginado... no, nada de imaginar; había visto, eso es, había visto aquel homicidio como si ocurriese en ese momento ante sus ojos, y se había sentido como asfixiado por tanta crueldad, tanta violencia, tanta bestialidad atroz.

Al pasar por delante de Catarella, se despidió y le repitió el embuste que le había dicho a Augello.

—Me voy a comer. Llevo el móvil, llamadme en cualquier momento.

Salió, dio tres pasos y volvió atrás:

—¿Ha traído la mujer de Fazio mi pistola?

Catarella se quedó boquiabierto.

—¿Su pistola? ¿La señora Fazio? ¿Tiene permiso de armas?

—¿Quién?

—La mujer de Fazio.

—No creo.

—¿Y va por ahí con una pistola en el bolso?

—Cataré, no te enrolles, ya veo que aún no la ha traído. Como lo hará, la guardas tú y me la das cuando vuelva.

¿Por qué se había acordado del arma? Con una seguridad del noventa y nueve por ciento, en el sitio al que iba no necesitaría ninguna pistola. Sin embargo...

Montó en el coche y se dirigió a via Bixio.

Otro interrogante: ¿por qué no le había dicho a Mimì Augello que había averiguado las últimas señas de Manzella y había ido a la casa?

No era algo que tuviera que ocultar para no comprometer a Angela; la chica no tenía nada que ver con eso: la dirección se la había dado Fazio cuando la recordó. ¿Entonces?

La razón era tan sencilla que la encontró enseguida. Si le hubiera dicho a Mimì que había ido a la casa de Manzella, él sin duda le habría preguntado qué había encontrado allí, y habría tenido que contestarle que había entrado, en efecto, pero que luego había salido por piernas.

Se imaginaba la expresión atónita y desconcertada de Mimì.

—¿Que te has ido sin más?! Pero ¿por qué?!

¡Y a ver quién le explicaba que se había asustado!

—¿Tú?! ¡¿Te has asustado?! ¿Y de qué?

—De nada concreto, Mimì. Digamos que ha sido un trastorno metafísico.

—¿Metafísico? Pero ¿de qué coño hablas?

No; Augello creería que se había vuelto loco.

Y tampoco podía contarle otra mentira y decirle que sabía por Fazio dónde estaba la última vivienda de Manzella, pero que aún no había ido porque quería que fueran juntos. Augello lo conocía demasiado bien para saber que no habría resistido la curiosidad y habría ido inmediatamente, sin preocuparse ni por asomo de avisarle.

¿Cómo podía resolver esa situación?

Ya lo tenía: le diría a Mimì que Fazio le había dado por teléfono la dirección mientras él iba al hospital, o se encontraba en la carretera hacia Palermo, porque no la había recordado hasta entonces, y que él, Montalbano, no había podido avisarlo porque estaba ocupado con la escolta.

Y entretanto había llegado a la casa de Manzella.

16

Paró y bajó del coche. La calle estaba todavía más solitaria que antes, si eso era posible. Nadie repararía en su presencia, y si algún transeúnte veía movimiento, no tendría ninguna razón para sospechar, pues las televisiones locales no habían dicho que el cadáver encontrado en el pozo se hubiera identificado como Manzella.

No cruzó enseguida la verja; se detuvo antes para mirar la casa por fuera, se fijó en la situación de las ventanas y calculó el recorrido que tendría que hacer por el interior de la sala para llegar hasta ellas.

Después se decidió. Fue hasta la puerta, la abrió con la llave falsa, entró, cerró a su espalda y, sin encender la luz ni respirar, avanzó entre la densa oscuridad con los brazos tendidos hacia delante hasta llegar a la primera ventana y abrirla. Sacó la cabeza y respiró largamente. El aire era húmedo, el cielo estaba encapotado. Oía su respiración fuerte y jadeante, como después de estar mucho rato nadando. Después cerró los ojos, se volvió y, conteniendo de nuevo la respiración, fue a abrir la segunda ventana. Se asomó y tomó aire otra vez.

Se había levantado un poco de viento, el día había cambiado de golpe, aunque ya desde por la mañana había estado de humor variable. Mejor; si soplaba viento, aumentaría la corriente de aire entre las dos ventanas y el olor a sangre desaparecería. Todavía asomado, encendió un cigarrillo y se lo fumó entero con calma. Al terminar, se guardó la colilla en el bolsillo. ¡Solo faltaría que los de la Científica la encontraran! ¡Igual hacían una prueba de ADN y Arquá llegaba a la conclusión, lógica e inevitable, de que él había matado a Manzella cegado por los celos a causa de un travestí!

Finalmente se encontró preparado para volverse y mirar el interior del salón. Pero como enseguida vio a la derecha una escalera que llevaba al piso

superior, decidió ir primero a ver las habitaciones de arriba.

Subió hasta un rellano de dimensiones reducidas donde había tres puertas abiertas de par en par. Encendió la luz del rellano, y fue suficiente porque, sin necesidad de moverse, girando solo la cabeza, pudo ver que la primera puerta, la que tenía justo delante, daba a un dormitorio de matrimonio; la segunda, a un cuarto de baño; y la tercera, a un dormitorio individual, con una cama de una plaza, sin duda destinada a un invitado.

Empezó por esta última. Entró y encendió la luz. En la cama solo había colchón y almohada; ni sábanas ni mantas. Una mesilla de noche con una lámpara encima, dos sillas y un armario pequeño. Lo abrió. Dentro, dobladas, estaban las sábanas y la funda de la almohada; nada más. La noche que lo mataron, Manzella no debía de tener ningún invitado que fuera a dormir en esa habitación.

El cuarto de baño, en cambio, parecía un matadero. Cuatro toallas manchadas de sangre estaban tiradas de cualquier manera por el suelo, había rastros de sangre en el lavabo, e incluso se veía media huella de una mano ensangrentada en la pared de la ducha. Estaba claro: Carmona y Sorrentino se habían desnudado para torturar pinchando y cortando a Manzella con un cuchillo, y luego, como se habían manchado de sangre, se habían lavado, duchado y vuelto a vestir. Para presentarse ante la sociedad humana como humanos y no como lo que eran, animales.

Pasó al dormitorio. Y de inmediato el comisario supo que Pasquano había acertado al decirle que el desdichado había sido sorprendido por sus asesinos mientras dormía desnudo en su cama. En efecto, encima de una silla había unos pantalones doblados, una chaqueta, una camisa y hasta una corbata. Debajo de la silla, un par de zapatos con los calcetines enrollados dentro.

Pero Manzella no había pasado solo la última noche de su vida, o al menos una parte de esta. Las dos almohadas conservaban todavía el hueco de las cabezas, la sábana de arriba medio colgaba por el suelo toda retorcida, la de abajo estaba suelta y dejaba ver el colchón. El pobre Manzella era hombre de amores impetuosos, como había dicho la portera.

En la habitación no estaba la ropa de quien había dormido con él, y tampoco la manta. Debía de ser la que utilizaron para envolver el cuerpo y echarlo al pozo.

Montalbano se acercó a la silla donde estaba la ropa y sacó una cartera del bolsillo interior de la chaqueta. Quinientos euros en billetes de cincuenta, el carnet de identidad, una tarjeta de débito expedida por la Banca dell'Isola, una tarjeta de crédito de la misma entidad, que debía de ser donde Manzella tenía el dinero, y nada más. Abrió el cajón de la mesilla: vacío. En aquel dormitorio no había ni un papel. Por si las moscas, los asesinos se lo habían llevado todo.

Pero ¿cómo habían ido las cosas allí dentro? Montalbano no tuvo dificultades para imaginárselo.

Después de escribir la carta que Manzella no llega a recibir porque se ha mudado de casa, G. consigue verlo de nuevo y reanudar la relación que Manzella ha intentado romper.

Tiene que hacerlo porque, al haber confesado que ha hablado con su amante del asunto del contrabando y que este pretende informar a la policía, los contrabandistas acceden a dejarlo con vida con la condición de que sea cómplice del asesinato de Manzella. Si no consigue guiarlos hasta él, lo liquidan.

Por eso G. insiste hasta que Manzella lo lleva a su casa de via Bixio. Como suele decirse en las novelas de amor, que les encantan a los críticos de los periódicos, la llama de la pasión vuelve a encenderse. Hacen el amor y G. promete regresar la noche siguiente.

Regresa, en efecto, y cuando Manzella se duerme, exhausto, G. coge su ropa, baja la escalera de puntillas, abre la puerta, deja entrar a Carmona y Sorrentino — a los que había avisado previamente —, y se va. Ha hecho lo que debía hacer y por consiguiente lo dejan libre.

«¿Puedo abrir un paréntesis?», se preguntó el comisario. Se dio permiso y continuó: «Hay dos posibilidades: O bien G. es un panoli, se cree la promesa y se queda en Vigàta, en cuyo caso encontraremos su cadáver con heridas de bala en algún sitio, o bien es un experto y a estas horas ha volado al norte de Groenlandia, adonde, como todo el mundo sabe, la mafia siciliana todavía no ha llegado porque en esas tierras hace demasiado frío». Cierra el paréntesis.

Carmona y Sorrentino suben, despiertan a Manzella y, tal como está, desnudo, lo obligan a ir a la planta baja. No le dejan ponerse ni los zapatos, que están en el suelo al lado de la cama.

Y eso significaba que, de buena o de mala gana, también había llegado para él, Montalbano, el momento de bajar a la sala.

Se detuvo en el rellano y contó los escalones. Dieciséis. Le habría gustado tener la pistola en la mano, aunque era inútil porque no había que disparar. Notó que se le erizaba el vello de los brazos, como cuando pasas por delante de un televisor recién encendido. Por más que se armaba de valor y se repetía que en la sala no encontraría a nadie...

¡Por supuesto que no había nadie! Nadie de carne y hueso, claro. Pero ¿qué eran esas chorradas? ¿De qué tenía miedo? ¿De un fantasma, de una sombra? ¿A los cincuenta y siete años empezaba a creer en los espíritus?

Bajó dos peldaños.

Una contraventana dio unos golpetazos que lo hicieron respingar como un gato asustado y perder unos instantes el asidero que le ofrecía la barandilla.

El viento había arreciado.

Bajó deprisa, con los ojos cerrados, cuatro peldaños más. De pronto le faltó decisión y bajó otros dos agarrándose con fuerza a la barandilla, arrastrando el pie hasta que encontraba el vacío, levantando despacio la pierna y apoyando ligeramente la suela del zapato en el peldaño siguiente, exactamente igual que alguien que no ve tres en un burro.

Pero ¿qué era toda esa tensión jamás sentida hasta entonces? ¿Una broma macabra de la vejez?

Esta vez las dos contraventanas de la sala se cerraron al mismo tiempo con un fuerte golpe. La habitación de abajo volvió a quedar sumida en la oscuridad.

«¿Cómo es posible? —se preguntó el comisario—. Si el viento sopla desde un lado, ¿cómo es que se cierran las dos ventanas?».

Y en ese preciso momento comprendió que en la sala había realmente alguien esperándolo. Alguien que tenía su mismo cuerpo y su misma cara y que se llamaba como él, Salvo Montalbano. Él mismo era el enemigo invisible al que tendría que enfrentarse. El enemigo que le haría revivir a la fuerza lo que había sucedido allí dentro hasta en sus más mínimos detalles...

¿Revivir? Palabra equivocada; él no había asistido a la lenta y dolorosa agonía de Manzella, así que, ¿cómo podía revivirla? Y en cualquier caso, después de tantas muertes violentas cuyas huellas había visto, más impresionantes a veces que presenciar el propio homicidio, ¿por qué aquella le causaba un efecto particular?

De esa situación no podía salir sino llegando hasta el fondo; de pronto estuvo seguro de eso.

Así que bajó los peldaños restantes con toda la decisión posible. Se detuvo de nuevo al llegar al pie de la escalera.

La habitación no estaba completamente a oscuras; las contraventanas estaban cerradas, pero entre las tablillas se filtraban láminas de luz gris que introducían la sombra trémula de las hojas de los árboles movidas por el viento. Montalbano no quería ni volver a abrir las contraventanas ni encender la luz; prefirió quedarse un rato inmóvil, de manera que sus ojos se acostumbraran poco a poco a la penumbra.

Para hacer sitio al espectáculo que se disponían a dirigir Carmona y Sorrentino habían puesto los muebles contra las paredes: una librería sobre la que debía de haber un frutero de cerámica que ahora estaba en el suelo hecho añicos, tres sillas, un sofá, una mesa de comedor, un aparador con platos y vasos, y un televisor.

Había dos cosas de un blanco lechoso en el suelo, junto a la mesa, que no consiguió identificar.

No era verdad; se había dado cuenta enseguida de qué se trataba, pero se negaba a creerlo. Las miró mejor, y tuvo que convencerse de que había visto bien mientras se le revolvía el estómago y le subía hasta la garganta un grumo de líquido denso, amargo y ardiente que hizo que se le saltaran las lágrimas.

Desplazó la mirada hacia la silla que estaba en el centro de la habitación y el círculo de sangre oscura que la rodeaba.

El suelo era de cerámica, y el comisario vio, justo delante de la silla, una baldosa con una grieta reciente. De haber tenido a mano un cuchillo, sin duda podría haber sacado el proyectil que, una vez atravesado el pie de Manzella, había roto la baldosa y se había incrustado en el suelo.

Tenía razón Mimì.

Lo habían obligado a bajar del dormitorio, habían apartado los muebles y dejado solo una silla en medio, lo habían hecho sentarse... No; antes le... Sigamos adelante, será mejor.

Empezaron a preguntarle, seguramente mientras la emprendían con él a bofetones, guantazos y patadas, qué le había contado a Fazio.

Pero él no podía sino responder siempre lo mismo: a Fazio solo le había mencionado el asunto, pero sin decirle nombres... Y esos dos, que no lo creían, en un momento dado decidieron pasar a cosas más serias.

—¿Es verdad que has sido bailarín?

—Sí.

—Pues entonces, baila.

Y uno de ellos le disparó en un pie. Luego lo obligaron a levantarse y — apoyado en una sola pierna, la del pie ileso — bailar dando vueltas alrededor de la silla.

—Baila, baila sin música...

Y él dio vueltas saltando a la pata coja, desnudo, cómico, espantoso al mismo tiempo, profiriendo gritos desesperados que nadie podía oír...

Y el comisario lo veía bailar como si estuviera en la habitación con los otros, y la macabra danza parecía la escena de una película en blanco y negro, con aquella luz trémula procedente de la ventana...

Fue entonces cuando sucedió lo que Montalbano temía que iba a suceder.

Mientras con la imaginación se representaba la escena, poco a poco el cuerpo desnudo y ensangrentado de Manzella empezó a transformarse, a volverse más piloso, y el suelo ya no era de cerámica sino de arena, igual que la playa de Marinella...

Con una especie de destello de luz, de *flash* cegador, se encontró, como aquella mañana, mirando a la gaviota que bailaba su muerte.

El ave, sin embargo, no emitía el sonido desgarrador que había oído aquel día; ahora tenía una voz humana, la de Manzella, que pedía compasión llorando...

Y oyó nítidamente las carcajadas de los dos hombres divirtiéndose, cómo se habían divertido...

La gaviota estaba ya a punto de morir.

Manzella cayó al suelo; no podía resistir más tiempo de pie, y se retorció tratando de levantar la cabeza.

La gaviota movía el pico adelante y atrás, como si quisiera poner algo en un sitio demasiado alto para ella.

Entonces los dos hombres se acercaron a Manzella, lo levantaron del suelo, empezaron a arrastrarlo de acá para allá, torturándolo con el cuchillo mientras la sangre salpicaba las paredes, los muebles...

Pero antes se habían concedido otra diversión...

Después todo acabó, quizá porque una ráfaga de viento abrió de nuevo las ventanas.

Se encontró sentado en la escalera, con los ojos cerrados y la cara entre las manos.

Ya había pasado. Era eso lo que había temido desde que había entrado por primera vez en aquella habitación, que inevitablemente una realidad se superpusiese a otra realidad. No, no era como un sueño que después se te presenta nuevamente con los ojos abiertos; no, no era lo ya visto, sino algo completamente distinto, un desvío de la razón, una espantada momentánea, un cortocircuito que te catapultaba a una tierra desconocida para ti, mientras que el tiempo confundía el pasado, mezclaba hechos ocurridos en días distintos formando un único presente...

Ahora se sentía bastante más tranquilo.

Abrió los ojos y miró hacia donde había señalado la gaviota con el pico.

Había un cuadro colgado en la pared, pero no consiguió distinguir su motivo; estaba a demasiada distancia.

Se levantó y se acercó. Cuatro rosas rojas, pintadas de manera que el cuadro parecía una foto, horrendas, dignas de una caja de bombones de las de antes.

Su brazo derecho se movió por su cuenta, sin que él se lo hubiera ordenado. La mano independiente descolgó el cuadro y le dio la vuelta. Detrás no había nada; solo el papel marrón que tapaba por detrás la pintura. La mano estiró los dedos, el cuadro cayó al suelo, el cristal se rompió, el listón inferior del marco se desprendió y por allí asomó un sobre blanco. El comisario no se extrañó; le pareció algo natural, algo que había sabido desde siempre. Se agachó, lo cogió y se lo guardó en el bolsillo.

Solo le quedaba por hacer una cosa: irse lo antes posible de aquella casa. Se encaminó hacia la puerta, pero de pronto se detuvo.

¡Las huellas! ¡Debía de haber dejado cientos en todas las habitaciones donde había entrado!

Inmediatamente después, casi tuvo ganas de reír: se la traía al fresco que las encontraran, pues no estaban registradas en ningún sitio, mientras que las de Carmona y Sorrentino sí.

Antes de salir, no pudo evitarlo y volvió a mirar los dos preservativos usados que estaban en el suelo, junto a la mesa.

En cuanto subió al coche, instintivamente miró el reloj. Y su primera impresión fue que se había estropeado.

¿Era posible que fuesen las cuatro? ¿Era posible que hubiese estado casi tres horas en aquella casa sin darse cuenta?

La altura del sol que aparecía y desaparecía entre las nubes le confirmó que el reloj funcionaba bien. Entonces, ¿qué explicación tenía aquello?

«¿Qué novedad es esta? ¿Qué coño se le está metiendo en la cabeza? ¿Ahora quiere convencerse de que en la casa de Manzella ha sucedido algún otro hecho extraordinario?», preguntó de improviso, y bastante enfadado, Montalbano segundo.

«¿Qué otro hecho?», reaccionó Montalbano primero como si le hubiera picado una avispa.

«Eso del tiempo. No ha ocurrido absolutamente nada paranormal, mágico o misterioso, nada de presencias, nada de tiempo detenido o en suspenso y chorradas parecidas. Ha estado tres horas ahí dentro y no se ha dado cuenta de que el tiempo pasaba. Así que no empecemos a pensar en un acontecimiento extraordinario, porque en esa casa no ha sucedido absolutamente nada extraordinario».

«¿Ah, no? Entonces, ¿cómo explicas que...?».

«¿Quieres que te lo explique? ¿De forma brutal y sencilla? Ha entrado en esa casa ya alterado, con el pulso acelerado, porque no soporta la violencia, al menos la representación que él mismo se hace de la violencia. En la andropausia se vuelve uno mucho más sensible a ciertas cosas». «Eso de la

andropausia te lo podrías ahorrar». «¡No, no me lo ahorro porque es la causa de todo! No olvides que ahí dentro él ha visto prácticamente lo que había sucedido. Y punto. No es la primera vez que le pasa. Y en lo que veía ha insertado la muerte de la gaviota, que también le había impresionado. No hay más. Lo único nuevo es el modo en que ha reaccionado. Como un viejo, al borde de las lágrimas y con las emociones a flor de piel. Y eso no es una buena señal».

«¡Qué banal eres cuando hablas! ¿Y cómo te explicas que haya encontrado enseguida el sobre?».

«¿Qué pasa, que según tú la gaviota le ha indicado con el pico dónde estaba escondido? ¡Vamos, hombre! ¡Por favor! ¡Lo ha encontrado por su instinto de policía! Registrando la habitación, ¡hasta Catarella lo habría encontrado!, aunque hubiera tardado un poco más».

«¿Queréis dejar de tocarme los cojones? —intervino el comisario—. ¡Tengo que conducir, joder!».

Pero sintió que, en el fondo, la discusión le había sentado bien; había puesto las cosas en su sitio. No tenía ni pizca de hambre, así que paró en el primer bar que encontró y se tomó un café doble.

—¿Se han ido Augello y los demás?

—Sí, señor *dottori*. Hace ya más de media hora. Mire, la señora Fazio trajo la pistola.

—Ve a dejarla en mi coche.

Entró en su despacho, sacó el sobre del bolsillo y, sin abrirlo, lo metió en un cajón que cerró con llave.

No quería que nada lo distrajera; lo más importante ahora era que Fazio llegara sano y salvo a Palermo.

La primera llamada a Mimì la hizo a las cinco y media.

—Saludos de Totó Monzillo —dijo Augello.

Era un estupendo colega de la Jefatura Superior de Montelusa.

—¿Qué significa eso?

—¿Qué va a significar, Salvo? Que Monzillo está aquí conmigo, en Fiacca. Nos hemos encontrado en el aparcamiento. Él está con cuatro hombres.

—¿Y qué hace ahí?

—Está esperando la ambulancia con Fazio para escoltarla hasta Palermo. Ha recibido la orden de Bonetti-Alderighi. Así que yo diría que nosotros podemos...

—¿Volver a Vigàta? ¡Olvídalo!

—Pero ¿qué vamos a hacer? ¿Una procesión?

—Eso.

—¿No te parece ridículo?

—En absoluto. Tú conoces la existencia del coche metalizado, de Carmona, sabes por qué quieren matar a Fazio, mientras que Monzillo no tiene ni puta idea de nada.

—Tienes razón —reconoció Augello.

Montalbano había previsto precisamente eso: que el jefe superior, como era lógico, mandaría una escolta. Y así Carmona y su amigo se percatarían enseguida de que había dos coches de la policía acompañando la ambulancia y seguramente renunciarían a la empresa. Eran asesinos, no kamikazes, y tenían apego a su vida de bestias repugnantes. Se tranquilizó un poco y empezó a firmar papeles.

—Estamos saliendo. Son las seis en punto — dijo Mimì.

—Gracias, buen viaje.

* * *

—Estamos a mitad de camino y todo va sobre ruedas. Con la salvedad de que están cayendo unas gotas.

La quinta llamada, en cambio, tardó. Pasados veinticinco minutos, Montalbano empezó a removerse en la silla, hasta que en determinado momento en lugar de la firma hizo un borrón. Se levantó, fue hasta la ventana, encendió un cigarrillo y entonces Mimì llamó.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Es que ha habido jaleo, pero era una falsa alarma.

—¿Seguro que era falsa?

—Seguro. Un coche con dos hombres se ha atravesado en la carretera nada más adelantar a la ambulancia. Ha sido porque el firme estaba mojado, pero hemos creído que se trataba de una maniobra deliberada y lo hemos rodeado. ¡Imagínate! Los pobres han visto que los apuntaban ocho armas, entre metralletas y pistolas, los obligaban a bajar con las manos en alto y los registraban. Al de más edad, que padece del corazón, ha estado a punto de darle un ataque.

—¿Y quiénes eran?

—El obispo de Patti y su secretario.

—¡Coño!

—Creo que este asunto no va a terminar aquí.

17

La octava y última llamada de Augello llegó cuando faltaba poco para las ocho.

—La ambulancia acaba de entrar en el hospital. No ha sucedido nada; un viaje tranquilísimo salvo por el episodio del obispo. No creo que ni siquiera nos hayan seguido. Oye, como estaremos de vuelta en Vigàta hacia las diez, haré que me lleven a casa y nos vemos mañana.

—De acuerdo.

Ahora sí que podía mirar por fin lo que había escrito Manzella.

Abrió el cajón y sacó el sobre, que no estaba cerrado. Contenía dos hojas, escritas con letra apretada por los lados. Empezó a leer.

«Comisario Montalbano...».

Dio un respingo en la silla, como si alguien lo hubiera llamado de improviso.

¿Por qué Manzella le había escrito la carta precisamente a él? Continuó leyendo.

Al acabar, se levantó y se puso a andar despacio alrededor de la mesa. Dio una decena de vueltas, sacó del bolsillo el pañuelo y se secó la frente. Estaba sudando a mares. Aquello no era una carta, sino una cuerda encerada para colgarse, una pistola amartillada, una mecha encendida.

—¿Mimi? Soy Montalbano. Lo siento, pero cuando llegues a Vigàta tienes que venir directamente a comisaría. Te espero.

—Pero ya le he dicho a Beba que prepare...

—Me la suda.

—Gracias por la comprensión.

—¿Angela? Soy Montalbano. Oye, lo siento, pero esta noche no podemos vernos.

—¿Por qué?

—Un imprevisto. Tendré que quedarme en la comisaría toda la noche. Hay una gran operación que afecta a toda la provincia.

—Entonces, ¿cuándo nos vemos?

—Te llamo mañana hacia las cuatro y quedamos. Adiós.

De ir a comer, ni hablar. Aquella maldita historia estaba terminando como había empezado, o sea, quitándole el apetito tanto por la mañana como por la noche.

Se dirigió hacia el puerto. En el muelle de levante no había un alma, mientras que a lo lejos, en el muelle de poniente, donde atracaban los pesqueros y estaban los grandes almacenes frigoríficos, los potentes focos que iluminaban la zona de carga y descarga del pescado ya estaban encendidos.

Con la ayuda de esos focos, Manzella había podido ver a través del telescopio, el mismo telescopio con que también había visto la portera. Y los dos habían acabado muertos.

El halo de los focos aclaraba el cielo por el lado de poniente. Parecía que estuvieran rodando una película.

«¡Ojalá fuese una película!», pensó el comisario. Sin embargo, era una historia real. La luz intermitente del foco situado al final del muelle le permitió llegar a la roca plana sin desnucarse o caer al mar. Se sentó con el cigarrillo ya encendido.

Era necesario tomar una decisión antes de que llegara Mimì. Porque después debía tener argumentos sólidos para ponerlo de su lado. Pero las decisiones solo podían ser dos: o meterse hasta el cuello en aquel asunto, arriesgándose a salir derrotados y a posibles sanciones disciplinarias,

polémicas, amonestaciones, o inhibirse y quedarse mirando cómo se las arreglaban los demás para salir de aquella. *Tertium non datur*.

Por ejemplo, podía decirse a sí mismo:

«Tienes cincuenta y siete años, estás al final de tu carrera, ¿quién te obliga a enmerdarte en un asunto que puede hacer que acabes mal?».

O bien podía decir:

«Tienes cincuenta y siete años, estás al final de tu carrera, por lo tanto, no tienes nada que perder. Métete de cabeza».

«No, no —dijo Montalbano segundo—. Lo más acertado es lo primero; ya no tiene edad de hacerse el héroe, de ponerse a luchar contra molinos de viento».

«Pero ¡qué molinos de viento ni qué puñetas! ¡Estos son monstruos auténticos!», se rebeló Montalbano primero.

«Claro que son monstruos auténticos, y feroces. Precisamente por eso debe apartarse: ya no tiene fuerzas para combatirlos. No se trata de cobardía ni nada de eso; simplemente debe convencerse de que ya no está para esas cosas».

«Pero ¡la carta está dirigida a él! ¡Manzella le pide directamente a él que intervenga! ¡No puede echarse atrás!».

«Pensemos un poco. Manzella ni siquiera conocía a Montalbano. Le escribió a él porque pensaba que le encargarían el caso. No es una petición personal, ¿me explico?».

«Entonces, según tú, ¿qué debería hacer?».

«Ir a ver al jefe superior, contárselo todo y entregarle la carta».

«¿Y qué hará, también según tú, el jefe superior?».

«Casi con toda seguridad se la pasará a los Servicios Secretos».

«Lo que equivale a tirarla a la papelera. Y a dejar caer en el olvido tres muertes y un intento de homicidio».

Resumiendo, un corazón de asno y uno de león. Por cierto, hablando de animales, ¿cómo era aquella historia de las cabras que había leído en *Don Quijote*?

Ah, sí, Sancho empieza a contarle a *Don Quijote* la historia de un pastor que tiene que cruzar al otro lado del río a sus trescientas cabras con una barca, de una en una, tras haberle rogado que lleve la cuenta de los viajes y

advirtiéndole que, si se equivoca, el relato quedará interrumpido. Don Quijote pierde la cuenta, en efecto, y Sancho, por más que quiera, ya no es capaz de seguir contándole la historia. ¡Qué maravilla si él dejara de poder contarle la historia a Camilleri!

Después de un cuarto de hora más estrujándose el cerebro devanándose los sesos, tomó una decisión. Calculó que faltaban unos cuarenta minutos para que llegara Augello. Tenía un poco de tiempo. Invirtió diez en llegar al muelle de poniente. La actividad no estaba aún en su punto álgido; solo había cuatro pesqueros descargando. La mayoría llegarían bastante más tarde. Rizzica estaba delante del almacén número 3, hablando con un hombre. Pero en cuanto reconoció al comisario, salió a su encuentro.

—¿Viene a verme a mí?

—No. Nos veremos mañana, si no me equivoco. Creo que el *dottor* Augello lo ha citado.

—Sí, señor, pero, puesto que está aquí, quisiera hablar con usted.

—Hablemos.

Rizzica se dirigió hacia aquella parte llena de cagadas y meadas cuyo hedor había asfixiado en otra ocasión a Montalbano.

—No, ahí no —dijo el comisario—. Vayamos hacia la punta del muelle.

—Como quiera —accedió Rizzica.

—Usted dirá.

—*Dottore*, quiero decírselo cuanto antes y así me quito la preocupación de encima. Me equivoqué.

—¿En qué?

—Cuando fui a hacer aquella especie de denuncia. Me equivoqué.

—¿No era verdad que el patrón y la tripulación de uno de sus pesqueros hacían tráfico de drogas?

—No, señor.

—¿Y cómo es que algunas veces tardaban más de la cuenta en volver?

—Comisario, ese pesquero tiene la negra. Hay muchas embarcaciones, y no solo pesqueros, también buques, que nacen gafes. Llevan el mal de ojo con ellas. Le he cambiado el motor y ahora no se retrasa. Así que...

—De todos modos tiene que venir a comisaría; lo siento. Levantaremos acta de lo que nos diga y después podrá irse.

Habían llegado al último almacén, casi al final del muelle. Allí los focos no estaban encendidos, no había ningún movimiento.

—¿A quién pertenece este almacén?

—A mí.

—¿Y cómo es que está cerrado?

—Comisario, este almacén lo utilizo solo cuando hay mucha pesca y los otros dos no bastan. Pero esta noche ya me han comunicado que la pesca ha sido escasa.

Por tanto, ese era el almacén al que habían llevado a Fazio inmediatamente después de dispararle.

* * *

Comisario Montalbano, puesto que, si me matan, como es muy probable, será usted el encargado de la investigación, confío en que, si es tan bueno como se oye decir por ahí, consiga encontrar fácilmente esta carta. Conocí a Giovanna Lonero, transexual, de treinta años, durante una reunión privada en Montelusa. Dado que enseguida me sentí muy atraído por ella, me contó que vivía prácticamente secuestrada en un piso de Vigàta a disposición de su amante, cuyo nombre se negó a darme. Solo salía de noche y cuando su amante estaba fuera de la ciudad por negocios. Conseguí que me diera el número de su móvil, pero ella no quiso el mío, porque si lo encontraba su hombre, que era celosísimo, podía verse en serias dificultades. Desde aquella noche, la telefoneé prácticamente todos los días, pero o bien su móvil estaba apagado o bien ella no respondía a la llamada. Una vez, por fin, me contestó, dijo que también tenía muchas ganas de verme, que había pensado mucho en mí, pero que de ninguna manera podía dejarse ver por ahí ni conmigo ni con ningún otro hombre. Aceptó venir a mi casa al día siguiente hacia medianoche. Así fue como descubrimos que vivíamos muy cerca (yo estaba entonces en via della Forcella y ella en via delle Magnolie) y que, así, no necesitaba coger el coche, cosa que habría podido llamar la atención. Llegó puntual y se quedó conmigo hasta las cinco de la mañana. A ese primer encuentro siguieron muchos más. Llegado a este punto debo manifestar que poseo un telescopio de gran tamaño con el que me gusta espiar la intimidad de la gente. Una noche, de forma casual, lo apunté hacia la parte exterior del muelle de poniente mientras realizaban las operaciones de descarga de los pesqueros, de carga en los camiones frigoríficos y de traslado a los almacenes. Desde aquel día, de cuando en cuando me apartaba de las ventanas iluminadas e iba

a mirar el tráfico del muelle. Así fue como me encontré presenciando una escena que me pareció muy extraña. De uno de los camiones frigoríficos, parado en un lugar bastante menos frecuentado que los otros, es decir, delante del último almacén, al final del muelle, descargaron a toda prisa y bajo la dirección de un hombre alto y delgado, de unos cuarenta años, cuatro grandes cajas, las cuales cargaron en un pesquero que inmediatamente después se puso en marcha para ir a fondear al interior del puerto. Entretanto, habían cargado cajas de pescado en el camión frigorífico y este se había ido. Tres noches después, mientras la escena se repetía, llegó Giovanna. Ella también quiso mirar a través del telescopio, pero enseguida se apartó, asustada: «¡Dios mío, pero si es Franco!». El hombre alto y delgado era su amante, Franco Sinagra. Estaba muy alterada, como si aquel hombre tuviera el poder de verla en mi casa desde donde estaba. No quiso quedarse; se marchó al cabo de un rato. En los encuentros sucesivos, tuve que esforzarme mucho para que me dijera alguna cosa más. Mientras tanto me había movido por mi cuenta, y alguien de mi ambiente (somos muy cotillas en mi ambiente) me había contado que Franco Sinagra era un miembro destacado de la familia mafiosa homónima y que se veía obligado a mantener en el máximo secreto su relación con Giovanna, ya que entre los mafiosos todavía rige la estricta observancia de la llamada normalidad. Por si fuera poco, estaba casado con la hija de un boss de Rivera y su suegro no se lo habría perdonado. En resumen, si la historia llegara a salir a la luz, se arriesgaría a perderlo todo, poder y riqueza. Giovanna me había dicho, además, que era un hombre tacaño, aquejado de una especie de tic: se apoderaba de todo lo que se ponía al alcance de su mano. Hasta se había llevado dos pequeñas joyas de poco valor de Giovanna, quien a raíz de aquello lo llamaba «la urraca ladrona». Poco a poco, llegué por mí mismo a la lógica conclusión de que, traficaran con lo que traficasen, debía de ser algo de extrema importancia para que un jefe mafioso, y no uno de sus esbirros, dirigiera las operaciones. Comisario, a estas alturas no tengo ningún reparo en confesarle que Giovanna y yo comprendimos que estábamos enamorados. Si en este caso la palabra amor lo incomoda, sustitúyala por pasión. Por eso ideé, sin mencionarle nada a ella, un plan para eliminar a Franco Sinagra y tener a Giovanna toda para mí. Por ella, con medias palabras, llegué a saber en qué consistía el misterioso tráfico: se trataba de transportar a un país árabe armas químicas suministradas por la mafia rusa. En el tráfico estaban implicados dos motopesqueros propiedad de un tal Rizzica, que está al corriente de todo. Pero había más: a Giovanna se le escapó que en realidad el que manejaba los hilos de todo era el honorable diputado Alvaro Di Santo, actual subsecretario de comercio exterior. Una noche me comunicó que al día siguiente Franco se iba a Roma en avión. Estaba contenta ante la perspectiva de que pudiéramos pasar unas noches juntos con plena libertad. La desilusioné enseguida, le dije que yo también tenía que irme al día siguiente, en mi caso a Palermo, porque mi madre estaba enferma. Sin que sospechara nada ni por asomo, le sonsaqué a qué hora saldría Franco de Punta Raisi. Comisario, estaba tan convencido de mi plan que no calibré las posibles consecuencias de mis actos. Le diré, sin extenderme, que tomé el mismo avión y que en Roma no lo perdí de vista ni un instante. Tuve un golpe de suerte: logré fotografiarlo con un móvil en un restaurante de las afueras junto al honorable Di Santo, del que había encontrado previamente una foto en un anuario parlamentario. Luego, con una cámara provista de teleobjetivo que pedí prestada, fotografié a Franco en acción con las cajas. Pero un día aciago, un amigo mío me reveló que durante nuestra ausencia (mía y de Franco) Giovanna se había divertido a

base de bien en Fiacca. Loco de celos y de ira, decidí llamar a Fazio para denunciarlos a todos, incluida Giovanna, y cortar por completo mi relación con ella, llegando incluso a cambiar de casa. Pero a Fazio he tenido que darle largas porque Giovanna ha reaparecido de pronto en mi vida. Sin embargo, la he encontrado algo distinta de antes. ¿Es sincera o me está ocultando algo? Quizá tenga que contestar ella a esta pregunta, comisario, cuando yo ya no pueda oírla.

Filippo Manzella

P. D.: Las fotos están en una caja de seguridad, registrada a mi nombre, de la sucursal de Vigàta de la Banca dell'Isola.

Mimì terminó de leer, dejó la carta sobre la mesa y, con el dedo índice, la empujó hacia el comisario. Durante la lectura no había manifestado la más mínima reacción y seguía más fresco que una lechuga.

—Antes que nada —dijo—, quiero saber cómo ha llegado esta carta a tus manos.

No utilizaba el dialecto; mala señal. Quizá no estuviera tan tranquilo como quería aparentar. Montalbano comprendió que había cometido un error dándole la carta sin la menor explicación. Improvisó sobre la marcha una versión modificada respecto a la que se había preparado; en ese momento le pareció más lógica.

—En la *trattoria*, recibí una llamada de Fazio para decirme que se había acordado de una dirección que le había dado Manzella. Al acabar de comer fui. Y encontré esta carta, que estaba...

—No te saltes los detalles. Yo soy policía igual que tú, ¿está claro? ¿Estaba abierta la puerta?

—No.

—¿Y cómo te las arreglaste para entrar?

—Bueno, tenía una llave que casualmente...

—¿Cuándo vas a dejar de contarme pamplinas? — lo interrumpió Augello.

El comisario decidió entonces que sería mejor contárselo todo.

—¿Ibas armado?

—No.

—Con todo el respeto debido a un superior, eres un perfecto imbécil. Sinagra podría haber dejado a alguien de guardia.

—Vale, pero el hecho es que no había nadie. Y ahora, ¿discurrimos o no discurrimos?

—¿Sobre qué? ¿Sobre la carta? Hay poco que pensar. La metes en el sobre, me das la llave que casualmente etcétera, etcétera, y yo voy a colocarla otra vez dentro del cuadro.

—¿Y luego?

—Luego me encargas oficialmente que vaya a ver qué ha pasado en esa casa, yo descubro que es allí donde mataron a Manzella, llamo a los de la Científica y me las arreglo para que Arquá o quien lo sustituya encuentre la carta. Ese no me la entregará ni borracho, sino que se la llevará directamente al jefe superior; nosotros podemos desentendernos y santas pascuas.

—En resumen, *Pilato docet* — dijo Montalbano con amargura.

—Cuando te pones a hablar en latín, consigues que se me hinchen las pelotas.

—Y según tú, ¿qué hará el jefe superior?

—No puede darme más igual lo que haga.

—No me gusta esa manera tuya de discurrir, Mimì.

—¿Ah, no? Pero ¡si eres tú quien me ha enseñado a ver las cosas así, concretamente!

—¿Acaso las cosas que están escritas en la carta no son concretas?

—¡Pues claro que son concretas! Pero inservibles. ¡No hay una sola prueba que merezca ese nombre!

—Pero ¿qué dices? Mañana viene Rizzica y le apretamos bien las tuercas. Él está metido hasta el cuello: el almacén donde se detiene el camión es suyo, los pesqueros son suyos...

—¿Cómo sabes que el almacén es suyo?

—Me lo ha dicho él. Me lo encontré hace unas horas en el puerto, y me dijo también que mañana vendrá a explicarnos que se equivocó, que efectivamente el motor del pesquero no funcionaba bien.

—¿Lo ves? Al enterarse de que habían disparado a uno de los nuestros, se cagó encima y vino para prepararse una coartada. Se defenderá fácilmente diciendo: «Pero ¡si fui yo el primero en denunciar que pasaba algo raro! ¿Qué razón tendría para poner a la policía sobre aviso?». Además, ten presente que él tiene más miedo de Sinagra que de nosotros.

—Podemos intentarlo por otro lado. Organizamos un dispositivo de vigilancia y, en cuanto llegue el camión frigorífico con Sinagra, intervenimos y...

—... y nos quitan inmediatamente el caso. ¡Anda, hombre! ¡Van a dejarnos a ti y a mí, a un comisario de mierda y a un subcomisario más de mierda todavía, una investigación sobre tráfico de armas químicas con un país árabe! Intervendrán los Servicios Secretos, los íntegros y los corruptos, y al cabo de dos días...

—... el subsecretario Di Santo dirá en la televisión que se trataba de medicamentos para los niños de Darfur y que hemos cometido un lamentable error.

—¿Ves como empiezas a entender?

—Sí, pero las fotografías...

—Salvo, esas fotos, suponiendo que obtengas autorización para abrir la caja de seguridad, lo que es mucho suponer, suponiendo que las fotos sigan ahí dentro, lo que es mucho suponer, y suponiendo que el magistrado las deje en tus manos más de dos segundos, lo que es mucho suponer, ¡no representan una puta mierda!

—¿Cómo que no? ¿Un subsecretario comiendo con un mafioso del calibre de Franco Sinagra?

—¡Sí, figúrate, qué escándalo, qué vergüenza! ¡Hagan lo que hagan, ahora nuestros honorables diputados se pasan por el forro a la opinión pública! Se drogan, van de putas, roban, trapichean, se venden, cometen perjurio, hacen negocios con la mafia, ¿y qué les puede pasar? Como mucho, que se hable en los periódicos durante tres días. Luego todos se olvidan de ellos. Pero ellos de ti, que has levantado el escándalo, no se olvidan, de eso puedes estar seguro, y te lo hacen pagar.

—Se le podría pedir a Tommaseo autorización para interceptar las llamadas entre Sinagra y...

—¿Y el honorable diputado Di Santo? Pero ¿se puede saber en qué mundo vives? Hoy por hoy, ningún magistrado te concedería esa autorización, y aunque estuviera dispuesto, tampoco podría hacerlo, porque esa gente sabe blindarse bien; antes tiene que dar el visto bueno el Parlamento. ¡Y ya puedes esperar sentado que lo dé!

Montalbano lo escuchaba con una especie de cansancio creciente, porque eran palabras que habría dicho él mismo. Pero comprendió que continuar hablando con Augello sería gastar saliva en balde; no lograría moverlo de su posición. Lo mejor era mandarlo a dormir. Se quedó en silencio un momento, como reflexionando en las palabras de Mimì, luego se inclinó, cogió el sobre vacío, metió dentro las hojas y se lo tendió a Augello, que se lo guardó en el bolsillo.

—Mañana por la mañana, como mucho a las ocho, vas a via Bixio. Llévate a Gallo. A Galluzzo déjame aquí.

—De acuerdo. Y duerme tranquilo. No se puede hacer otra cosa.

A la luz del infame sentido común, en efecto, no se podía hacer otra cosa. El razonamiento de Augello llevaba su sello, sí, pero era solo la primera parte del razonamiento completo que él, en el lugar de Mimì, habría hecho.

La segunda parte empezaría así: dicho esto, ¿qué se puede hacer para joderlos a todos, desde el honorable diputado Di Santo hasta Sinagra, sin que acaben dándote por saco? Ese era el quid de la cuestión.

Y debía encontrar la respuesta él solo, teniendo una idea de esas que uno mismo se asusta de que se le hayan ocurrido. De tirar la toalla, ni hablar.

18

Se levantó para irse a Marinella y en ese momento sonó el móvil.

—Oye, ¿estás aún en la comisaría? —preguntó Angela.

—Sí. ¿Por qué?

—Quiero verte aunque solo sean cinco minutos. Tengo que decirte una cosa importantísima.

Estaba asustada, hablaba con voz queda. Pero Montalbano no quería perder tiempo con ella; necesitaba estar tranquilo en Marinella para pensar.

—Ya te he dicho que no puede ser. ¿Qué te ha pasado?

—Esa persona que sabes ha dado señales de vida.

Carmona. Como todos los prófugos, iba de acá para allá cuando se le antojaba sin que nadie, policía y carabineros incluidos, lo reconociera nunca.

—¿Qué quería?

—Saber si esta noche íbamos a vernos. Le dije que estabas ocupado y que nos veríamos mañana. Y entonces me dijo que tenía que hacer una cosa.

—¿Qué?

—Por teléfono no te lo digo.

Estaba asustada, le temblaba la voz.

—Procura mantener la calma. Me lo dirás mañana por la noche.

—No. Tengo que decírtelo esta noche para que puedas...

—Está bien, podemos vernos cinco minutos, pero hagamos la mitad del camino cada uno, así puedo volver enseguida a la comisaría. ¿Has acabado tu turno?

—Hace un cuarto de hora.

—¿Conoces el motel Torrisi? ¿Sí? Si salimos ya, podemos encontrarnos allí dentro de tres cuartos de hora. Ah, no bajes del coche cuando llegues; espérame en el aparcamiento. Y estate atenta, no vaya a ser que te sigan.

Mientras conducía, no pensaba en lo que Angela tenía que decirle, sino en cómo pillar a Sinagra y, de rebote, a Di Santo. Porque lo que le había recordado Mimì era cierto, pero también lo era que hay un límite para todo. Por ejemplo: una cosa es comer con alguien que genéricamente es un mafioso, y otra estar en compañía de un mafioso reconocido públicamente como ordenante de dos asesinatos y un intento de homicidio. Cuanto mayor fuera la publicidad dada al arresto de Sinagra, mayor sería el descrédito del honorable subsecretario. Por tanto, el problema era uno y nada más que uno: ¿cómo joder a Sinagra?

Cuando llegó al aparcamiento, prácticamente a oscuras, todavía no había encontrado una respuesta. Bajó del coche. Había otros tres vehículos aparcados. Uno hizo señas con las luces.

—Sube —dijo Angela, abriéndole la puerta.

Y apenas hubo subido, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un largo beso.

—No estoy segura de que no me hayan seguido — susurró mientras el comisario, todavía aturdido por el ataque imprevisto, se recuperaba —, así que finjamos que estamos aquí para...

—Entonces mejor pasamos al asiento de atrás — sugirió Montalbano —. Como los amantes que aunque solo dispongan de cinco minutos...

Bajaron y pasaron atrás.

—Túmbate —le ordenó Angela.

Él obedeció, y ella, después de subírsele encima, con la pierna derecha en el asiento, al lado de la de él, y el pie izquierdo en el suelo del coche, lo abrazó con fuerza. Montalbano no podía moverse.

—Carmona me ha dicho que mañana por la noche tengo que hacerte beber mucho y dejarte agotado. Y que cuando vea que estás profundamente dormido...

El problema era que Angela hablaba con tanta agitación que ahora movía las caderas, ahora el pecho, y el efecto en el comisario resultaba demoledor.

—... cuando vea que estás profundamente dormido, vaya a abrir la puerta para dejarlos entrar. Pero ¿me escuchas?

—¿Eh? —dijo Montalbano.

En ese preciso momento estaba repasando el primer canto de la *Ilíada*: «Canta, oh, diosa, la cólera del pelida Aquiles», aunque antes había pensado en el 2 de noviembre, día de los difuntos, en dos o tres matanzas, y en una vieja a la que habían descuartizado, sin conseguir dejar de notar el peso de la chica, el calor de su cuerpo, su aliento. Hacía esfuerzos sobrehumanos para que lo que sentía no resultara... cómo decirlo... palpable.

—Quieren que abra...

—Sí, sí, te he oído. Pero ¿por qué?

—Dice Carmona que quieren fotografiarte desnudo, conmigo al lado también desnuda, para chantajearte.

—¿Y por qué has pensado que era urgente decírmelo?

—Porque no estoy convencida de que solo quieran fotografiarte. Y además porque, sabiéndolo con antelación, quizá puedas pillar a Carmona con las manos en la masa.

—Tienes razón, tomaré las medidas oportunas, gracias.

¡Imperturbable, sí, pero siempre cortés, el comisario Montalbano! Siempre *compos sui* (pero ¿por qué coño le daba ahora por hablar en latín?), hasta con una chica guapa tumbada encima de él.

—Ahora, lo siento, pero no tengo más remedio que irme.

Angela desmontó, él se incorporó, bajaron del coche y se besaron. Exactamente igual que dos amantes que acabaran de apagar el deseo solo un poquito.

—Mañana te llamo —dijo el comisario.

Esperó a que la chica se fuera y entró en el motel.

—Perdone, ¿puedo utilizar el baño? —le preguntó al portero, que lo conocía.

—Claro que sí, comisario.

Se encerró dentro, se quitó la chaqueta y la camisa, abrió el grifo y metió debajo la cabeza, que le ardía.

¡Fotografías comprometedoras! ¡Ya! Eso lo harían después, porque el plan era que Carmona y su compinche entraran en su casa con una cámara de fotos e indicaran a Angela que se acostara desnuda a su lado; entonces Carmona sacaría el revólver y los mataría a los dos. Prácticamente la repetición de lo que le habían hecho a Manzella. Después colocarían los cuerpos en poses más o menos obscenas y los fotografiarían. Titulares de los periódicos y la televisión: «El comisario Montalbano y su joven amante asesinados mientras dormían. ¿Un crimen pasional?». Y seguro que dirían que les había disparado un ex amante de Angela celoso. Una película ya vista, pero que la gente nunca se cansaba de volver a ver.

Pero ¿por qué le estaban apuntando a él? Quizá Mimì tenía razón y la casa de via Bixio estaba vigilada. Les habría hecho sospechar que él no hubiera llamado enseguida a la Policía Científica, que se hubiera guardado el descubrimiento para sí. Ese silencio les preocupa, los pone nerviosos: si Montalbano actúa así, seguro que es porque ahí dentro ha encontrado algo peligroso para nosotros. Más vale cargárselo antes de que pase a la acción.

Y eso significaba que ya no tenía mucho tiempo para neutralizar a Sinagra. Ahora se enfrentaban en un duelo abierto.

Necesitaba estar lúcido al menos un par de horas. Preparó la cafetera grande y se la llevó a la galería. La noche era un poco fría y él ya tenía frío de por sí, pues empezaba a notar el cansancio del día. Pero no se puso la chaqueta que se había quitado al entrar; el frío ayudaba a que funcionara la cabeza. La carta de Manzella ya se la sabía de memoria, podía repetirla palabra por palabra. Y eso empezó a hacer, cada vez de una manera distinta: primero como una letanía, luego pronunciando las palabras casi sílaba a sílaba, luego deteniéndose en cada renglón... La quinta vez que la repasaba, una frase le llamó especialmente la atención: «Un hombre tacaño, aquejado de una especie de tic: se apoderaba de todo lo que se ponía al alcance de su mano... Giovanna lo llamaba “la urraca ladrona”».

La urraca ladrona. ¿Qué significaba? ¿Por qué le parecía tan importante? La frase empezó a repetirse en su cabeza junto con ciertos pasajes de música de Rossini, como un disco rayado. Hasta que finalmente le llegó la iluminación.

Una idea de locos, realmente de manicomio, una apuesta en la ruleta de todo lo que poseía; no: más bien una especie de ruleta rusa, un juego de azar cuyo resultado, si se equivocaba, sería como mínimo estar al día siguiente fuera de la policía. Pero no se le ocurría otra y, después de todo, esa le gustaba.

La consideró desde todos los puntos de vista posibles e imaginables. Con un poco de suerte, podía funcionar. Miró el reloj: las dos de la madrugada.

Se levantó, entró en casa y marcó el número de Angela. Después de tranquilizarla, le preguntó:

—¿Tienes a mano una pariente lejana y nonagenaria, a ser posible viuda, que chochee, que no viva en Fiacca y que figure en la guía telefónica?

—Pero ¿te has vuelto loco?

—Casi. ¿La tienes o no?

—Podría ser tía 'Ntunietta...

—Perfecto. Ahora escúchame atentamente.

Después se dio una ducha y fue a acostarse. Durmió hasta las siete de un tirón, plácidamente, como un niño.

El teléfono sonó a las siete y media, como estaba previsto. Apenas había tenido tiempo de ducharse, afeitarse y tomar una taza de café.

—¿Diga?

—MontalbanosoyTommaseo¿quéhistoriaesesadelacartadeunajovenalaque nohacontestado?

Hablaba pegando las palabras una a otra; debía de estar alteradísimo.

—¿De qué carta me habla, *dottore*? — repuso el comisario, fingiendo estar enormemente sorprendido.

—Una joven que, entre otras cosas, tiene una voz de lo más sensual...

Se interrumpió. La voz de la chica debía de haber vuelto a sonar en sus oídos. En cuanto había mujeres de por medio, Tommaseo perdía la cabeza.

—Disculpe, voy a beber un poco de agua.

Al cabo de un momento continuó, hablando ya normalmente:

—Se llama Antonietta Vullo, es de Rivera, dice que le mandó una carta en que sostiene que en la residencia en Vigàta de un tal Franco Sinagra, en

via Roma veintiocho, tienen prisionero... perdón, prisionera a un... perdón, a una transexual llamada Giovanna Lonero, que es sistemáticamente torturado... perdón, torturada. Pero usted no ha dado curso a la carta. ¿Por qué?

—Sinceramente, me pareció una historia sin ningún fundamento.

—¡Pues mire por dónde Antonietta Vullo figura en la guía telefónica de Rivera! ¡Existe! ¿Usted la llamó para comprobarlo? No, ¿verdad? ¡En cambio yo sí lo he hecho!

Montalbano se quedó helado.

—¿Y qué le ha dicho?

—Me ha contestado una vieja, una demente; no he entendido nada. Debe de ser la abuela de la chica. Me ha dicho que no estaba. Montalbano, ya le he mandado una orden de registro.

—*Dottore*, mire que el asunto no es tan sencillo. Ese Franco Sinagra es un *boss* mafioso que tiene amistades poderosas.

—Montalbano, ¿sabe qué me ha dicho la chica? Que si no procedemos a liberar inmediatamente a esa... perdón, a ese transexual, irá a los periódicos y la televisión. Lo que significa que, si el hecho resulta cierto, estaremos con la mierda hasta el cuello por no haber tomado en consideración una carta con firma y dirección. Por cierto, ¿la tiene todavía?

—No; la tiré.

—No importa. Montalbano, sería una gran omisión no verificar los hechos, ¿entendido?

—*Dottore*, y si resulta que todo el asunto es la fantasía de una loca, ¿cómo reaccionará Sinagra?

—Si no encuentra a la... perdón, al transexual, seguro que encuentra alguna otra cosa. Figúrese si en casa de un mafioso no va a...

—De acuerdo, *dottore*, si lo plantea así... Yo no puedo sino obedecer sus órdenes.

—No está mal que lo haga de vez en cuando.

—¿Zito? Soy Montalbano.

—¿Qué pasa?

—Quiero devolverte el favor que me hiciste con lo de Fazio. Ve dentro de media hora con un cámara a via Roma, veintiocho, aquí, en Vigàta, pero no os dejéis ver hasta que yo llegue.

—Pero ¡en via Roma veintiocho es donde vive Franco Sinagra!

—Exacto.

—¡Coño!

Nada más colgar, llamó a la comisaría y pidió que lo pusieran con Galluzzo. Una vez que hubo acabado de darle las instrucciones, telefoneó a Mimì.

—¿Estás en via Bixio?

—Sí. He encontrado una carnicería. He llamado a los de la Científica y ahora estoy fuera esperándolos. No me gusta estar dentro.

—¡No me digas que tú también has sentido un trastorno metafísico!

—No, metafísico no. Pero ¿tú has visto los preservativos? ¿Has comprendido lo que le hicieron a Manzella? Pero ¿qué son? ¿Animales? Ah, oye, se me olvidaba: vendrá Arquá en persona. Me entiendes, ¿no? ¿Y tú qué haces?

—Voy camino de la comisaría porque está allí Tommaseo y pregunta por mí.

—¿Qué quiere?

—No sé.

Los dos coches oficiales llegaron veinte minutos más tarde. Galluzzo, que conducía el primero, le entregó la orden y le abrió la puerta del copiloto. El otro coche lo conducía Lamarca, que iba con un compañero también joven como él, Di Grado.

—Haz exactamente lo que haga yo —le dijo Galluzzo a Lamarca.

En la entrada de Vigàta, Galluzzo puso la sirena y pisó el acelerador como si persiguiera a unos ladrones. Lo mismo hizo Lamarca. La gente subía de un salto a las aceras y soltaba maldiciones contra ellos. En resumen, un jaleo de cuidado. Delante de la verja de la casa de via Roma 28, Galluzzo frenó en seco y bajó metralleta en mano mientras el comisario salía por el otro lado. Con el rabillo del ojo, Montalbano vio que se abrían las puertas de

un coche que estaba parado y salían Zito y el cámara. En el primer piso de la casa, una ventana se abrió un poco y volvió a cerrarse inmediatamente.

Antes de tocar el timbre, Montalbano dio tiempo a Lamarca y Di Grado, empuñando también una metralleta, para que se colocaran en una posición que ofreciese una buena toma al cámara de televisión. Entretanto, empezó a congregarse una multitud de curiosos.

«¡Vengan, señores, vengan al gran espectáculo de fuegos artificiales de la premiada firma Salvo Montalbano! ¡Es posible que el pirotécnico muera chamuscado por sus propios fuegos, pero igualmente el espectáculo será maravilloso! ¡Vengan, señores!».

Mientras pulsaba el timbre, el comisario pensó que aquel sonido podía ser un gloria o un réquiem.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina asustada.

—¡Policía! ¡Abra!

La puerta se abrió y apareció una mujer de unos treinta y cinco años, cabello negro y grandes ojos, una mujer de sangre caliente pero asustadísima.

—¿Es usted la señora Sinagra?

—Sí. Mi marido... Mi marido no está.

—No importa. Tenemos una orden de registro. Déjenos pasar y cierre la puerta.

La mujer se apartó. En la planta baja, que constaba de un gran salón, un comedor, un cuarto de baño y una cocina, no encontraron nada.

Montalbano se dirigió al piso de arriba y lo primero que vio, en una especie de despacho, fue el telescopio de Manzella delante de la ventana. Sobre la mesa, el estuche con los prismáticos. Por un instante le fallaron las rodillas; para no caer, se agarró al brazo de Galluzzo.

—¿Se encuentra mal, *dottore*?

—¡No, Gallu; me encuentro de maravilla!

Dentro de su cabeza estaba sonando la marcha triunfal de *Aida*. ¡La urraca ladrona, tal como había supuesto, no había sido capaz de resistirse al centelleo del telescopio cromado! Y la había jodido.

En un dormitorio pequeño, la cama de una plaza estaba deshecha y todavía caliente. Y en la cama de la habitación de matrimonio era evidente que habían dormido dos personas.

Montalbano bajó, se sentó en un sillón y encendió un cigarrillo. Frente a él, la señora Sinagra, pálida al principio, estaba poniéndose cada vez más roja. Empezaba a cabrearse y, cada vez que los policías hacían un ruido en el piso de arriba, se revolvía.

Al final estalló:

—¿Puedo saber qué buscan?

Mentalmente, Montalbano lanzó al aire una moneda. Había ganado, porque Sinagra tendría muchas dificultades para explicar por qué el telescopio y los prismáticos de Manzella estaban en su casa, pero aún no tenía suficiente. Quería tenerlo entre las manos a él, a Franco Sinagra. La moneda cayó al suelo con la cara hacia arriba y Montalbano se puso una vez más en manos del azar.

—No tengo ningún problema en responderle, señora. Buscamos a una mujer.

—¿A una mujer? ¿Qué mujer? —preguntó atónita la señora.

—Se trata de un transexual que responde al nombre de Giovanna Lonero, con quien su marido Franco mantiene desde hace tiempo una relación y que...

—¡Aaaaaahhhh!

Fue una especie de rugido, pero tan fuerte e imprevisto que Montalbano se puso en pie de un salto y se oyeron los pasos de los tres policías que, desde el piso superior, se precipitaban escaleras abajo para ver qué sucedía.

—¡Me lo habían dicho! ¡Aaaaaahhhh! ¡Me lo habían dicho! ¡Aaaaaahhhh! ¡Y yo, idiota de mí, no había querido creerlo! ¡Aaaaaahhhh!

—¡Cálmese, señora, tranquila!

—¡Ese grandísimo hijo de puta! ¡Virgen santa, qué asco! ¡Qué vergüenza! ¡Aaaaaahhhh! ¡Con alguien que no se sabe si es hombre o mujer! Pero ¡yo a ese grandísimo cabrón lo mato con mis propias manos!

No consiguieron detenerla; la mujer se abalanzó hacia la cocina y apartó un enorme frigorífico con ruedas. Montalbano comprendió enseguida.

—Lamarca, llévala a la otra habitación.

A pesar de que el joven era fornido, le costó bastante sacar de allí a la señora, que ya no rugía pero se había puesto a llorar.

El comisario se agachó para mirar atentamente y observó que algunas baldosas del suelo formaban un bloque único.

—Eso es una trampa. Galluzzo y Di Grado, intentad abrirla.

Un cuarto de hora más tarde, aún no lo habían conseguido. Hasta que Montalbano vio que al lado del enchufe del frigorífico había un botoncito. Lo pulsó y la trampa se abrió sin hacer el menor ruido. El clásico sótano sin salida de los mafiosos. Mientras Galluzzo y Di Grado apuntaban con las metralletas, el comisario se inclinó hacia la entrada y, haciéndose bocina con las manos, exclamó:

—¡Si no salís ahora mismo, echo una granada!

Galluzzo y Di Grado lo miraron estupefactos. ¿Dónde estaba la granada? En ese momento aparecieron los brazos levantados y a continuación la cara cortada de Vittorio Carmona, sicario y guardaespaldas.

—Esposadlo —ordenó el comisario—. Es un asesino prófugo.

Después asomó Franco Sinagra. Iba en calzoncillos, y llevaba la ropa en la mano.

—Queda detenido como autor intelectual de los homicidios de Filippo Manzella y Matilde Verruso, y del intento de homicidio del inspector jefe Fazio.

—¿Puedo vestirme?

—No.

* * *

Fue un día caótico. Periodistas, televisiones, entrevistas telefónicas, el jefe superior cabreado porque el capullo de Arquá le había entregado una carta explosiva que debería haberle dado a Montalbano y, al hacerlo, lo había puesto en apuros, Tommaseo que no había entendido un carajo e iba por ahí diciendo que era mérito suyo, la escena de Sinagra en calzoncillos y esposado en todos los telediarios nacionales...

A las nueve de la noche, cuando iba en el coche muerto de cansancio camino de Marinella, sonó el móvil. Era Angela.

—Un momento.

Se paró al borde de la carretera y entonces habló:

—Angela, gracias por todo. ¡Has estado genial! Lo has hecho de maravilla con Tommaseo. De no ser por ti... ¿Te has enterado?

—¿Cómo no iba a enterarme? ¡Las televisiones no han hablado de otra cosa en todo el día! ¿Por qué no me has llamado?

—Simplemente, se había olvidado.

—Perdona, Angela, pero con todo lo que estaba pasando...

—Comprendo.

—Ya no tienes nada que temer; nadie podrá chantajearte ni obligarte a hacer lo que no quieres.

—¿Sabes, Salvo? He pensado que...

—Dime.

—No te lo tomes a mal, pero, verás, puesto que ya no tenemos ninguna razón para vernos...

Un puñetazo en la boca del estómago. Pero la chica tenía razón. ¿Qué razón tenían para verse?

—... esta noche no vienes a casa —concluyo él.

—No te ofendas, Salvo. Intenta comprenderme.

—No me ofendo y te comprendo perfectamente.

—Perdóname, ¿eh? Y llámame cuando quieras. Adiós.

—Adiós.

Sentado en la galería, en compañía de una pizca de melancolía, intentó consolarse con un plato enorme de *caponatina*.

Nota del autor

Al igual que en *Las alas de la esfinge*, esta novela tiene un lejano origen en un recorte de prensa que me envió mi providencial amigo Maurizio Assalto, a quien doy aquí las gracias. Al parecer no es superfluo señalar que los nombres y apellidos de los personajes, situaciones, episodios y ambientes pertenecen a mi fantasía y no a la realidad. Aunque, cuando se escribe, incluso inventando, ¿no se hace siempre referencia a la realidad? En cualquier caso, para evitar equívocos, hago esta declaración.

A. C.

Última revisión por UMDN: 26 de agosto de 2022

